



Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Escuela de Postgrado
Programa de
Magíster en Psicología Clínica Mención Adultos

PRINCIPIOS TÉCNICOS DEL MANEJO DE LA TRANSFERENCIA EN LA ENSEÑANZA DE LACAN

Tesis para optar al grado de Magíster en Psicología Clínica Mención Adultos

ALUMNO: RICARDO AVEGGIO.
PROFESOR: ROBERTO ACEITUNO.

Santiago, Julio del 2009.

Dedicatoria

A la memoria de Gerardo Mansur

Hace algunos años realice un par de intentos frustrados de proyecto de Doctorado en la Universidad Nacional de Córdoba en la que Gerardo fue docente de la cátedra de psicopatología durante largo tiempo. En una ocasión nos reunimos en su consultorio para exponerle algunas ideas que tenía sobre el proyecto. En esa ocasión yo le presentaba preguntas esperando de él una suerte de legitimación de las mismas. El me decía “¿Cómo lo piensa usted?” Yo respondía y me decía “¡eso, eso es, está perfecto!”. Han pasado varios años y ese proyecto lo abandone y Gerardo partió prontamente, pero luego de un año de trabajo ese recuerdo se ha hecho presente. Hoy me resulta evidente que haberme indicado las respuestas que mis propias preguntas escondían, implicaba un acto analítico que señalaba en la vacilación de la pregunta la convicción que estas disfrazaban.

Agradecimientos

En primer lugar quisiera agradecer al Departamento de postgrado y postítulo de la Universidad de Chile por la obtención de la *Beca de estadía corta de investigación*. Instancia invaluable que me permitió desarrollar una pasantía en el Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de París VIII.

En segundo lugar agradezco a *Eric Laurent* por el apoyo brindado en dicha pasantía, haciendo de ésta una experiencia de formación en la orientación lacaniana.

Por último agradezco a *Pierre Gilles Gueguen*, docente del Departamento de psicoanálisis por las precisiones que me aportó en el desarrollo de mi tesis.

INDICE

PARTE I

LA TRANSFERENCIA EN LA ENSEÑANZA DE LACAN.

I.A- LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LA TRANSFERENCIA.

- <i>Transferencia y dialéctica imaginaria</i>	1
- Dualidad y objeto en la dialéctica imaginaria.....	1
- El lugar de la palabra en la transferencia: más allá de la dualidad.....	7
- <i>La transferencia en la dialéctica de la demanda y el deseo</i>	14
- El lugar del Otro y la demanda.....	15
- El fantasma en la neurosis y sus relaciones con la transferencia.....	22
- La identificación y el ideal del yo en la dinámica transferencial.....	31
- Amor y transferencia.....	35
- <i>Transferencia, sujeto-supuesto-saber y objeto a</i>	39
- La transferencia en el Seminario XI.....	40
- El algoritmo de la transferencia.....	45
- Transferencia y objeto <i>a</i>	48
- <i>Transferencia, discurso y posición del analista</i>	55
- <i>El deseo del analista y la contratransferencia</i>	61
- La crítica de Lacan a la contratransferencia.....	61
- El deseo del analista en la enseñanza de Lacan.....	65
- La formación del analista.....	68

I. B- TRANSFERENCIA Y DIRECCIÓN DE LA CURA.....71

- <i>Transferencia e inicio de un análisis</i>	71
- <i>El acto analítico y la transferencia</i>	74
- <i>Transferencia, curación y fin de análisis</i>	78

PARTE II

EL PROBLEMA DEL MANEJO DE LA TRANSFERENCIA EN LA ENSEÑANZA DE LACAN.....85

- <i>¿Principios técnicos?</i>	86
--------------------------------------	----

- <i>Del análisis de la transferencia al Acto analítico</i>	89
- <i>De la dialéctica imaginaria a la pregunta simbólica: un relectura del análisis de la transferencia en el caso Dora</i>	93
- <i>El acto analítico en la dialéctica del la demanda, el deseo y los tipos clínicos</i>	95
- <i>El destino del amor y del ideal del yo</i>	104
- <i>El Sujeto-supuesto-saber y el significante de la transferencia</i>	107
- <i>Transferencia, objeto a y fin de análisis: hacia el sinthome</i>	111
- <i>Transferencia y lazo social: para una política del acto psicoanalítico</i>	116
CONCLUSIONES	122

INTRODUCCIÓN

La presente investigación desarrolla la pregunta acerca de la perspectiva técnica de la transferencia deducible de la enseñanza de Jacques Lacan. La pregunta de investigación se formuló en los siguientes términos: ¿Qué aportes, principios, indicaciones u orientaciones técnicas respecto al manejo de la transferencia es posible producir y derivar de la conceptualización de Lacan?

Para poder responder a ella se realiza una revisión por las distintas formas de conceptualización de la transferencia en la obra de Lacan. Se exploran la relación de la transferencia con temáticas como la dialéctica imaginaria, la demanda y el deseo, el ideal del yo y el amor, el objeto *a*, los cuatro discursos y el deseo del analista. Luego se expone la teoría de Lacan acerca del desarrollo de la cura psicoanalítica y el lugar de la transferencia en ella. La entrada en análisis, la intervención del analista y el fin de análisis son los temas que se desarrollan en dicho apartado destacando siempre la relación de cada uno de esos momentos de la cura con la dimensión transferencial.

En la segunda parte de la tesis se realiza una discusión teórico-clínica a partir de los planteamientos desarrollados en la primera parte de la investigación. Se presenta de manera inicial la discusión y reformulación de la pregunta por la técnica en la orientación lacaniana, introduciéndose la noción de acto analítico como ordenador de los distintos niveles de la intervención del analista. Desde esta perspectiva se realiza una revisión de las orientaciones del acto analítico que se pueden desprender de las perspectivas teóricas revisadas en la primera parte de la tesis. De esta forma se pone en relación el acto analítico y la transferencia con temáticas como lo imaginario, la demanda y los tipos clínicos, la entrada en análisis, el amor y el ideal del yo, el objeto *a* y el sinthome y finalmente los discursos y el problema de la política del acto analítico.

PARTE I
LA TRANSFERENCIA EN LA ENSEÑANZA DE LACAN

I.A- LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LA TRANSFERENCIA.

Transferencia y dialéctica imaginaria

- Dualidad y objeto en la dialéctica imaginaria.

Es posible situar una primera conceptualización de la transferencia que se enmarca en referentes teóricos con características que delimitaremos a continuación.

Dos puntos de la enseñanza de Lacan son fundamentales. El escrito “*Intervención sobre la transferencia*” de 1951 y el *Seminario I* del periodo 1953-1954 dedicado a “*Los escritos técnicos de Freud*”. En ellos encontramos un desarrollo conceptual del proceso analítico que determina directamente la forma de conceptualización de la transferencia.

La situación analítica es concebida como atravesada por los registros de lo simbólico y lo imaginario, siendo lo imaginario el registro que obstaculiza la realización simbólica del sujeto, realización que permitiría al sujeto reintegrarse al movimiento universal del logos que lo constituye proyectando su pasado en un discurso en el que su historia se enuncia abierta al devenir. El padecimiento subjetivo es la consecuencia de la obstaculización que lo imaginario impone a la condición simbólica del sujeto.

¿Qué es lo imaginario para Lacan? En sus primeros aportes al desarrollo del psicoanálisis lo imaginario será el registro que le permita explicar de la constitución del yo y las diferencias fundamentales de dicha constitución con lo relativo a la dimensión del inconsciente como concepto capital del psicoanálisis. El escrito “*El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*” desarrolla precisamente los ejes fundamentales acerca que diferencian las condiciones imaginarias de las simbólicas de sujeto. La constitución del yo consiste en la asunción de una imagen (identificación) que posibilita un efecto de totalización unificante y abarcativa de la experiencia del sujeto. Este proceso tiene varias consecuencias. Por un lado produce un júbilo en el sujeto, es decir un efecto de satisfacción, que es el antecedente

del concepto de goce desarrollado años más tarde. Por otro lado define y delimita el umbral del mundo visible de la experiencia subjetiva, una visibilidad que se realiza en el fenómeno de consciencia o autoconsciencia. El sentido de esta reconceptualización es reubicar el papel del yo en la clínica psicoanalítica estableciendo una disyunción entre la estructura del yo y la de los fenómenos del inconsciente.

El yo, entonces, se constituye por la asunción de una imagen considerada enajenante por hacerse reconocible en la alteridad del campo del otro. La imagen a la que el infante se identifica le viene del otro, por lo que al tiempo de constituirlo anuda su identidad a un punto de exterioridad que condiciona el desconocimiento que todo fenómeno de consciencia posee respecto a las condiciones de la satisfacción libidinal. Esta especularidad define la lógica misma de la dialéctica imaginaria a partir de la *reciprocidad* y la *reversibilidad* de las relaciones con el otro que, caracterizadas por Lacan a partir de analogías ópticas, se especifican como: a cada movimiento de un punto del espacio real le corresponde un movimiento de otro punto situado en el espacio virtual, del otro lado del espejo. Así la realidad yoica se encuentra condicionada en esta dialéctica de reciprocidad con el otro, lo que obstaculiza la realización del deseo inconsciente del sujeto. El estadio del espejo termina cuando se introduce una nueva dimensión, la de los celos primordiales que inauguran el segundo tiempo del Edipo, abriendo la dimensión de la rivalidad por el objeto. Esta rivalidad tiene por causa el que el objeto no es nunca compartido, o lo tiene uno o lo tiene el otro, en cambio las imágenes constituyentes del yo se comparten a través del proceso de identificación antes descrito.

Cabe señalar que en esta época del desarrollo de la teoría de Lacan aún no quedan del todo calaras las militancias simbólicas e imaginarias del sujeto y el yo respectivamente, sin embargo si es preciso señalar que la función del yo, en tanto objeto, es la del hacer posible un centramiento consciente de la subjetividad, manteniendo un desconocimiento de las condiciones de satisfacción de las zonas erógenas, designadas como cuerpo fragmentado, y de las condiciones simbólicas que la palabra del Otro imprime en el destino del sujeto. Todavía sin la noción de significante, Lacan otorga a la palabra la función de pacificación de la reciprocidad imaginaria, permitiéndole al sujeto movilizarse de la captura imaginaria.

Luego de ubicar los bastidores del sujeto podemos retomar la pregunta por la estructura de la transferencia restringiéndonos a estas variables teóricas. En el mencionado texto “*Intervención sobre la transferencia*” encontramos una de las indicaciones más precisas de esta época por parte de Lacan:

“Dicho de otra manera, la transferencia no es nada real en el sujeto, sino la aparición, en un momento de estancamiento de la dialéctica analítica, de los modos permanentes según los cuales constituye sus objetos.” (Lacan, 1984, p. 214)

¿Qué quiere decir “modos permanentes de constituir los objetos”? Primeramente debemos señalar que existe en esta conceptualización por parte de Lacan un evidente parentesco con la comprensión kleiniana del proceso analítico mismo como una relación de objeto, comprensión en la que el analista es pensado como objeto del paciente por lo que el análisis era posible de reducir a un análisis de la transferencia en el “aquí y el ahora” vía su interpretación sistemática. Por otro lado puede observarse que para Lacan el análisis es un proceso dialéctico, o sea que ocurre entre dos sujetos, punto del que él mismo renegará tiempo después. Señala que la transferencia aparece en un punto de estancamiento, por lo que al parecer se refiere a la transferencia negativa. En consecuencia debemos ubicar el problema del objeto en este momento de la teorización.

El objeto, para Lacan en esta época, es concebido tras el rastro de la noción de *imago* o imagen proveniente del otro. En el texto en cuestión Lacan despliega un análisis del caso Dora* en términos de desarrollos de verdad e inversiones dialécticas para situar las razones de la interrupción así como el punto de llegada de dicho proceso terapéutico. La clave de lectura serán precisamente lo que denomina “los objetos de interés” a saber: la Señora K, el Señor K, su padre y en cierta medida ella misma como objeto de interés de un hombre. El análisis que Lacan realizará del caso freudiano perseguirá establecer las transformaciones que el “interés” de Dora experimenta respecto a los objetos que pueblan su experiencia. Para tales efectos recurrirá a dos expresiones “Desarrollos de la verdad” e “Inversiones Dialécticas”. El primer término designará la apertura del discurso del analizante

* El caso Dora corresponde a la presentación de un historial clínico de S. Freud. En él Freud relata el análisis de una paciente histérica cuya problemática se desarrolla en torno al interés de Dora por una amiga de la familia denominada Señora K y a un drama amoroso en el que ambas estaban incluidas. El drama consiste en que el padre de Dora se desempeñaba como amante de la Señora K, mujer con la que Dora tenía una intensa relación de cercanía y amistad. El Señor K, esposo de la Señora K cortejaba permanentemente a Dora la que lo rechazaba en sus intentos de seducción. Lacan extrae de este historial el problema del objeto de interés sexual de Dora realizando una crítica al planteamiento de Freud, quien consideraba que la paciente se encontraba interesada en el Señor K.

de las preguntas fundamentales para el desarrollo del análisis. El segundo término designará las modificaciones subjetivas experimentadas por el analizante durante el proceso.

En el siguiente cuadro representamos la lógica del caso Dora extraída por Lacan:

Momento lógico	Referente clínico
Primer desarrollo de la verdad	¿Qué quiere usted cambiar de todo esto?
Primera inversión dialéctica	¿Cuál es tu parte en el desorden del mundo del que te quejas?
Segunda desarrollo de la verdad	¿Cómo se ha mantenido la situación displacentera?, ¿con qué maniobras el sujeto en cuestión mantiene la situación?
Segunda inversión dialéctica	Interés hacia el objeto supuestamente rival, la señora K.
Tercer desarrollo de la verdad	El interés de Dora se orienta hacia la señora K y no hacia el señor K.
Tercera inversión dialéctica	Revelación del valor que posee la señora K para Dora, en tanto respuesta potencial al misterio de la feminidad.

A juicio de Lacan el análisis consiste en la elaboración por parte de sujeto del interés que poseen los objetos para su satisfacción, en consecuencia la detención del análisis de Dora tuvo como razón la no orientación por parte de Freud hacia lo que denomina la tercera inversión dialéctica, el valor que la Señora K tenía para Dora como su verdadero objeto de interés. Así Freud yerra el objeto de Dora ya que no se trataba del Señor K, sino de su señora como punto de interrogación acerca de lo que hace a una mujer objeto de deseo de un hombre, en este caso su propio padre. En este contexto es que Lacan sostiene la interpretación de la transferencia pudiese haber revelado el objeto de interés de Dora:

“¿Qué es entonces interpretar la transferencia? No otra cosa que llenar con un engaño el vacío de ese punto muerto. Pero éste engaño es útil, aunque falaz, vuelve a lanzar el proceso.

La negación con que Dora habría acogido la observación por parte de Freud de que ella le imputaba las mismas intenciones que había manifestado el señor K. . . , no hubiese cambiado nada al alcance de sus efectos. La oposición misma que habría engendrado habría orientado probablemente a Dora, a pesar de Freud, en la dirección favorable: la que la habría conocido al objeto de su interés real.” (Lacan, 1984, p. 214)

Lacan ironiza, señalando que si Freud hubiese interpretado la transferencia de Dora señalándole que lo había puesto como sustituto del Señor K, al menos hubiese recibido una negativa de parte de ella que tal vez podría haberle hecho revelar su verdadero objeto de

interés: lo que la Señora K significaba para ella. La sola apertura al cuestionamiento de lo que la Señora K significaba para ella hubiese permitido la desarticulación de la posición transferencial hacia Freud como *imago* del Señor K. A Dora le resultaba insoportable la posición de ser objeto de los intereses masculinos, y era precisamente en la Señora K que buscaba la respuesta a la pregunta por la causa de dichos intereses.

En este texto Lacan designa como “interés” a lo que posteriormente denominará deseo, ahora bien ese interés recae sobre un objeto que es aún considerado en su estatuto de imagen. Sin contar aún con la noción de significante, el objeto se encuentra delimitado por el dimensión del otro, del alter con el que se realizan los procesos identificatorios y que en sus primeros esquemas escribe como a' , para luego a la altura de la problemática de la demanda y el deseo escribirlo como $i(a)$.

Por lo tanto al hablar de modos permanentes de constitución de los objetos estamos refiriéndonos a los circuitos repetitivos y constantes que el sujeto debe empeñarse en mantener para conservar la integridad de la consistencia yoica, los objetos interesan en la medida en que la red de relaciones que el individuo construye le permiten sostener la cualidad de la unidad narcisística y constituyente de la identificación especular. El periplo de Dora persigue precisamente suspender la realización de su satisfacción por requerir para ello algún elemento que le permitiese consentir a la posición de objeto del deseo de un hombre, sin embargo el enigma mismo de la feminidad designa el fracaso que la totalización yoica conlleva con relación a la castración femenina.

Respecto a la transferencia el analista es postulado como un objeto (*imago*) que contribuya a la estabilidad de la economía del yo. Parafraseando a Freud, el analista es insertado en una serie psíquica del sujeto coincidiendo con la imagen de alguno de sus objetos de interés, esta inserción pretende erigir en la situación analítica misma una configuración especular en la que la estabilidad del yo se mantenga incólume. La encrucijada del tratamiento sería ¿cómo develar el objeto de interés del analizante cuando el analista mismo está incluido en la situación misma como representante de uno de estos? El manejo de la transferencia es precisamente la tarea. Como hemos señalado la orientación de Lacan, en este caso, era la designación del verdadero objeto de interés, ya que al insistir Freud en mandarla a los brazos del señor K quedaba el mismo en la serie psíquica de “los hombres interesados en ella” ya precisamente dicha condición de objeto le resultaba

insoportable. El interés por la Señora K, vehiculizaba precisamente ese saldo insoportable bajo la pregunta de “¿qué es ser una mujer?” que interesa a los hombres.

- El lugar de la palabra en la transferencia: más allá de la dualidad:

Comenzada la década de los cincuenta Lacan iniciará la serie de los Seminarios, en los que verán la luz todos sus aportes a la clínica psicoanalítica. Será tempranamente, en el Seminario I dedicado precisamente a “*Los escritos técnicos de Freud*” que encontraremos una de sus características sentencias que, relativa a la transferencia, designará una reorientación de las ideas planteadas anteriormente.

“...no se puede explicar la transferencia por una relación dual imaginaria; el motor de su progreso es la palabra.” (Lacan, 1999, p. 379)

Se introduce así el papel del lenguaje y de la palabra en la experiencia, no sólo de la transferencia, sino en toda la dinámica del análisis. El lenguaje designará al conjunto de los significantes, lo que Saussure denominaría la lengua, y que Lacan bautizará con posterioridad como el *molino de palabras* o el *tesoro de los significantes* que anteceden el advenimiento del sujeto condicionando los efectos de sentido con los que se organiza su experiencia psíquica. Así la función del lenguaje la nombrará como el Otro (Autre), simplificadamente: A. La palabra designará la conjunción entre el “interés” o deseo y las determinaciones del lenguaje, correspondiendo al despliegue del interés del sujeto condicionado por la estructura del lenguaje.

La introducción del papel práctico que posee la identificación de la palabra y el lenguaje en la técnica psicoanalítica será introducida por Lacan bajo el sesgo característico de la crítica a los planteamientos de sus colegas de la IPA. Es así como elige uno de los puntos más candentes de los problemas técnicos del psicoanálisis: la interpretación de la transferencia y el papel de la contratransferencia. Sosteniendo que la pretensión de fundamentar la interpretación en la contratransferencia misma resalta la vertiente dual de la transferencia en la economía psíquica:

“Conviene abstenerse de esta interpretación de la defensa que llamo ego a ego, fuera cual fuese su eventual valor. En las interpretaciones de las defensas es necesario al menos un tercer término.” (Lacan, 1999, p.59)

La interpretación de ego a ego es aquella de desde el yo del analista se dirige al yo del analizante, dando consistencia al circuito a-a' en el que el yo del analizante persigue obtener la estabilización de la unidad yocia antes descrita. Para Lacan esta orientación técnica funcionaría explotando la cualidad sugestiva de la palabra, ahí donde para él se trata precisamente de levantar o dejar sin efecto la capacidad sugestiva que el lenguaje posee por su naturaleza misma al ser el fundamento de la identificación. Al considerar el rol de la palabra en la cura psicoanalítica debe reconsiderarse la relación analista-analizado como una relación de a tres y no de a dos. La materialidad del lenguaje será el tercero en cuestión.

La crítica de la interpretación de ego a ego la podemos ejemplificar citando la siguiente observación que Lacan realiza en el *Seminario I*, en donde un analista interviene sobre la transferencia con la siguiente interpretación: *Usted es hostil pues piensa que estoy irritada con usted*. Esta intervención se sitúa radicalmente en el registro imaginario yo-otro, pues introduce la figura del analista en los pensamientos del paciente como motivo de la repetición en acto. El análisis de la contratransferencia tomará la misma vía, pero invirtiendo los términos, algo así como *Si yo (analista) tengo esta sensación de irritación con usted, es porque usted esta siendo hostil y mi irritación no es más que una manifestación de su hostilidad*. Este modo de funcionamiento de la técnica analítica destaca la reversibilidad de la interpretación en el registro imaginario haciendo del analista una encarnación del personaje imaginario, del imago transferencial en la que el analizante lo ubica. Recordemos que habíamos definido lo imaginario en términos de *a cada movimiento del espejo le corresponde un movimiento del otro lado del espejo* por tanto mantener la intervención en este registro, así como reducir todo tipo de intervención a una intervención transferencial o contratransferencial desconoce, a juicio de Lacan, la dimensión simbólica de la palabra que sería precisamente la condición primera o anterior determinante de la condición del sujeto y de sus posibilidades de emancipación de la dependencia identitaria en la que el reconocimiento especular y exterior mantienen al sujeto.

“Pero resulta que nosotros hacemos más que percibir todo el tiempo que la transferencia no es en absoluto un fenómeno ilusorio. Decirle al sujeto: *pero amigo mío, el sentimiento que usted tiene hacia mi no es más que transferencia*, no es analizarlo. Eso nunca arregla nada.” (Lacan, 1999, p. 349)

¿A dónde dirigir la intervención? A un tercero exterior a la dialéctica ego-ego, y este tercero a de ser la materialidad misma de la palabra. Algo así como “usted lo ha dicho”. De esta forma la referencia de la interpretación es el material significante mismo,

siendo éste el tercero que neutraliza los efectos imaginarios de la dualidad yo-otro en la que el analista es convocado a situarse. Por tanto el análisis debe dirigirse a la revelación y reorganización de los efectos historizadores que la propiedad sugestiva de la palabra posee sobre el sujeto y no a la implementación de una dialéctica sugestiva que explote la autoridad del analista en la relación de yo a yo.

El análisis se orientará de la siguiente manera:

“El punto al cual conduce el progreso del análisis, el punto extrema de la dialéctica del reconocimiento existencial, es: *Tu eres esto*. Este ideal, de hecho, nunca es alcanzado.

El ideal del análisis no es el completo dominio de sí, la ausencia de pasión. Es hacer del sujeto capaz de sostener el diálogo analítico, de no hablar demasiado pronto, ni demasiado tarde. A esto apunta un análisis didáctico.” (Lacan, 1999, p. 14)

Como se puede observar Lacan vincula directamente la posibilidad de intervenir desde una lógica del tercero con la formación misma del analista, sólo una formación analítica que apunte al *Tu eres eso* permitirá al analista renunciar a encarnar, a causa de su propio narcisismo, ese otro al que el analizante lo convoca como pareja de su yo.

¿Qué quiere decir el “tu eres eso”? “Eso”, más allá del equivoco freudiano en “ello” (Es), se puede definir como la reorganización narcisística del sujeto a partir de un proceso de reconstitución completa de la historia del sujeto. Una reintegración de los límites sensibles, más allá de los límites individuales, siendo los efectos del lenguaje justamente ese más allá de lo límites de la individualidad, un más allá determinante en la historia subjetiva. Por tanto si la historia es el pasado historizado en el presente, articulando el presente a lo que ha sido vivido en el pasado. Es esta reconstitución la que debe ser “el blanco de la técnica”. El “tu eres eso”, como resultado del análisis, es la consecuencia de una rehistorización en la que el yo del sujeto es destituido de su función enajenante debido a la inapelable condición extranjera del otro con el que se ha identificado. Por tanto el análisis permitiría una reconstrucción de los efectos de la palabra, así la asociación libre no es un método que permita recordar acontecimiento olvidados o reprimidos, sino un recurso historizante en la que el sujeto encuentra las herramientas para desarticular las repeticiones del pasado redireccionando el sentido de su futuro. Este es un punto trascendental de la técnica ya que lo que cuenta es lo que el sujeto reconstruye y no solo lo que recuerda bajo la forma de acontecimiento.

En síntesis la introducción de la materialidad del significante como el tercero en juego en la experiencia analítica, reorienta el blanco de la técnica, ya no hacia la dialéctica a-a', sino hacia el Otro del lenguaje como el fundamento de los efectos de captura que la historia dicha ha tenido sobre el sujeto constituyendo el núcleo de su inconsciente.

Antes de continuar con la función del lenguaje y la palabra es importante señalar la introducción de un aspecto que reencontraremos con posterioridad en la enseñanza de Lacan, a saber, la presencia del analista. Este aspecto es destacado por nuestro autor al realizar un fino análisis del texto de Freud “*Sobre la dinámica de la transferencia*”.

En dicho análisis se detendrá en la noción de resistencia debido a que sostiene que ésta es explicada precisamente de acuerdo a los parámetros arriba criticados de la dualidad imaginaria. En este sentido señala que algunos autores suponen que cuando el paciente calla es porque ha aparecido una idea relativa al analista. Un manejo técnico frecuente y coherente con ésta concepción se traduciría en una intervención tipo como la siguiente: *¿Usted tiene alguna idea relacionada conmigo?* Para Lacan este manejo posee probados fundamentos, pudiendo obtenerse variados efectos, sin embargo prefiere llamar la atención sobre un fenómeno que considera más puro y que formula como sigue: *súbitamente me doy cuenta de su presencia*. De esta forma el fenómeno resistencial, consistente en la ausencia de ideas o interrupción de las asociaciones en el paciente, se desplaza de la noción de “ideal referida al analista” a la “presencia misma del analista”. Esta noción de “presencia” se vinculará, en otros puntos de desarrollo de la teoría con el registro de lo real, sin embargo dejaremos ese aspecto para un capítulo posterior. Para Lacan, entonces, el punto de resistencia, de detención de los procesos de asociación libre, de rememoración de la propia historia por parte del sujeto, se debe a la brusca percepción de la presencia del analista, presencia perturbadora de la condición misma del sujeto en tanto ejercicio de asociaciones psíquicas. El silencio propio de las resistencias remite a la naturaleza de la presencia.

“No sería fácil vivir si, en todo momento, tuviésemos el sentimiento de la presencia, con todo el misterio que ella entraña”. (Lacan, 1999, p. 73)

Observemos que Lacan adjudica a la dimensión de la presencia la perturbación de las asociaciones psíquicas, del funcionamiento mismo del sujeto en su condición de función de significante, por tanto nos encontramos frente a un fenómeno que se vinculan con el fundamento mismo de las condiciones de la subjetividad. Si el análisis es un ejercicio permanente de revelación de contenidos reprimidos, la resistencia es la suspensión de dicha

revelación, por tanto podemos decir que se trata de la interrupción del diálogo analítico, es una perturbación de la relación de yo con el Otro en el que el analista se constituye para el sujeto, o sea es un fenómeno propiamente transferencial. De hecho Lacan destaca que en el texto freudiano la resistencia es una manifestación transferencial, en la medida en que al acercarnos a un complejo patógeno reprimido a través del método analítico, dicho complejo tiende a transformarse en transferencia antes que a hacerse consciente. ¿Qué quiere decir esto? Esto quiere decir que la dimensión tercera de la palabra como acto que realiza la historia del sujeto se ve destituida de su función mediatizadora de la relación del yo con el otro. Por lo tanto el analista es reducido a su sola presencia realizando así en la fantasía del analizante la actualización de una pareja identificatoria. Cuando esto ocurre se pueden observar fenómenos clínicos como constantes imputaciones intencionales por parte del paciente que se dibujan sobre la presencia silenciosa del analista en la sesión. Lacan no se pronuncia a favor de interpretar y hacer explícita esas imputaciones imaginarias, sino más bien por identificar que valor que le es asignado a la presencia del analista como otro para el yo del sujeto. Sin embargo es explícito al señalar que la interpretación debe tomar en cuenta lo que el analista es para el sujeto, pero no para hacer de dicho valor el objeto mismo de la interpretación, sino para ubicar desde donde será recibida la intervención de deberá recaer sobre las condiciones mismas del lenguaje hablado, por ser en éste que el ser del sujeto encuentra su estatuto y su realización. Así se persigue restituir las cualidades de la palabra y el lenguaje cuyas propiedades historizantes han sido destituidas dando lugar al fenómeno resistencial. En consecuencia la resistencia es un fenómeno transferencial en el que la función historizante de la palabra se ve anulada, por lo que la presencia del analista es la destitución de éste del lugar del Otro como tercero en el que la palabra encuentra su estatuto como medio de reconocimiento.

“El sentido último de la palabra del sujeto frente al analista, es su relación existencial ante el objeto de su deseo...

.....Deben comprender que el más allá al que somos remitidos, es siempre otra palabra, más profunda. En cuanto al límite inefable de la palabra, éste radica en el hecho de que la palabra crea la resonancia de todos los sentidos. A fin de cuentas, somos remitidos al acto mismo de la palabra en tanto tal. Es el valor de este acto actual el que hace que la palabra sea vacía o plena. En el análisis de la transferencia, se trata de saber en qué punto de su presencia la palabra es plena.” (Lacan, 1999, p. 353)

El acto actual de la palabra es el acto por el que se funda la realidad histórica del sujeto. Así es como la reorganización de la historia del sujeto ha de ser el resultado de que el analista le devuelva a la propia palabra del sujeto su potencialidad historizante, para lo cual éste debe renunciar a encarnar la pareja transferencial. Es decir no responder al deseo de reconocimiento para permitir el reconocimiento del deseo atrapado en la palabra del Otro.

A partir de éste punto la función de la transferencia sólo podrá ser comprendida en el plano simbólico de la palabra y sus remitentes. La transferencia es un discurso enmascarado que el sujeto dirige al analista, pero cuyo destino no es otro más que la realización por parte del sujeto de lo que él mismo fue para el discurso del Otro que lo precedió. La transferencia se establece en y por la relación de la palabra que convoca la presencia del otro especular actualizando así la relación imaginaria en sus puntos cruciales cuando en el encuentro hablado con ese otro, que la presencia del analista representa, reproduciendo circuitos de repetición en torno a puntos de fijación imaginaria.

En una de las últimas clases del *Seminario I* Lacan introducirá lo que en el escrito "*La Dirección de la cura y principios de su poder*" denominará las tres pasiones. El amor, el odio y la ignorancia. Es importante destacar que estas pasiones son entendidas utilizando como recurso la relación entre los registros de lo real, lo simbólico y lo imaginario, introducidos de manera sistemática el año 1953 en una conferencia de apertura a las actividades de la Sociedad Psicoanalítica de París recién fundada, de manera previa a la presentación del texto "*Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*".

El amor será resultado de la unión entre lo simbólico y lo imaginario; el odio será consecuencia de la unión entre lo imaginario y lo real; y la ignorancia resultará de la unión entre lo simbólico y lo real. Interesan al análisis de los problemas transferenciales de manera fundamental las cuestiones relativas al amor y a la ignorancia.

En primer lugar mencionaremos que Lacan le otorga a la ignorancia un lugar en el inicio del tratamiento:

"Al comienzo del análisis, como al comienzo de toda dialéctica, ese ser existe implícitamente, de modo virtual, no está realizado." (Lacan, 1999, p. 394)

Afirmará que entre los componentes más primarios de la transferencia esta la pasión por la ignorancia. Sin esta referencia no hay entrada posible en el análisis. El análisis comienza porque el analizante se ubica en una relación particular con la ignorancia y el

analista debe ubicarse en este mismo contexto posibilitando no un saber sino las vías de acceso de éste saber para el sujeto. Deber pretender mostrarle no que se engaña ya que forzosamente en el campo de la palabra se esta en el campo de la equivocación, sino que habla sin saber y que lo que cuentan son las vías de su ignorancia. Por lo tanto la posición misma del analista quedará ubicada a partir de la ignorancia:

“La posición del analista debe ser la de la docta ignorancia, que no quiere decir sabia, sino formal y que puede ser formadora para el sujeto.” (Lacan, 1999, p. 404)

Con respecto a la cuestión del amor mencionaremos solamente dos ideas ya que será uno de los temas centrales del *Seminario VIII* dedicado a “*La Transferencia*” y ampliamente analizado en relación al “*Banquete*” de Platón.

Una primera diferencia que es necesario mencionar es aquella que se da entre el deseo y el amor. El deseo persigue la satisfacción, en cambio el amor apunta al ser. ¿Qué quiere decir apuntar al ser? Es apuntar a relacionarse de una manera particular con el otro, y esa particularidad está dada por pretender capturar al otro en sí mismo reduciéndolo a una condición de objeto. En el amor no se toma el deseo del otro como objeto, sino que al pretender ser amado por el otro se persigue sojuzgar la particularidad del otro como objeto para sí mismo. En esta misma línea es que el odio representará el reverso del amor, materializando el efecto subjetivo del no consentimiento del otro al sojuzgamiento amoroso.

Si bien la cuestión del amor y sus incidencias en la dinámica transferencial serán desarrolladas por Lacan durante el siguiente periodo de su enseñanza es importante destacar esta idea del amor como apuntando a una particular manera de considerar al otro por parte del sujeto, ya que en el *Seminario VIII* será precisamente ésta vía por donde ingresará la concepción del agalma, noción construida por las vías de la tradición del objeto parcial y que concluirá con la elaboración del objeto *a*, desplegando así la vertiente real de la transferencia.

La transferencia en la dialéctica de la demanda y el deseo.

La enseñanza de Lacan posee uno de sus desarrollos más macizo y más difundido en un periodo conceptual dedicado al desarrollo teórico de las relaciones del sujeto con el significante. Este periodo lo podemos ubicar en los Seminarios V, VI y VIII fundamentalmente y en los escritos “*Cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis*”, “*La significación del falo*”, “*La dirección de la cura y los principios de su poder*” y “*Subversión del sujeto y dialéctica del inconsciente*”.

Innumerables podrían llegar a ser las combinaciones axiomáticas posibles de realizar para caracterizar conceptualmente este periodo como por ejemplo el inconsciente está estructurado como un lenguaje, un sujeto es lo que un significante representa ante otro significante, el síntoma es una metáfora, el deseo es su interpretación, el falo es un significante, etc. Pese a esta gran cantidad de posibilidades es posible dar cuenta de éste periodo a través de una cierta lógica inmanente a muchos de los problemas abordados por Lacan en este periodo. Podemos sintetizar esta lógica como la *lógica de la sustitución* que anima todo el movimiento del registro simbólico determinante del inconsciente y eje mismo de la intervención psicoanalítica. Será la lógica de la sustitución de “una cosa por otra” o bien de “un significante por otro” la que organizará nociones como la metáfora paterna en la que el nombre del padre sustituye al falo, la de las formaciones del inconsciente en la que el síntoma, por ejemplo, representa al deseo reprimido; o la de la clásica definición del deseo como deseo del Otro, en la que la articulación dialéctica se hace posible por la articulación sustitutiva.

En este contexto es que las cuestiones técnicas, relativas a la transferencia, pueden ser abordadas desde diversos ejes temáticos que materializan la dominación conceptual del registro de lo simbólico en la enseñanza de Lacan durante este periodo.

Desarrollaremos cuatro ejes para caracterizar la conceptualización de la transferencia en éste periodo.

- 1- El lugar del Otro y la demanda.

- 2- El fantasma en la neurosis y sus relaciones con la transferencia.
- 3- La identificación y el ideal del yo en la dinámica transferencial.
- 4- Amor y transferencia.

- El lugar del Otro y la demanda.

Comenzaremos por introducir dos citas capitales del texto *“La Dirección de la cura y los principios de su poder”*.

“...es en relación con el Otro que el ser del sujeto encuentra su estatuto.” (Lacan, 1984, p. 593)

“...por un parte, como lo hemos dado a entender más arriba, al abrir la dialéctica de la transferencia, hay que fundar la noción del Otro (Autre) con una A mayúscula, como el lugar del despliegue de la palabra.” (Lacan, 1984, p. 608)

Tenemos dos grandes afirmaciones:

- El ser del sujeto encuentra su estatuto en el despliegue de la palabra que se realiza en el lugar del Otro.
- La transferencia tiene su fundamento en el lugar del Otro.

Para aclarar, entonces, las articulaciones conceptuales de la transferencia pensada a partir del lugar del Otro, debemos primero aclarar lo que es del orden del Otro.

Por un lado el Otro es el lugar del lenguaje como campo desde donde provienen los significantes, siendo así el reservorio del material con el que se construirá el sentido para el sujeto. Ahora bien esa primera función que Lacan denominaba “tesoro de los significantes” es por decirlo de alguna manera una función estática que debe ser dinamizada por dos funciones movilizadoras de la subjetivación de este periodo conceptual: el deseo del Otro y la demanda del Otro. Hacia el final de la enseñanza de Lacan deberíamos agregar el goce del Otro.

“El deseo es lo que se manifiesta en el intervalo que cava la demanda más acá de ella misma, en la medida en que el sujeto, al articular la cadena significativa, trae a la luz la carencia de ser con es llamado a recibir el complemento del Otro, si el Otro, lugar de la palabra, es también el lugar de esa carencia.

Lo que de éste modo al Otro, le es dado colmar, y que es propiamente lo que no tiene, puesto que a él también le falta el ser, es lo que se llama el amor, pero es también el odio y la ignorancia” (Lacan, 1984, p. 607)

El deseo del sujeto es el resultado de la acción de la demanda del Otro sobre el sujeto, debido a que el sujeto se constituirá por medio de la identificación a dichos significantes, los de la demanda del Otro. El deseo del Otro es el lugar de esa carencia de

ser del Otro, que opera en la medida en que los intentos del sujeto, a través de la identificación a los significantes de la demanda, de responder como complemento a dicha carencia fracasan por remitir, aquella carencia, al lugar del significante del nombre del padre. Es de resaltar que tanto el deseo del sujeto, como la demanda del sujeto al Otro, poseen como antecedente el despliegue significativo del deseo y de la demanda del Otro. Por tanto el deseo del Otro se define como un más allá de la demanda del Otro en la medida en que éste Otro se dirige a un lugar tercero en el que la cuestión de su deseo se resolvería y no en el sujeto mismo. Solo si esta separación entre deseo y demanda en el campo del Otro es posible, el sujeto puede advenir al lugar de deseante. Por ejemplo cuando un niño llora y el adulto pregunta “¿*Qué quiere?*” existen al menos dos niveles a destacar. Por un lado el de la demanda ya que esa formulación es una demanda de que el niño “*quiera algo*”, una suerte de imperativo “*¡quiere!*”, en este sentido es una demanda del Otro. Pero en esa misma formulación aparece el deseo del Otro, bajo la forma que la carencia en la medida en que si el Otro pregunta es porque carece él mismo de una respuesta, esto le permite abrir en su propio campo de Otro ese intervalo mencionado por Lacan.

Esta cuestión es fundamental para, además de participar en la constitución subjetiva, comprender la dinámica de la transferencia. El deseo del sujeto toma como objeto el deseo mismo del Otro, del que sólo se puede hacer una idea interpretándolo en los significantes de la demanda del Otro, siempre y cuando se cumpla la condición del intervalo arriba mencionada. Así al atravesar el nudo edípico el sujeto se encontrara dotado de la posibilidad de desear y demandar, pero siempre desde las condiciones que la demanda y el deseo del Otro imprimieron en lo inconsciente.

Una última precisión es necesario introducir antes de abordar las relaciones de la transferencia con la demanda, y esta es que es con los significantes de la demanda del Otro que se construirá el Ideal del yo del sujeto, sujetando su deseo a dichos significantes. Por tanto será en esos significantes en los que encontrará arraigo la demanda que el sujeto dirigirá al Otro como si fuera posible, a través de una supuesta respuesta a dicha demanda de parte del Otro del fantasma, responder a la cuestión de su propio deseo. Estas observaciones se vuelven trascendentales en la medida en que será por la vía de la demanda que Lacan comenzará a desarrollar las cuestiones relativas a la transferencia:

“A medida que se desarrolla un análisis, el analista tiene que vérselas sucesivamente con todas las articulaciones de la demanda del sujeto: pero además, como lo diremos más abajo, no debe responder ante ella sino de la posición de la transferencia.” (Lacan, 1984, p. 599)

Durante el análisis la demanda aparece de manera reiterada y la respuesta esta del analista a esas demandas ha de ser desde el lugar de la transferencia. ¿Hay alguna relación entre el lugar de la transferencia y la articulación de la demanda que el sujeto dirige al Otro de la transferencia que el analista encarna? Comencemos por fijar que el lugar de la transferencia se encuentra delimitado por el ideal del yo, no se trata de que coincida, pero si de que es del orden del ideal aquello que se juega en el lugar que el analizante le otorga al analista. En las demandas del sujeto que se despliegan durante el análisis el analista es convocado a responder desde el lugar del ideal del yo del analizante, lo que de realizarse permitiría hacer de la experiencia del análisis una instancia de satisfacción pulsional. Esto es precisamente lo que hay que evitar, ya que de encarnar el ideal del yo estaríamos en los terrenos de la sugestión tal como Freud la describió en “*Psicología de las masas y análisis del yo*”. Precisamente es la no utilización de la sugestión la que permite el desarrollo de la transferencia. Ese desarrollo de la transferencia será el despliegue de las articulaciones de la demanda:

“Así el analista es el que apoya la demanda, no como suele decirse para frustrar al sujeto, sino para que reaparezcan los significantes en los que su frustración esta retenida.” (Lacan, 1984, p. 598)

Es en los circuitos de la demanda que se encuentran cifradas las frustraciones del sujeto, frustraciones que responden a la inercia fantasmática con la que el sujeto neurótico da forma a su falta a partir de la falta del Otro. Por la demanda se abre el pasado del sujeto, ya que no ha hecho otra cosa que demandar. El analista toma el relevo.

“El neurótico en efecto, histérico, obsesivo o más radicalmente fóbico, es aquél que identifica la falta en el Otro con su demanda, FALO con D.

Resulta de ello que la demanda del Otro toma la función de objeto en su fantasma, es decir que su fantasma (nuestras formulas permiten saberlo inmediatamente) se reduce a la pulsión: ($\$ \diamond D$). Por esto el catálogo de las pulsiones ha podido establecerse en el neurótico.” (Lacan, 1984, p. 803)

El desarrollo de la transferencia será la repetición en acto de las formas de demanda del sujeto al Otro. Es importante destacar que en este periodo conceptual la cuestión de la repetición propia de la satisfacción pulsional es pensada a partir de la demanda, años más tarde se introducirá la cuestión del goce y el objeto *a* reformulando algunos de éstos problemas.

Se perfilan dos cuestiones. Por un lado establecer con claridad que es la demanda. Por otro cuales serían las consecuencias que posee esa estructura de la demanda para la posición transferencial del analista y la dirección de la cura.

En el *Seminario VIII, "La transferencia"*, Lacan define la demanda como una cadena significativa articulada y conservada por el sujeto fuera de la consciencia, una reivindicación eternizada en el sujeto, latente e inaccesible para él. Una especie memoria, de máquina electrónica impersonal e insistente. Esta demanda apunta siempre a una cierta captura del Otro por parte del sujeto, ya que en el horizonte siempre se avista la problemática neurótica del deseo del Otro para el sujeto. Es importante aclarar que la demanda no es explícita, no son las "peticiones" conscientes y enunciadas del sujeto, por el contrario la demanda nunca es explícita, para que llegase a serlo tendría que ser interpretada, sin embargo según Lacan esta interpretación haría caer al analista en una trampa ya que respondería a la demanda orientada al objeto propio de la pulsión invocante.

"Me pide..., por el hecho de que habla: su demanda es intransitiva, no supone ningún objeto."
(Lacan, 2003, p. 597)

La intransitividad de la demanda es importante para poder delimitar el problema de los objetos pulsionales. Por el sólo hecho de hablar ya se está demandando, por el simple y complejo hecho de estar alienado al significante el sujeto al articular la más mínima cadena ya articula una demanda. Así incluso, para retomar el ejemplo anterior, cuando el niño logre responder con la más simple jaculación a la demanda del Otro materno de "*¿Qué quieres?*", estará respondiendo con una demanda. Por ejemplo ese "pa-pa" con el que *lalengua* materna designa el alimento ¿no es acaso una clara manifestación de la demanda? Lo que destaca Lacan es que si bien existe un objeto en juego, el alimento, la demanda pulsional implica una forma de satisfacción que más allá del alimento apunta a una determinada relación con la demanda y el deseo del Otro del que la demanda original de éste Otro fue su signo. Se destaca así una dimensión clínica de la demanda que no se articula con el objeto alimenticio, sino con la demanda misma del Otro, es por esto que el matema de la pulsión incluye la D que designa la demanda del Otro. El objeto, en cambio está destinado a la escritura del fantasma. Ahora bien, en la dirección de la cura, para poder llegar a reformular la relación fantasmática del sujeto con su objeto es necesario pasar por el desarrollo de la transferencia que implican las redundancias de la demanda del sujeto

dirigidas al analista y que definen su posición transferencial. En este despliegue es posible aislar distintas modalidades de la demanda.

La demanda oral, es la demanda de ser alimentado, es una demanda que se dirige al Otro, que oye, siendo un nivel primario de la demanda que se dirige al lugar del Otro. Tal como lo especificamos más arriba la demanda de ser alimentado responde a una demanda del lado del Otro, que es la demanda de dejarse alimentar, superponiéndose en el matema de la pulsión los registros de la demanda del Otro (D) con la estructuración de la pulsión en el sujeto. No hay encuentro de pulsiones, pero sí encuentro de demandas. Si la demanda de “ser alimentado” por parte del sujeto, no se extingue por la demanda de “dejarse alimentar” del lado del Otro, es porque el deseo la desborda. El aplastamiento de la demanda en la satisfacción de la necesidad, mata el deseo. Esto lleva de manera lógica a una ambivalencia primordial de toda demanda, es que está igualmente implicado que el sujeto no quiere que sea satisfecha, apuntando así a salvaguardar el deseo. Así la resistencia, cuando se opone a la sugestión, no es sino una forma de mantener su deseo. Recordemos que la diferencia propuesta por Lacan en el *Seminarios VIII* sobre “*La transferencia*”, entre deseo y demanda, es que el deseo no pide nada, en cambio la demanda siempre pide alguna respuesta de parte del Otro, el deseo organiza la satisfacción del sujeto con independencia de las demandas “de” y “al” Otro.

“El deseante en cuanto tal no puede decir nada de sí mismo, salvo aboliéndose como deseante. Esto es lo que define el lugar puro de sujeto en cuanto deseante. Toda tentativa de articularse es, a este nivel, vana, hasta la síncope del lenguaje es impotente para decir, porque no bien dice, el sujeto ya no es más que un pedigüeño, pasa al registro de la demanda y es otra cosa.” (Lacan, 2003, p. 411)

Es el deseo el que debe mantenerse y por el que debe velarse en la dirección de un análisis, y no la demanda. Es esta una indicación interesante ya que la aparición del fenómeno resistencial puede indicar precisamente que el analista, desfalleciendo en su función está ubicado como el Otro de la demanda del circuito pulsional del sujeto posibilitando la realización de una satisfacción fantasmática en el análisis.

La demanda anal es la demanda de retener el excremento, demanda que proviene evidentemente del lugar del Otro y persigue la regulación del deseo de expulsar. Así el sujeto debe cumplir con la expectativa de la madre educadora. Esta contingencia permite la significantización del objeto excrementicio, su transformación en significante por responder al deseo del Otro. De esta manera el excremento adquiere el carácter de regalo. Este

carácter de regalo define una modalidad de articulación con la demanda del Otro que suele caracterizar a la pulsión en la neurosis obsesiva y que Lacan denominó la oblatividad, “todo por el Otro”. Esta forma de satisfacción constituirá un campo de analizabilidad trascendental para poder resolver los análisis de los sujetos obsesivos ya que ese regalo que dan tan de buena gana resulta ser a la vez un objeto degradado y desvalorizado, escondiendo bajo su envoltorio el rechazo al deseo del Otro y la reserva de su propia satisfacción autoerótica.

“.. la noción de oblatividad. Es una fantasía de obsesivo, por sí misma incomprendida: todo para el otro, mi semejante, se profiere en ella, sin reconocer la angustia que el Otro (con una A mayúscula) inspira por no ser un semejante.” (Lacan, 1984, p. 595)

De esta forma en los desarrollos de Lacan comenzamos a diferenciar dos dimensiones que poco a poco cobrarán diversa importancia sobre todo en lo que respecta a la delimitación de lo que podemos llamar la posición de la transferencia. Estas dimensiones son las relativas al objeto, al objeto *a*; y la relativa a la demanda del Otro en la estructuración de las pulsiones. Así estos dos puntos de referencia, ubicados en distintos niveles del grafo, permitirán situar el lugar otorgado al analista. Es importante destacar la dimensión del objeto debido a que Lacan progresivamente introducirá dicha dimensión dibujando dos campos de analizabilidad, el dialéctico correspondiente a las lógicas del deseo y la demanda y el no-dialéctico o autístico correspondiente al carácter parcial del objeto de satisfacción pulsional.

“Pues esos objetos, parciales o no, pero sin duda significantes, el seno, el excremento, el falo, el sujeto los gana o los pierde sin duda, es destruido por ellos o los preserva, pero sobre todos *es* esos objetos, según el lugar donde funcionan en su fantasía fundamental, y ese modo de identificación no hace sino mostrar la patología pendiente a la que se ve empujado el sujeto en inmundo donde sus necesidades están reducidas a valores de intercambio, pendiente que a su vez no encuentra su posibilidad radical sino por la mortificación que el significante impone a su vida, numerándola.”(Lacan, 1984, p. 594)

Esta dimensión del objeto parcial reaparecerá en el seminario sobre “*La transferencia*” bajo la forma del objeto agalmático, y reaparecerá en el seminario sobre “*Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*” como aquél en torno al que gira la pulsión sirviendo de eje a la repetición, la que podemos pensar con dos caras, una dialéctica o simbólica vinculada a los significantes de la demanda (D) y otra autística vinculada a la consistencia de la parcialidad del objeto.

El siguiente aspecto a mencionar con relación a la problemática de las demandas y los objetos pulsionales sólo será mencionado en este apartado, pero será retomado al trabajar la conceptualización del objeto *a* en relación a la transferencia. Este aspecto es aquél en el que la satisfacción de las demandas oral y anal pasan a adquirir un sentido sexual, siendo el mismo Lacan quien nos aclare de los que se trata:

“La relación sexual es aquello por lo que la relación con el Otro desemboca en una unión de los cuerpos.” (Lacan, 2003, p. 223)

Resulta trascendental esta definición de lo sexual a partir del encuentro entre dos cuerpos o bien dos partes de un cuerpo, si pensamos en el autoerotismo. Trascendental por dos razones. En primer lugar permite desmarcar la sexualidad de la cuestión de la genitalidad. Y por otro lado reconduce el problema de la erogeneidad a la consistencia corporal reenganchando la naturaleza simbólica del significante a la materialidad libidinal del cuerpo. Esta cuestión culminará en el *Seminario XI* cuando se establezca que la transferencia es la puesta en acto del inconsciente y que la realidad del inconsciente es sexual.

Para finalizar es necesario mencionar en este contexto teórico la continuidad de una noción que ya habíamos localizado en el capítulo anterior: la presencia del analista en la transferencia. Con anterioridad aislamos las consecuencias clínicas de la presencia del analista en su relación con la resistencia y la interrupción de las asociaciones del paciente, fenómeno que se explicaba como la realización en la transferencia de una de las parejas imaginarias del sujeto destituyéndose así la función historizante de la palabra. Cuando Lacan introduce la problemática de la demanda mantiene la categoría de la presencia en tanto en la constitución subjetiva como de la dirección de la cura, sin embargo le otorga una perspectiva diversa.

Con relación a la constitución subjetiva la cuestión de la presencia toma su lugar en el segundo tiempo del complejo de Edipo en el que la alternancia de del Otro en términos de presencia-ausencia cumple la función de introducir al sujeto en las simbolizaciones primordiales, generando así el misterio fálico que incitará el proceso de la metáfora del nombre del padre. Se trata de una primera presencia del significante fálico (Φ), que si bien aún no opera desde el lugar del inconsciente, hace sentir su presencia bajo la forma de la pregunta *¿Qué desea el Otro?* Por tanto la presencia del Otro, en este caso del analista en la sesión, ingresará para el sujeto en la trama fantasmática que ha construido para hacer frente

al deseo del Otro. Es por esto que la presencia podría tomar diversas figuras para un sujeto en análisis. Por ejemplo la presencia podría evocar el deseo del Otro, ése que en el segundo tiempo del Edipo se verifica cuando el Otro retorna de su ausencia haciendo patente, a través de su presencia, el lugar que ocupa el sujeto en su deseo. Otra posibilidad es cuando la presencia no alterna con la ausencia, dejando al sujeto excluido de la problemática del deseo del Otro y coagulándolo a ser la causa de una presencia absoluta, lo que en el caso de la neurosis puede conducir a episodios de importante angustia o bien a fenómenos resistenciales con interrupciones de la asociación libre. Esta situación se puede explicar debido a que la presencia del Otro operaría como signo de la demanda absoluta del Otro, que al no pendular para hacer aparecer el deseo del Otro, aplasta el deseo del sujeto tal como se mencionó algunos párrafos más arriba. El analista da su presencia, su escucha, que es condición de la palabra. La presencia puede provocar el silencio como reacción a la sombra de la demanda del Otro.

En consecuencia, si la presencia del analista resulta ser un fenómeno que conecta con las problemáticas subjetivas del deseo del Otro, entonces es la introducción de la categoría de deseo del analista, por parte de Lacan, la que cobra aquí todo su valor operativo en la dirección de la cura ya que serán las maniobras de dicho recurso las que permitirán una reestructuración de la valencia libidinal que el deseo del Otro posee para la economía psíquica del sujeto.

- El fantasma en la neurosis y sus relaciones con la transferencia.

“..les explico que la histeria y la obsesión se pueden definir a partir de los dos estatutos del deseo que llamé para ustedes el deseo insatisfecho y el deseo imposible, instituido en su imposibilidad.” (Lacan, 2003, p. 407)Pagina 407.

Para introducirnos a la importancia de la relación entre el fantasma y la transferencia debemos remitirnos al texto “*La dirección de la cura y los principios de su poder*”. Allí Lacan plantea tres niveles de la función del analista, a saber política, estrategia y táctica. Esta metáfora militar del proceso psicoanalítica permite, además de distinguir distintos niveles de la operación del psicoanalista, redistribuir los grados de libertad que el analista posee en el ejercicio técnico del análisis estableciendo una relación de dependencia

entre estos distintos niveles y la libertad técnica del analista. En el siguiente cuadro representamos estos tres niveles de funcionamiento junto a sus correlatos técnicos.

Política	Deseo del analista	Menor libertad
Estrategia	Transferencia	Mayor libertad
Táctica	Interpretación	Aún más libertad

Así el analista es menos libre en su política que en su táctica ya que en aquella ha de ubicarse por su carencia de ser, lo que le otorga a su deseo la posibilidad de conducir al analizante a través del análisis a una reformulación de sus respuestas neuróticas ante la propia carencia de ser. Respecto a la interpretación o intervención veremos que Lacan la deja abierta a las restricciones que la política y la estrategia imponen.

Es posible sostener que existe un correlato del lado del analizante de cada una de estas funciones. Así el deseo del analista, al sostenerse en la carencia de ser, apunta a revelar la carencia de ser del sujeto. La interpretación recaerá sobre el síntoma del sujeto que ocupa el centro mismo del análisis. Y he aquí nuestro objeto de interés: la transferencia se corresponde con el fantasma. Será la dinámica repetitiva del fantasma la que dará su lógica y consistencia a la repetición bajo transferencia. Por tanto todo tipo de maniobra transferencial de parte del analista debe tener en cuenta la modalidad fantasmática del sujeto y el lugar que en dicha modalidad el analista ocupa. Comenzaremos por especificar las funciones psíquicas del fantasma.

En primer lugar la función del fantasma puede ser definida como la de especificar una respuesta al deseo del Otro con la consecuencia de organizar una modalidad o tipificación de la estructura del deseo del sujeto. Esta función del fantasma la encontraremos desarrollada fundamentalmente en los escritos *“Dirección de la cura y principios de su poder”*, *“La significación del falo”* y fundamentalmente *“Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”*. En correspondencia con estos escritos podemos mencionar los desarrollos del *Seminario V “Las formaciones del inconsciente”* y del *Seminario VI “El deseo es su interpretación”*. El fantasma como respuesta al deseo del Otro, le permite al sujeto localizar la naturaleza enigmática de dicho deseo. Esa naturaleza enigmática, misteriosa, es la que permite a la altura del segundo tiempo del Edipo la introducción de la función del tercero en la estructuración subjetiva,

dando lugar al lugar en el que deberá alojarse el nombre del padre como significante sustituto del significante fálico. Es importante consignar la diferencia entre el significante fálico (Φ) y la significación fálica ($-\phi$). El significante fálico, originariamente denominado deseo de la Madre (DM) en el álgebra de Lacan anterior al *Seminario V*, debe pensarse en dos momentos lógicos. El primer momento equivale al segundo tiempo del Edipo, en éste el falo aparece como el significante del deseo del Otro en la medida en que se dirige a un lugar que resulta misterioso para el sujeto. En ese lugar tercero al que se dirige el deseo del Otro y que se presenta como enigmático, el falo hace su aparición. Es un momento que Lacan caracteriza como la presencia del significante fálico. En este momento puede resultar altamente deslocalizador para el sujeto, tanto en su proceso de constitución como cuando se producen desestabilizaciones, debido a que se ve arrojado al desplazamiento metonímico de la significación. En segundo momento lógico del significante fálico en el funcionamiento subjetivo es aquél en el que la sustitución con el nombre del padre ya se ha producido operando así el efecto de castración simbólica que constituye al sujeto. Así el significante fálico, al estar reprimido, atraerá sobre sí los efectos de la significación fálica de las formaciones del inconsciente. Esto nos permite pasar ahora a precisar la diferencia con la significación fálica. Ésta a diferencia del significante fálico, es un efecto imaginario, una consecuencia en el campo del sentido de la extracción de la falta de un elemento simbólico. Este efecto imaginario toma la forma de una significación permanente de falta, de carencia con la que el sujeto imaginariza la castración. Es por esto que el matema de esta significación es $-\phi$. Esta diferencia entre Φ y $-\phi$ es fundamental para entender las modalidades fantasmáticas y sus consecuencias transferenciales en la obsesión y la histeria respectivamente.

En segundo lugar es pertinente destacar una función psíquica del fantasma que no está en relación al Otro, sino que responde más bien a la cuestión del autoerotismo y del objeto. Esta función, especificada en el matema del fantasma ($\$ \diamond a$), se define como la delimitación de un circuito de satisfacción repetitivo del sujeto en relación a los objetos pulsionales: pecho, eses, voz y mirada. Es importante destacar que el fantasma al ser una fijación de una modalidad de goce específica una satisfacción autista, sin el Otro, en la que el objeto y sus bordes significantes sirven y se refieren al efecto de satisfacción que el circuito mismo produce y mantiene. En esta función el sujeto posee un rol activo en la

gramática fantasmática. En el fantasma “el sujeto goza”, será tarea del psicoanálisis la responsabilización de dicho goce.

En tercer lugar describiremos la relación del fantasma con la especificidad de los dos tipos clínicos de la neurosis, la histeria y la obsesión.

Una primera cuestión es que Lacan escribe solamente una vez las formulas fantasmáticas de cada uno de los tipo clínicos. Precisamente en el Seminario “*La transferencia*”. Estas son las siguientes:

- Histeria: $\frac{a}{-\varphi} \diamond A$

- Obsesión: $\mathcal{A} \diamond \Phi(a, a', a'', \dots)$

Antes de entrar en el análisis de las implicancias de cada una de éstas quisiéramos destacar dos características de la tipificación fantasmática que no están exentas de consecuencias clínicas. Estas dos características poseen, en cierto sentido, una tensión con la formula general del fantasma ($\$ \diamond a$) refiriéndose siempre al sujeto y su “pareja” y que también desarrollaremos a continuación. Las características son:

- En ambas formulas no aparece el matema del sujeto barrado.
- En ambas formas reaparece el campo del Otro (A) a diferencia de las formula general en la que aparece el objeto a .

¿Qué podemos concluir de estas características? En la tipificación neurótica del fantasma el sujeto no aparece debido a se encuentra posicionado lógicamente en relación al Otro (A) desde el lugar de objeto para ese Otro. Es decir tanto la histeria como la obsesión, si bien gozan fantasmáticamente de los objetos pulsionales y parciales, la lógica que organiza su deseo de forma histérica u obsesiva implica que en la fantasía aparezcan posicionados como objetos del Otro (A). Así la modalidad clínica de ambas neurosis posee una doble y alternante forma de funcionamiento. En un nivel se trata de sujeto activo y en otro nivel del disfraz de objeto con que dicho sujeto activo se viste para relacionarse con el deseo del Otro. Esta es una precisión atingente para poder describir la dirección de la cura

de un tratamiento psicoanalítico ya que precisamente en una análisis se trata de responsabilizar al sujeto de sus condiciones de goce, lo que puede leerse también como dismantelar el aparataje que lo objetiviza ante el Otro para transformar así las relaciones con su propio goce. Por tanto, si consideramos que la transferencia se articula a la cuestión del lugar del Otro, entonces podemos comprender que la “manera con la que un sujeto se hace objeto del Otro” es clave a la hora referirnos al manejo técnico de la transferencia.

- La dinámica del fantasma histérico.

En la escritura del fantasma histérico observamos la modalización del deseo como deseo insatisfecho. Por lo tanto de lo que se trata es que comprender cómo, a partir de una definición general del deseo como deseo del Otro, la histeria como estructura clínica se provee de un deseo insatisfecho. Lacan toma dos referentes clínicos de Freud para desarrollar esta cuestión. Por un lado el sueño de la bella carnicera con el objetivo de esclarecer la relación del deseo con el significante fálico y por otro lado el Caso Dora para especificar las relaciones de la identificación femenina con la elección de objeto, lo que se traduce en la pregunta ¿qué es ser una mujer?* Revisemos como estos dos referentes, a saber la relación del deseo con la identificación fálica, y el problema de la elección de objeto y la pregunta por el goce femenino organizan la cuestión fantasmática.

$$\frac{a}{-\varphi} \quad \diamond \quad A$$

Una primera cuestión respecto a la fórmula es que es posible sostener que si pensamos en caracterizar la lógica de la identificación de un sujeto (\$) histérico ésta puede desglosarse como está escrito en el lado izquierdo de la fórmula. Pudiendo leerse como “siendo el objeto que le falta al Otro, adquiero el valor fálico de ser lo deseado”.

“Y el histérico es precisamente el sujeto al que le resulta difícil establecer en la constitución con del Otro como Otro con mayúscula, portador del signo hablado, una relación que le permita conservar su lugar del sujeto. Ésta es la propia definición que se puede dar del histérico. Por decirlo todo, el histérico está tan abierto o abierta a la sugestión de la palabra, que ahí debe haber algo.” (Lacan, 1999, p. 372)

* Un desarrollo amplio de estos puntos se puede encontrar en la parte final del Seminario V “Las formaciones del inconsciente” y el escrito “La dirección de la cura y los principios de su poder.”

En la cita anterior vemos como Lacan destaca precisamente la dificultad de la histeria para ubicarse como sujeto, lo que aparece lógicamente escrito en la fórmula ubicando el objeto sobre la barra del lado izquierdo. Así la sugestionabilidad realiza precisamente esta inercia a encontrar un lugar en el Otro a través de la identificación con algún significante que, remitiendo al falo simbólico (Φ), le permita alojar la significación fálica ($-\phi$) bajo dicha identificación. Así la histérica apunta a reanimar al Otro, de ahí a que el Otro aparezca sin la barra, ya que se trata de producir en el campo del Otro la presencia del deseo del Otro, el significante fálico, tarea para la cuál se ofrece ella misma como el objeto que provoca dicho deseo. Esto la lleva a atesorar bajo su semblante de objeto la significación fálica que le otorga precisamente los atributos necesarios para producir el deseo del Otro. Ahora bien, es esta dependencia del deseo del Otro lo que fomenta la insatisfacción de su propio deseo.

“El sujeto necesita crearse un deseo insatisfecho, es que ésta es la condición para que se constituya para él otro real, es decir, que no sea del todo inmanente a la satisfacción de la demanda, a la completa captura del deseo del sujeto por la palabra del Otro. Que el deseo en cuestión sea por su propia naturaleza el deseo del Otro, a esto precisamente es a lo que nos introduce el deseo del sueño, porque este deseo de caviar la enferma no quiere que sea satisfecho en realidad. Y este sueño tiende indiscutiblemente a satisfacerla en relación con la solución del problema que trata de encontrar.” (Lacan, 1999, p. 373)

Para la histeria resulta absolutamente necesaria la existencia de un deseo más allá de la demanda, un deseo que reste a la captura de la demanda, este aspecto se encuentra en el centro del conflicto psíquico de la histeria el que se plantea como una contradicción entre la demanda el deseo. Una contradicción, un conflicto entre la demanda y el deseo ahí donde la bella carnicera desea caviar, demanda que no le den caviar. ¿Por qué pide que no le den lo que desea? Porque la dificultad es que de obtenerlo aparece la fantasía de la desaparición del deseo.

“Pero, en el caso específico del histérico, el deseo como más allá de la demanda, es decir, en tanto que ocupa una función como rehusado, desempeña un papel de primerísimo orden. Nunca comprenderán ustedes nada de una o un histérico si no parten de ese primer elemento estructural. Por otra parte en la relación del hombre con el significante la histérica es una estructura primordial. Por poco que hayan llevado lo bastante lejos con un sujeto la dialéctica de la demanda encontrarán siempre en un punto de la estructura la *Spaltung* de la demanda y el deseo, a riesgo de cometer grandes errores, es decir, que el enfermo se vuelva histérico, pues todo lo que analizamos ahí es, por supuesto, inconsciente para el sujeto. Dicho de otra manera, el histérico no sabe que no puede ser satisfecho dentro de la demanda, pero es muy esencial que ustedes lo sepan.” (Lacan, 1999, p. 374)

Esto quiere decir que si bien la histeria demanda al Otro por la satisfacción de su deseo, éste nunca encontrará en las respuestas del Otro a su demanda, la solución a su insatisfacción por permanecer alienada a la pretensión de ser el falo, como solución a no tenerlo.

Una observación importantísima respecto a la dialéctica de la demanda y el deseo es realizada por Lacan con relación a la desestabilización de Dora luego de la declaración de amor del Señor K. Esta observación dice relación con que cuando éste se declara, desarticula la identificación de Dora que le permitía sostener el teatro histérico de su deseo, al desarmarse está encrucijada Dora retorna al nivel de la demanda de amor dirigida al padre. Retornando a un estatuto primitivo de la demanda al Otro. Se trata de una indicación trascendental en la dirección de la cura ya que este estatuto de la demanda declara una dependencia “loca” al Otro instituyendo una idealización del objeto de amor que resulta absolutamente degradante para el sujeto. Dé esta forma se pueden entender muchas desestabilización histéricas en las que por algún avatar de la vida se desorganizan los bastidores del deseo, conduciendo al sujeto en el mejor de los casos a la regresión de la demanda y en otros al pasajes al acto. Cabe destacar que es posible que esa demanda primaria se oriente y dirija al analista por un efecto transferencia. La dirección de la cura debería orientarse hacia la destitución de dicha identificación fálica orientada a la provocación del deseo del Otro, para permitirle al sujeto a un modo de satisfacción más acá del campo de la demanda y del deseo. Ese más acá se relaciona precisamente con la naturaleza de la pulsión y sus autismos. Conducir la cura de una histeria “hacia el Otro” lleva directamente al desbarrando del sujeto, precisamente por destituirlo en tanto tal. De esta forma es que la estrategia transferencial ha de pretender reducir la spaltung entre demanda y deseo, para ubicar en su intervalo la función del objeto a , o en términos de la última enseñanza de Lacan posibilitar formas de pasaje del síntoma al sinthome.

- La dinámica del fantasma obsesivo.

Continuando con el desarrollo del fantasma como respuesta o localización del deseo del Otro, abordaremos la dinámica obsesiva del funcionamiento fantasmático.

He aquí su fórmula:

$$\mathcal{A} \diamond \Phi (a, a', a'', \dots)$$

En primer termino mencionaremos que la notación del Otro barrado designa el deseo del Otro, el signo de la castración del Otro, lo que resulta insoportable para el obsesivo. Así el obsesivo persigue rechazar el deseo del Otro, ya que de ésta forma rechaza también la castración del Otro. Ahora bien si de esta forma apunta a anular imaginariamente la castración del Otro, esto recibe toda su motivación en que así se escabulle de enfrentar él mismo su propia castración. Así se construirá un deseo imposible, ya que desear es estar castrado, por tanto si no desea, supone a nivel de lo imaginario, que es posible eludir el efecto de castración. Para lograr tal efecto es que utiliza las estrategias sistematizadas por la otra parte de la fórmula. Lo que del lado derecho de la fórmula muestra es la que en el lugar del sujeto el obsesivo ubica su yo. Un yo que debe analizarse en dos direcciones. Por un lado en dirección al Otro al que se ofrece para colmar su castración, y por otro lado en relación a los objetos de satisfacción y a las identificaciones con dichos objetos con los que el mismo yo se ha construido. Al interior del paréntesis las “*a*” designan al otro con minúscula aquél alter ego con el que el obsesivo al tiempo que se compara se identifica. Pero no sólo eso, ya que esas “*a*” designan también el papel de objeto que ese otro posee para su satisfacción. Esa función de satisfacción se encuentra especificada por el significante fálico (Φ), ubicado fuera del paréntesis. Esa ubicación indica que la iteración de identificaciones y en consecuencia de objetos (*a, a', a''*) se encuentra significantizada con el valor inconsciente del falo simbólico, por lo que la suposición es que al poseer dicha característica sería a través de éstos que la castración del Otro podría anularse, siendo el obsesivo mismo aquél que le restituiría su integridad al barramiento del Otro. De esta forma es que el obstáculo para el obsesivo es que de nada le sirve tener un falo, porque su deseo es serlo. Por lo que se identifica al falo imaginario de la madre como forma de rechazo a la castración del Otro. Este rechazo se observa en fenómenos como la oblatividad, definida como, “todo para el Otro”, sintiendo que nunca hace lo suficiente para que el otro mantenga su existencia. El sujeto sólo satisface su necesidad para la satisfacción de Otro.

Esta dinámica posee su origen en el estadio anal del desarrollo psicosexual. Debemos recordar que en la limpieza de los excrementos, en los cuidados que el Otro le

otorga al niño, la satisfacción se encuentra del lado del Otro. Es el Otro el que se debe satisfacer con los cuidados otorgados al niño para que se inaugure el campo de las satisfacciones del niño. En éste proceso de identificación con el objeto de satisfacción del Otro podemos situar un punto de identificación del sujeto con el objeto excremental, definiendo así una de las versiones del fantasma obsesivo caracterizado por la propia desvalorización en la que se arroja fuera de todo el juego de la dialéctica erótica. Su fantasía se sostiene en la imaginarización de su propia eliminación.

En consecuencia, observamos en el obsesivo, una relación particular con el significante del deseo del Otro: el falo (Φ). Es rechazado, en tanto signo del deseo de Otro, esto determina la imposibilidad tan particular que afecta al obsesivo en la manipulación de su deseo. Fenómenos como la duda, la ambivalencia o la agresión testimonian precisamente de esta dificultad del obsesivo en el manejo del deseo del Otro, lo que no es más que la imposibilidad de manejar el propio deseo. Así la consciencia del obsesivo se ve “falicizada” en la medida que pretende por la vía de la autoconsciencia restituir una continuidad sin intervalos. Las defensas del obsesivo precisamente aparecen frente a esos puntos para colmar el intervalo significativo. Ahí donde en la histeria observamos la disociación, el intervalo que la lleva al “no se”, en el obsesivo observamos un impulso al “todo saber” con el que se intenta mantener a distancia al deseo. Nada más difícil que conducir al obsesivo entre la espada y la pared de su deseo. En diversos puntos de su enseñanza Lacan insistió en las cualidades de la observación consciente en el obsesivo y su consecuencia más directa consistente en el desdoblamiento yoico. Un desdoblamiento que termina por excluirlo impidiéndole reconocer que aquél a quien observa desde el palco de su narcisismo es él mismo. Ese de la escena, es él sin responsabilidad subjetiva de lo que ocurre en la escena. Así el obsesivo no está nunca donde parece estar. En el fondo de la experiencia del obsesivo hay cierto temor a deshincharse de la inflación fálica. Es la rana que quiere ser tan grande como el buey, hasta que revienta. Revierta de esa inflación que el falo produce en cada una de sus identificaciones, de aquellas que aparecen en el interior del paréntesis de la formula que más arriba escribimos. Así un obstáculo importante en la cura del obsesivo será la preganancia de la consciencia, la que en todo momento pretende rellenar las fracturas por donde el deseo inconsciente podría aparecer. La consciencia, en un juego

especular permanente se mostrará atenta a los movimientos del analista para con una estrategia transferencial rellenar el punto donde se le presenta el deseo del analista.

El siguiente aspecto a destacar de la lógica del obsesivo es aquél que dice relación con los objetos y su valor libidinal. Un rasgo de esta relación es el contrabando. El obsesivo debe contrabandear los objetos de su deseo debido a que la mirada omnipresente del Otro se transforma permanentemente en una amenaza que le prohíbe desear, por lo que observaremos en el obsesivo un permanente goce del contrabando en el que objetos que podrían no tener gran valor, cobran una valoración libidinal trascendental sin permitirle acceder a una satisfacción supuestamente no vista por quien él imagina como el omnividente. Estos objetos de su fantasía poseen una lógica serial que le permite incluso establecer equivalencias eróticas a nivel intelectual. Los permanentes razonamientos en los que el obsesivo se entrapa calculando cuál objeto sería más satisfactorio, son aquí un ejemplo, ya que dichas equivalencias persiguen evitar cualquier atisbo de pérdida de objeto. Así la satisfacción se organiza decididamente en torno a objetos parciales como una forma de neutralizar el deseo del Otro con su radical alteridad. En su mundo los objetos adquieren un valor erotizado al ser incluidos en las series coleccionables cuyo blanco es siempre la realización del todo. Por tanto la clandestinidad del objeto será otra manera de hacer manejable el deseo.

Finalmente abordamos uno de los rasgos tal vez más característicos de la neurosis obsesiva, a saber, el recurso a la demanda como forma de desentenderse del deseo del Otro. Serán los significantes de la demanda aquellos en los que el deseo del obsesivo quedará retenido, fijado. Es por esto que se suele relacionar al obsesivo con fijaciones en el estadio anal, ya que a diferencia del oral, aquél es por excelencia un estadio en relación a la demanda del Otro. El control de esfínteres es esencialmente una demanda. El consentimiento de dicha demanda realiza precisamente al sujeto como objeto de la satisfacción del Otro. Será un obediente de la demanda, llegando a “demandar que le demanden”. De esta forma queda sorteado el problema del deseo. Transferencialmente éste es tal vez uno de los grandes escollos ya que no dejará de estar atento a encontrar y transformar elementos del Otro de la transferencia en demandas a las que debe responder, con lo que transforma de manera evidente el análisis es una situación a imagen y semejanza de su fantasma. Por tanto en este punto el manejo de la transferencia será trascendental.

- La identificación y el ideal del yo en la dinámica transferencial.

Hacia la tercera parte del Seminario sobre “*La transferencia*” encontraremos una afirmación trascendental para la comprensión de la transferencia y que se orienta a despejar y desarrollar las relaciones de este fenómeno, imprescindible para la cura analítica, con el proceso de identificación. Lacan sostendrá que el ideal del yo es el eje de la clase de identificación que produce el fenómeno de la transferencia. Esta afirmación incluye dos orientaciones. Por un lado que la transferencia se sostiene en un proceso identificatorio, es decir que cuando el analizante inserta al analista en una serie psíquica, no sólo se trata de una proyección, sino que también está en juego una identificación del lado del analizante. Por otro lado que esa identificación en juego en la transferencia es del orden del ideal del yo. En consecuencia para despejar la naturaleza de la transferencia debemos sistematizar las implicaciones del ideal del yo.

Para Lacan el ideal del yo es un campo organizado de determinada manera en el interior del sujeto, un campo organizado de significantes que posee ciertas consecuencias sobre el sujeto. El ideal del yo posee una función específica al interior del sujeto que intentaremos precisar. Lacan desarrolla ampliamente estas funciones en el artículo “*Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache*”. Allí realiza una de las presentaciones más acabada del esquema óptico, mecanismo con el que intentará precisamente esclarecer el funcionamiento interno del aparato psíquico, en el que el ideal del yo posee un papel trascendental.

Para Lacan se trata de una función topológica introyectada, esto quiere decir que de un elemento del exterior que se incorpora al interior del sujeto bajo la lógica de la cinta de Moebius, lógica que como en otros procesos caracteriza la relación del sujeto con el objeto en la estructura fantasmática.

El origen del ideal del yo se remite a la dinámica libidinal descrita por Freud en “*Introducción al narcisismo*”, en este artículo sostiene que la función del ideal del yo es amar al yo de manera indirecta otorgándole una función libidinal que toma el relevo del narcisismo primario, así en remplazo al deseo de ser amado por el Otro, el ideal del yo se transforma en una instancia equivalente al Otro por estar constituida de significantes

extraídos de su discurso, el ideal del yo ama al yo en remplazo del deseo de ser amado por las instancias edípicas exteriores. Es más fácil hacerse amar por el ideal del yo que por los objetos edípicos originales de las investiduras libidinales. Entramos de lleno en el campo de las relaciones de narcisismo con el Otro.

El ideal del yo es un articulador subjetivo del narcisismo libidinal del sujeto, designando un punto al que el sujeto aspira, una especie punto de fuga que el sujeto pretende alcanzar y respecto al cual se siente en falta. Freud decía que el ideal del yo era la instancia con la que el yo se medía y se comparaba, por lo que no es extraño que para la neurosis el resultado natural de esa comparación es la subjetivación de la castración. Para precisar más claramente esta instancia es necesario introducir al yo-ideal y las vinculaciones de ambos. Recordemos que para Lacan la constitución psíquica se veía potenciada por la especularidad de la relación al Otro, ahí el estadio del espejo implicaba reconocerse en una imagen en el Otro que tenía la función unificante y totalizante de su experiencia motivando un apropiamiento de la misma. El resultado de ese proceso es el yo-ideal, que designa una reunión entre el apropiamiento yoico de esa imagen y el júbilo o satisfacción que esa acción de reconocimiento implica. El ideal del yo en cambio es una instancia que se construye a partir de la identificación a significantes del discurso del Otro disimétrico teniendo la particularidad de juzgar al yo ideal produciendo una distancia entre amabas instancias. La imagen que Lacan propone para mostrar esta relación es la del niño frente al espejo se mira así mismo en el espejo (yo-ideal) y que se vuelve hacia el Otro para avalar la imagen especular. Así el Otro avala, califica dicha imagen articulándola al deseo del Otro que se representa psíquicamente a través del ideal del yo. Hablamos de la interiorización de la mirada del Otro al interior del psiquismo, interiorización que es fuente de sufrimiento por designar precisamente la inadecuación entre el deseo y el significante, la castración. El ideal del yo esta constituido por significantes desde donde el sujeto se contempla sin demasiada desventaja respecto al Otro. El ideal del yo es entonces el consentimiento del sujeto a que su deseo tome como objeto el deseo del Otro, deseo del Otro materializado psíquicamente en los significantes en que el sujeto interpretó el deseo del Otro. Esos significantes constituirán marcas que fijarán al sujeto en relación al deseo del Otro y que Lacan denominará S_1 . Estos significantes propiciarán un tipo de identificación denominada *rasgo unario*. Este rasgo es un carácter puntual de referencia al

Otro en la relación narcisística. Designa el asentimiento del sujeto a la dependencia de su satisfacción al deseo del Otro, condicionando la valencia libidinal de la imagen especular. Por nacer en el campo del significante resulta claro que el ideal del yo es una introyección simbólica, en cambio el yo-ideal es una proyección imaginaria. En todo análisis es imperativo ubicar el lugar del ideal de yo, o más bien los significantes fundamentales que integran la función del ideal del yo, debido a que es desde éstos que el analizante se ubicará respecto al analista. El analista representará para el analizante el ideal del yo, por lo que la transferencia será la actualización de esa disimetría. Pero el analista debe ser una suerte de espejo sin superficie para, al no reflejar nada, desestructurar la estabilidad narcisística entre el yo-ideal y el ideal del yo. Si bien el analizante intenta encarnar el ideal del yo en el análisis, el analista debe evitar que dicha encarnación se produzca. Entonces:

“¿Que debe ser verdaderamente el analista para responder a la transferencia?” (Lacan, 2003, p. 383)

La posición del analista, la respuesta que el analista debe dar para cumplir con el poder de la transferencia, la definimos diciendo en el lugar mismo del analista debe estar ausente de todo ideal. El analista no debe encarnar el ideal del yo del analizante, pero eso sólo es posible si el lugar mismo del analista se encuentra ausente, vaciado de toda función de ideal referida al analista mismo.

Si analista llega a encarnar, a hacer efectivo y utilizar los poderes que dicha posición otorga, se producirá el fenómeno de la sugestión.

“Hay entre transferencia y sugestión, éste es el descubrimiento de Freud, una relación, y es que la transferencia es también una sugestión que no se ejerce sino a partir de la demanda de amor, que no es demanda de ninguna necesidad. Que ésta demanda no se constituya como tal sino en cuanto el sujeto es sujeto del significante, es lo que permite hacer de ella mal uso reduciéndola a las necesidades de donde se han tomado esos significantes, cosa que los psicoanalistas como vemos, no dejan de hacer.

Pero no hay que confundir la identificación con el significante todo poderoso de la demanda, del que hemos hablado ya, y la identificación con el objeto de la demanda de amor.” (Lacan, 1984, p. 615)

Vemos como se comienzan a vincular los términos transferencia, sugestión, ideal del yo y amor. El analizante ubica su ideal de yo en el analista, pero éste no ha de responder a ese ideal ya que de hacerlo utilizaría los poderes de la sugestión. Sin embargo es precisamente ese ideal de yo el que determina y organiza la transferencia, se trata de significantes con los que el analizante se representa ante el Otro analista. Es posible afirmar que analizar es en sí mismo analizar la sugestión ya que el análisis al apuntar a separar el deseo de la demanda le permite al sujeto desasirse de los efectos de la demanda que

apuntan siempre a transformarlo en el objeto del amor del Otro. Así si el analista no encarna el ideal del yo, destituyendo la función de la demanda del Otro del campo psíquico del analizante, abre la secuencia de la transferencia denunciando las identificaciones que fijan al sujeto orientando las secuencias regresivas. Hacia el final del análisis es de suponer que no habría coincidencia entre lo que el analista es para el sujeto en este punto y lo que debió de haber sido en el comienzo del análisis.

La vinculación de la transferencia con el ideal del yo permite comprender ciertos fenómenos clínicos. Así por ejemplo se pueden producir fenómenos resistenciales vinculados directamente a la posición que el analista está ocupando para el paciente. También es posible pensar en fenómenos de acting out que respondería también a estas circunstancias. Lo mismo ocurre con los efectos de la interpretación ya que por ejemplo si el analista está demasiado idealizado el fenómeno que tenderá a producirse es del orden claramente sugestivo.

En consecuencia, la dinámica de la transferencia responde al ideal del yo del sujeto por lo que toda maniobra del analista deberá tener en cuenta los significantes con los que está constituido. Parafraseando a Lacan “hay que saber que las cartas están repartidas”.

- Amor y transferencia.

Abordaremos a continuación uno de los temas clásicamente relacionados con la transferencia: el amor.

Para Lacan toda demanda es siempre demanda de amor. ¿Por qué? Porque toda demanda apunta aun más allá en la medida en que por demandar algo al Otro queda a la espera de su respuesta, y esa respuesta depende de que en el Otro exista un deseo de responder a esa demanda. El amor, por tanto, es demanda ya que el sujeto pide al deseado, al Otro, que se ponga en posición de deseante. Para ello el sujeto mismo que demanda debe hacerse deseable siendo precisamente en este punto que la estrategia fantasmática, histérica u obsesiva, presta sus servicios de manera irrestricta. Así la incondicionalidad de la demanda se revela como demanda de amor por pretender obtener la posición de deseante de parte del Otro más allá de lo que demanda. Un ejemplo de esta condición de la demanda es esa petición de los niños a sus madres cuando éstas salen del hogar “mamá tráeme algo”,

“¿qué cosa?” responde ella, “no sé, algo!” vuelve a afirmar él. Es una demanda de amor en la medida en que no apunta a un objeto demandado, sino a provocar en la madre el deseo por traerle algo al hijo, el objeto es indiferente sólo importa ser deseable para el Otro.

En el análisis del *Banquete* de Platón, Lacan aborda de manera precisa las cuestiones relativas a la demanda de amor y el manejo de la transferencia con la introducción de una nueva categoría de objeto: el *agalma*.

Antes de desplegar dicha argumentación quisiéramos mencionar una importante transformación en la teoría de Lacan. Hasta el *Seminario VI “El deseo y su interpretación”*, Lacan había abordado las cuestiones relativas al objeto del deseo desde la óptica del registro simbólico acuñando fundamentalmente el término *significante fálico*. Esta noción subsumía las funciones explicativas relativas al objeto al que apunta el deseo. Es a partir del *Seminario VII “La ética del psicoanálisis”* que se introducirá una distinción en la categoría de objeto comenzando a introducir, bajo la cuestión de “la cosa”, una problematización del objeto que destacará la existencia de una arista no significantizable del mismo.

En el *Seminario “La transferencia”* esta arista diferencial respecto al *significante fálico*, aparecerá bajo la forma del *agalma* y constituirá precisamente el articulador de la teoría del amor de transferencia. Esta transformación teórica de Lacan culminará en el *Seminario X sobre “La Angustia”* con la introducción clara del objeto *a* como un objeto excluido de la dialéctica simbólico-imaginaria.

Avancemos la especificidad del *agalma*. Hemos dicho que el amor es la demanda de ser deseado por el Otro, por ello toda demanda, en su aspecto intransitivo es demanda de amor. Lacan durante toda la primera parte del *Seminario VIII* abordará precisamente este aspecto definiendo las figuras del amante y el amado. El amante será definido como el sujeto del deseo, mientras que el amado como el objeto del deseo. Esto nos lleva directamente a pensar el amor como una significación, o sea como una metáfora. ¿Qué quiere decir que el amor sea una metáfora? Es una metáfora porque implica un proceso de sustitución en la que el amante, como sujeto de la falta, se sustituye al objeto amado. En otras palabras el objeto amado es transformado en sujeto deseante, resultando ser ambos objetos del amor del otro y viceversa. Así cada uno ofrece al otro su complemento. De ahí la célebre definición de Lacan: amar es dar lo que no se tiene a un ser que no lo es. Dar el objeto del deseo, que no se tiene, a un sujeto que si bien funciona como objeto del deseo,

tampoco lo es. Esta estructura amorosa implica algunas características como por ejemplo que el amado es situado siempre como aquél que no sabe lo que tiene, siendo precisamente este no saber que es lo que el amante desea en él es una de las naturalezas de su atractivo. Por otro lado el amante sólo puede pedir ser amado si hace como si no tuviera aunque tenga.

Avancemos ahora hacia la naturaleza del objeto en juego en el amor. En la primera teorización de Lacan el objeto en juego resultaba ser el falo, ya que si la demanda de amor apuntaba a producir el deseo de responder a la demanda, en el campo del Otro, entonces el objeto en juego es el significante del deseo del Otro. Ahora bien la noción de agalma, reorientará la cuestión de la demanda ya no hacia el significante fálico como significante del deseo, sino hacia el objeto como objeto parcial. Será un objeto que condensará un cierto “valor de placer”, de goce. No se trata de un objeto del orden del intercambio, de las equivalencias, de la transacción de los bienes. El agalma es un objeto oculto en el Otro, y al que el sujeto apunta a él más allá del deseo del Otro, de ahí su condición de parcialidad. En este sentido es que el objeto de deseo es para quien experimenta dicho deseo algo que no está a su disposición. Es algo que él no posee, que no es él y de lo que está desprovisto. Esta clase de objeto permite que existan tanto el deseo como el amor. Por tanto la demanda de amor apunta al agalma, a ese objeto que falta al sujeto que ama y que está directamente relacionado con la posibilidad de causar el deseo en el Otro. Así es como Alcibiades intenta producir en Sócrates algún signo de su deseo declarándoles el amor como lo hace.* Sin embargo Sócrates no muestra ningún signo de su deseo. Sócrates no ama, debido a que sabe, sabe que no posee el objeto, por lo que redirecciona la declaración de Alcibiades hacia Agatón. Sócrates se rehúsa a la metáfora del amor con Alcibiades. Realizaría la metáfora del amor si Sócrates admitiese ubicarse como el amado inconscientemente, para ello sería necesario que considerarse que hay algo amable en él, para así realizar la metáfora sustituyendo el amante por el amado. Sin embargo por no considerar que haya en él algo amable, rehúsa a ser el mismo el objeto del deseo del Alcibiades, no respondiendo a la demanda de éste con ningún signo de su deseo. Sócrates rechaza poseer el agalma que Alcibiades le atribuye evitando así que confluyan sobre sí el ideal del yo, el objeto y el yo-

* El comentario aludido acerca del Banquete de Platón se encuentra en los primeros capítulos del Seminario VIII “La transferencia” de Jacques Lacan.

ideal, esto desestructura el montaje psíquico-libidinal de Alcibíades, revelándole con una interpretación un objeto de deseo lejos de todo ideal.

“Ahora bien, con lo que el amor está propiamente relacionado es con la pregunta planteada al Otro acerca de lo que puede darnos y lo que tiene que respondernos. No es que el amor sea idéntico a cada una de esas demandas con las que lo acosamos, pero se sitúa en el más allá de la demanda, en la medida en que el Otro puede respondernos o no con su última presencia.

Todo el problema consiste en darse cuenta de la relación que vincula al Otro a quien se dirige la demanda de amor a la aparición del deseo. El otro ya no es entonces en absoluto nuestro igual, el Otro al que aspiramos, el Otro del amor, sino algo que representa, propiamente hablando una decadencia-quiero decir, algo que es de la naturaleza de un objeto.

De lo que se trata en el deseo es de un objeto, no de un sujeto.” (Lacan, 2003, p. 198)

Sócrates se reduce el mismo, según Lacan, a no ser más que el envoltorio del objeto del deseo y es precisamente de esa reducción que se trata en lo relativo al deseo del analista en la posición transferencial. El mérito de Sócrates es que operando desde la función del deseo del Otro, no responde al amor de Alcibíades, designándolo como amor de transferencia y remitiéndolo a su verdadero deseo. El amor de transferencia es un amor que se dirige al agalma y que persigue transformar al amado en amante, persigue siempre la activación de un signo en el Otro, el signo de su deseo.

Finalmente ¿cuál es la naturaleza de esa parcialidad que detenta el objeto agalmático? No es otra que la del objeto pulsional inscrito en el fantasma:

“Por el sólo hecho de que hay transferencia, estamos implicados en la posición de ser aquél que contiene el agalma, el objeto fundamental que está en juego en el análisis del sujeto, en cuanto vinculado, condicionado por la relación de vacilación del sujeto que nosotros caracterizamos como aquello que constituye el fantasma fundamental, como aquello que instaura el lugar donde el sujeto puede fijarse como deseo.” (Lacan, 2003, p. 223)

Así comienza un viraje teórico de Lacan, en el que comienza a perfilarse una dimensión de la experiencia analítica que no se reduce al significante ni a la significación; comenzando a aparecer el objeto pulsional que, escapando a la dialéctica del deseo y la demanda, reorienta la clínica psicoanalítica hacia el campo del goce.

Transferencia, sujeto-supuesto-saber y objeto a

A partir del *Seminario X*, “*La angustia*”, Lacan introducirá una serie de transformaciones en su teoría que tendrán como punto de culminación el *Seminario XI* “*Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*”. Una de las transformaciones más centrales relativas a la transferencia es la introducción sistemática del sujeto-supuesto-saber como mecanismo significativo que da su lógica estructural al fenómeno de la transferencia. A continuación desarrollaremos la introducción del mismo y los aportes a la comprensión de la transferencia.

Antes de entrar de manera directa en nuestro tema consideramos relevante puntualizar algunos virajes teóricos del seminario necesarios para entender la particularidad del sujeto-supuesto-saber.

El *Seminario XI* comienza con una revisión del concepto de inconsciente contrastando los planteamientos de Freud con la lectura estructuralista de Lacan del fenómeno de la repetición. Esta repetición será, bajo la forma de la *tyche*, la conmemoración de un punto de inasimilable para la red de los significantes, un punto considerado traumático, imposible y que será definido por Lacan como la condición sexuada del individuo. Esta condición sexuada conducirá a una reformulación del problema de la metáfora paterna, la castración, la falta simbólica y el falo como los ordenadores del inconsciente, para ser sustituidos por la alienación-separación, la pérdida real y el objeto *a*. Estos movimientos reorientan la teoría de Lacan del registro de lo simbólico al registro de lo real. Al inconsciente le otorgará una condición pulsátil, organizada en una temporalidad de cierre y apertura, en la que el deseo como no realizado pulsará para hacerse realizar. El objeto *a*, luego de ser introducido como residuo del autoerotismo o reserva libidinal no especularizable, en el *Seminario X*, será reubicado como el objeto causa del deseo, aquél en torno al que gira la pulsión y que resulta siempre inalcanzable, ya que su función de causa es posibilitada por ser un objeto radicalmente perdido y nunca vuelto a encontrar. De esta

manera la sexualidad estará caracterizada por ser esencialmente cercenada. Por estar sometido a la reproducción sexual y a la muerte individual, el ser viviente pierde una parte de sí como la condición misma de su naturaleza sexuada. Así Lacan ejemplifica con la pérdida de la placenta ese trozo perdido en el intervalo entre el individuo y el Otro y que impulsará el proceso de simbolización dando forma a la constitución del sujeto. Es importante notar que ya no se trata del falo simbólico, sino de un trozo de real del que estamos irremediablemente separados. De esta forma toda la cuestión del objeto se orientará en dirección a la parcialidad del mismo y a su función erógena de causa del deseo, diferenciándolo del objeto del deseo:

“...el objeto del deseo es la causa del deseo y este objeto causa del deseo es el objeto de la pulsión, es decir, el objeto en torno al cuál gira la pulsión.... No es que el deseo se enganche al objeto de la pulsión, sino que el deseo le da la vuelta en la medida en que es actuado en la pulsión.” (Lacan, 1984, p. 251)

El objeto del deseo, tal como lo hemos mencionado en otros capítulos, es el deseo del Otro, el significante fálico. El objeto causa, *a*, es en cambio un objeto que denominamos parcial por condensar una forma de satisfacción en la que la alteridad del Otro se encuentra absolutamente elidida, concentrándose en un valor de goce que remite a ese objeto perdido directamente ligado a la zona erógena corporal del sujeto.

- La transferencia en el Seminario XI.

Pasemos ahora a caracterizar la concepción de la transferencia. Es importante mencionar que el sujeto-supuesto-saber se construirá sobre el rastro de una definición del sujeto que Lacan reiterativamente destacará: el sujeto es lo que representa un significante para otro significante. Esta definición incluye el mecanismo sustitutivo característico de una etapa teórica de Lacan, pero además incluye un aspecto que comenzará a tomar fuerza en éste seminario y que terminará de despuntar en el *Seminario XVII*. Se trata de la relación S_1 y S_2 como par de significantes lógicamente articulados de manera binaria, que determinan la constitución del sujeto y su relación a la estructura. Será con ellos con los que Lacan replanteará la estructuración subjetiva desde la lógica de la sustitución propia de la metáfora paterna, a la operación de la reunión y la pérdida lógica que le es consustancial. Por tanto será a partir de este par de significantes y de las propiedades de sus relaciones lógicas en la determinación de la significación que el sujeto-supuesto-saber verá la luz.

Antes de entrar directamente en la construcción de esta noción importa realizar un recorrido necesario hacia su construcción.

Una primera afirmación que sorprende es aquella en la que Lacan sostiene que la transferencia es el cierre del inconsciente. ¿Cómo puede ser aquello que tradicionalmente se ha formulado como la vía de acceso al inconsciente sea lo mismo que hoy motive su cierre y su imposibilidad de acceso? Propondremos una respuesta a esta pregunta en los siguientes términos: analizar el inconsciente es llevarle la contra a la transferencia. En esta misma línea que en el seminario sobre “*El acto analítico*” definirá el análisis de la transferencia como la desarticulación del sujeto-supuesto-saber.

¿Cómo entender la transferencia como obstáculo al acceso al inconsciente? Desde ya esta pregunta puede tener una respuesta en el texto de Freud “*Recordar, repetir y reelaborar*”, allí se plantea que lo que no es recordado, subjetivado, se repite en acto bajo transferencia. En consecuencia la repetición en acto bajo transferencia implica una modalidad de satisfacción inconsciente que no requiere de la subjetivación del sujeto, por lo que un sujeto podría perfectamente mantenerse obteniendo satisfacción en dicha repetición. Esto hace que Freud mismo dirija sus comentarios hacia lo necesario que es en todo análisis analizar la transferencia ya que es allí donde la última batalla del trabajo analítico se llevará a adelante. Lacan se mantendrá muy cerca de esta posición freudiana. De hecho antes de abordar la cuestión de la transferencia en el *Seminario XI* desarrollara ampliamente dos aspectos. Por un lado la naturaleza de la repetición, y por otro lado la naturaleza de la división subjetiva oponiendo certeza y creencia, en donde la lógica de la suposición tendrá un lugar destacado a la hora de repensar la transferencia.

Retomemos la cuestión de la naturaleza de obstáculo de la transferencia. Para Lacan la transferencia seguirá siendo repetición de los circuitos pulsionales inconscientes, pero será una repetición en acto por lo que actualiza el funcionamiento de dichos circuitos, excluyendo la subjetivación o toma de consciencia. Recordemos que para Freud existían dos formas de tramitación pulsional excluyentes en el modelo de la neurosis no analizada. Por un lado el acto o descarga motriz y por otro la consciencia y el lenguaje que permiten la reelaboración psíquica, meta final del análisis. En consecuencia, al posibilitar la repetición actual y en acto de la satisfacción inconsciente en transferencia habilita una dimensión

opuesta a la del análisis del inconsciente, implicando su cierre. La siguiente afirmación de Lacan da coherencia esta argumentación:

“...la transferencia es la puesta en acto de la realidad del inconsciente.” (Lacan, 1984, p. 152)

Si es puesta en acto, no es análisis, no es producción subjetiva de las relaciones significantes que determinaba la satisfacción. No se trata de producción de saber, sino de reproducción de un saber no sabido. Se trata de una vertiente de la transferencia que se entronca con el tiempo de la alienación en la constitución subjetiva, destacando la dependencia radical del sujeto respecto al significante. En la alienación el sujeto se encuentra por entero en el campo del Otro, fijado al S_1 que viene del Otro y que designa el lugar del ideal del yo en el que el ser del encuentra alojamiento. Esta dimensión se opone a la apertura del inconsciente en la medida en que obtura la división del sujeto. La división del sujeto es un efecto de vacilación opuesto a la certeza y que Lacan ejemplifica con el procedimiento de duda metódica descrito por Descartes, este proceso de despliegue de la división muestra como el sujeto (\$) depende de la pareja de significante S_1 - S_2 entre los cuales se encuentra dividido ya que es de la relación de ambos que depende la significación y el sentido del sujeto. Un psicoanálisis es el despliegue de la división, la deconstrucción de la certeza del cógito, con el fin de desarticular los efectos de sentido que surgen de S_1 - S_2 , al final de dicho proceso se esperaría la obtención de un efecto de convicción que no provenga de los recursos neuróticos, en particular el fantasma, con los que el sujeto ha suturado su división en relación a la estructura. ¿Que relación hay con la transferencia? Que la transferencia es también la puesta en acto de esta división del sujeto y en su primer tiempo apunta a la suturación de dicha división. De ahí la relación que en capítulos anteriores realizamos entre transferencia y fantasma, ya que si el fantasma se actualiza en acto en la transferencia, entonces dicha actualización tiende a la satisfacción de la gramática pulsional impidiendo la articulación de la libido con la producción de saber. ¿Qué factor estructural permite y hace posible que esta satisfacción se pueda llegar a realizar bajo transferencia? El ideal del yo, tal cómo lo desarrollamos en los capítulos anteriores:

“El sujeto tiene una relación con su analista cuyo centro es ese significante privilegiado llamado ideal del yo, en la medida en que, desde ahí, se sentirá satisfactorio como amado.” (Lacan, 1984, p. 256)

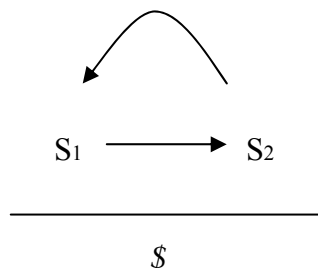
Es decir que el proceso basal de todo fenómeno transferencial es que el sujeto busca realizar una identificación alienante con su consecuente satisfacción en el campo libidinal. Este fenómeno Lacan lo escribe: *I/a*. Toda identificación a estar en relación al ideal del yo porta una investidura libidinal que fija al sujeto en relación al Otro. Estas condiciones estructurales serán el fundamentos de una de las primeras definición de Lacan daré del sujeto-supuesto-saber y que él mismo criticará años más tarde.

“En cuanto hay, en algún lugar, un sujeto al que se supone saber – que hoy abrevié en la parte alta de la pizarra S.s.S- hay transferencia.” (Lacan, 1984, p. 240)

Se explicita así el mecanismo de la suposición como el nudo central de la transferencia. Una suposición que se dirige al analista como poseedor de un saber que permitiría responder a la división del sujeto. Esta versión del SsS es solidaria con la lógica de la alienación y la posición del analista como ideal del yo del sujeto. Se trata de una suposición alienante que precisamente cierra el inconsciente. Este aspecto será de enorme relevancia para pensar la dirección de la cura y la entrada en análisis ya que para poder iniciar un análisis es necesario abrir una vertiente de la suposición que apunte a la apertura del inconsciente. La proposición del algoritmo de la transferencia entregará recursos para trabajar esta cuestión que por el momento dejamos en suspenso.

Toda vertiente alienante de la suposición se ubica en la senda del la sugestión por encontrarse alineada con el ideal del yo y los significantes de la demanda.

El siguiente matema traduce la operación de articulación de la significación, o si se prefiere la suturación de la división subjetiva a partir del efecto de sentido que resulta del “entre” el par significativo.



Observamos entonces al sujeto como determinado por el cierre de la significación. La flecha que retorna desde S2 a S1 es precisamente la que con su apress-coup culmina el

efecto sugestivo de la cadena significante sobre el sujeto, otra forma de denominar la identificación, como resultado de la dependencia mutua del par de significantes y de la naturaleza discrecional que los significantes poseen en la cadena.

Por tanto podemos afirmar que la transferencia en su vertiente de cierre del inconsciente respeta esta estructura manteniendo al inconsciente fuera del análisis. ¿Como operar con la transferencia fuera de la dimensión antes descrita? La orientación de Lacan es clara:

“Quiero decir que la maniobra y la operación de la transferencia han de regularse de manera que se mantenga la distancia entre el punto donde el sujeto se ve a sí mismo amable y es otro punto donde el sujeto se ve causado a sí mismo como falta por el objeto *a* y donde el objeto *a* viene a tapar la hiancia que constituye la división original del sujeto.

El objeto *a* no franquea jamás esa hiancia. Los remito a la mirada como el término más característico para captar la función propia del objeto *a*. Justamente *a* se presenta, en el campo de espejismo de la función narcisista del deseo, como el objeto intragable, si me permiten la expresión, que queda atorado en la garganta del significante. En este punto de falta tiene que reconocerse el sujeto.” (Lacan, 1984, p. 278)

¿Cuál es el punto donde el sujeto se ve a sí mismo como amable? No es otro que el ideal del yo, es desde allí que el sujeto se ve amable captándose en una identificación que localiza un monto de libido. El sujeto, al reconocerse en los S_1 , coagula, articula, fija un monto libidinal a un significante recortado del circuito de la demanda del Otro y con el que ha constituido su ideal. En consecuencia para Lacan la maniobra transferencial debe distanciar el ideal del yo del objeto *a*, de su consistencia libidinal: separar S_1/a .

“El mecanismo fundamental de la operación analítica es el mantenimiento de la distancia entre I y *a*. Para darles fórmulas que sirvan de puntos de referencia diré – si la transferencia es aquello que aparta la pulsión de la demanda, el deseo del analista es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión. Y, por esta vía, encarnar aísla el objeto *a*, lo sitúa a la mayor distancia posible del I, que el analista es llamado por el sujeto *a*. El analista debe abandonar esa idealización para servir de soporte al objeto *a* separador, en la medida en que su deseo le permite, mediante una hipnosis a la inversa, encarnar al hipnotizado.” (Lacan, 1984, p. 281)

La cita resulta bastante clara, se trata de levantar los efectos sugestivos de la identificación a los significantes de la demanda del Otro. Separar la pulsión de la demanda, para retornar a la pulsión, significa remitir la pulsión a su propio circuito separándola del campo del Otro. Transformando la vivencia pulsional en una acción que obtiene su fin en sí misma y no en el Otro.

“La transferencia se ejerce en el sentido de llevar la demanda a la identificación.

Es posible atravesar el plano de la identificación, por medio de la separación del sujeto en la experiencia, porque el deseo del analista, que sigue siendo una x , no tiende a la identificación sino en el sentido exactamente contrario. Así, se lleva la experiencia del sujeto al plano en el cual puede precertificarse, de la realidad del inconsciente, la pulsión.” (Lacan, 1984, p. 282)

Ejercer la transferencia en el sentido de llevar la demanda a la identificación es conducir aquello que el sujeto dirige al Otro, a saber la demanda, a una resolución que no depende de la respuesta del Otro a esa demanda. Esa demanda del sujeto no se avala, reconduciéndola a la identificación que al fijar al sujeto sirve de soporte desde donde el sujeto mismo demanda ser reconocido y avalado en esa identificación como forma de mantener su circuito de satisfacción pulsional en torno al objeto a .

En síntesis la maniobra de la transferencia apunta a desarticular las condiciones estructurales mismas de la suposición. Si bien el sujeto-supuesto-saber, al pretender actualizar la posición del sujeto respecto al ideal del yo conduce al cierre del inconsciente sugiriendo una situación potencialmente sugestiva, el deseo del analista debe orientarse a contradecir las pretensiones del fantasmáticas del circuito pulsional, separando el objeto a de la de la relación al Otro en la que la falta del sujeto propone un recubrimiento con la falta del Otro. Esa propuesta debe ser llevada a su inconsistencia por el deseo del analista.

- El algoritmo de la transferencia.

Hacia finales del año 1964 y luego de su expulsión de la IPA Jacques Lacan formará su propia escuela. Es dentro del agitado clima de esa fundación de redactará el texto “*Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela*” que más allá de la implicancias políticas contendrá un importantísimo desarrollo en torno a la transferencia. Como es habitual Lacan al concluir una cierto proceso de elaboración intentará la construcción de fórmulas lógicas que permitan establecer relaciones abstractas como forma de transmitir de manera inequívoca sus conceptos. Esa así como junto a algunas afirmaciones un tanto desconcertantes presentará el algoritmo de la transferencia.

$$\frac{S \longrightarrow S_q}{S(S_1, S_2, \dots, S_n)}$$

El algoritmo de la transferencia transmite la relación lógica entre significantes que debe producirse al iniciarse un análisis para que el proceso de asociación libre sea posible. Estas relaciones lógicas son tributarias de la definición del sujeto como aquello que un significante representa para otro significante radicalizando la dependencia del sujeto de la cadena binaria de S_1 - S_2 . Ahora bien en el texto en cuestión Lacan radicalizará dicha dependencia llevando su reflexión hasta un punto en que critica sus propios planteamientos acerca de la transferencia como intersubjetividad, de “*Intervención sobre la transferencia*”, hasta el del sujeto como el que realiza la acción de suponer del *Seminario XI*. Sostendrá de manera explícita que el concepto mismo de transferencia es un obstáculo a la intersubjetividad. Esto se debe a que al replantear la transferencia a partir de la suposición como consecuencia de la determinación de la estructura binaria, precisamente se hace patente que no existe encuentro de subjetividades ya que el sujeto mismo es en realidad el resultado de la estructura significativa y no el resultado de una inter-relación entre sujetos. Hay una brecha irreconciliable entre el sujeto y el Otro, que luego se denominará “No hay relación sexual”, pero que en ésta época de la enseñanza la pesquimos en el paulatino protagonismo que la categoría de goce, como lo que no posee relación con el Otro, adquiere por sobre a la función dialéctica del deseo y su naturaleza dialéctica.

Una segunda reconsideración es la siguiente:

“Un sujeto no supone nada, es supuesto. Supuesto, enseñamos nosotros, por el significante que lo representa para otro significante” (Lacan, 1988, p. 12)

Esta consideración es trascendental ya que se trata de un gesto de des-substancialización de la relación del sujeto con el saber. No es el sujeto quien supone un saber, es el saber definido como articulación significativa el que hace posible al sujeto. Y diremos más el sujeto es la suposición misma en la medida en que ésta nace de la hiancia abierta entre S_1 - S_2 . El sujeto es la puesta en función misma del mecanismo de la suposición constituyéndose a la vez en el fundamento mismo de la condición analizable de un paciente. Es así como Lacan señala que en la fórmula de la transferencia el sujeto corresponde a la s que designa el efecto de significación surgido precisamente de la relación que el significante de la transferencia (S_t) arriba de la barra, establece con S_q en tanto función estructura del psicoanalista para el sujeto que le dirige una palabra. Así el par S_t - S_q es equivalente a S_1 - S_2 como estructura lógica de la relación de dependencia del sujeto con el significante. El S_t representa al sujeto ante el Otro, encarnado por el analista en

nombre de un significante cualquiera. El analista se ubica a título de significante cualquiera ya que su condición es el resultado de la implicación lógica del S_t que condiciona su posición. Es esta línea sobre la barra la que al señalar la articulación del par de significantes nos otorga la estructura de la significación y el *sentido*, mientras que la cuestión del *referente* del sentido se ubicará bajo la barra constituyendo el inconsciente. Los significantes del paréntesis son el referente aun latente de la pareja significante-significado (S_t-s) aún latentes ya que es el proceso analítico el que a través de la elaboración de un saber los trasportará sobre la barra dando lugar al pasaje del lo inconsciente a la consciencia. El paréntesis aloja el saber no sabido que se espera sea relevado de su latencia por la elaboración de saber en el dispositivo analítico.

Es importante destacar que mientras el par $S_t- S_q$ se orientan en dirección a la amplificación del significante, incentivando el despliegue de la cadena con su consecuente producción de sentido, la dirección de la cura se orienta al advenimiento de los significantes del inconsciente, a los que debe ser conducido el efecto de sentido con el objetivo se posibilitar su reducción. Esta función de los significantes inconscientes tomará diversas figuras en la obra de Lacan. Así en un momento se trató del significante fálico, originariamente reprimido y sus efectos. Luego de los S_1 , significantes amo que dirigen el destino del sujeto por la deriva pulsional, para terminar siendo nominados como la letra o signo, restos de la des-suposición del saber posibilitada por el dispositivo que permiten designar la conjunción de los simbólico con lo real. No se debe perder de vista estas direcciones ya que la intervención puede apuntar también a alguna de éstas ya sea alentando la producción de sentido o cortando su producción para aislar un significante inconsciente. Cuando señalábamos que analizar es precisamente llevarle la contra a la transferencia nos referíamos precisamente a que el análisis sirve de la suposición como efecto de $S_t- S_q$, para posibilitarle al sujeto el acceso a los significantes inconscientes lo que necesariamente se correlaciona con el desanudamiento del efecto de suposición propio de la transferencia.

Quisiéramos concluir con los contenidos relativos al sujeto-supuesto-saber formulando un problema que es tremendamente relevante para el manejo técnico de la transferencia y en particular de decisión de la entrada en análisis. Hemos introducido la noción de significante de la transferencia como aquél significante que representa al sujeto

ante el analista, por lo que es de suponer que se trata de ordenador de de la relación del sujeto con el analista, de la significación de que los articula de manera consistencia. Pero además revisamos, en el apartado anterior, una cita de Lacan en la que señalaba que el centro de la relación del sujeto con el analista es el significante privilegiado denominado el ideal del yo. Una pregunta no menor se levanta ¿existe coincidencia entre los significantes del ideal del yo y el significante del transferencia? Si es así ¿no sería legítimo sostener que se acentúa la vertiente del cierre del inconsciente con una concepción así ya que transferencia y sugestión serían equivalentes según lo desarrollos expuestos en los capítulos anteriores? Nuestra hipótesis es que no, que no hay coincidencia entre ideal del yo y S_t . Siendo precisamente el S_t aquello que permite que la transferencia no coincida con la sugestión ni con los efectos del ideal del yo. Podemos afirmar que el significante de la transferencia implica precisamente un fenómeno de contrasentido respecto al sentido que se deriva de los significante del ideal del yo, de lo contrario estaríamos frente a una conceptualización que no deja lugar para pensar la manera en que es posible salir de la repetición del circuito pulsional que por estructura se instala en la relación analítica. En otras palabras sería necesario que el significante de la transferencia implicase un sentido en cierta medida distinto al del ideal del yo para de esa forma poder producir la apertura del inconsciente.

Quisiéramos dejar planteado este problema junto a su potencial hipótesis de solución para desarrollarlo con mayor amplitud a partir de una viñeta clínica en la segunda parte de esta investigación.

- Transferencia y objeto a .

Comenzaremos a introducirnos en la relación entre el objeto a , considerado por Lacan como su único aporte verdaderamente original, y el concepto de transferencia. Para ello debemos remitirnos a la construcción misma del concepto y las implicaciones que el mismo posee con la cuestión del manejo o el análisis de la transferencia.

Comenzaremos por mencionar una cita del *Seminario X* sobre “*La angustia*” en la que establece la importancia de la conexión entre ambos conceptos:

“Si enuncio que la vía pasa por a , que es el único objeto que debe proponerse al análisis de la transferencia, ello no significa que todos los problemas queden resueltos de este modo” (Lacan, 2006, p. 304)

¿Dé que se trata el que el objeto *a* sea el objeto posible para pensar la cuestión del análisis de la transferencia? No se trata de cualquier objeto, por lo que resulta necesario precisar el concepto de objeto *a*, para ello realizaremos un seguimiento por las formas en que dicho concepto se fue construyendo hasta cobrar forma en el *Seminario X*. Desde el comienzo de su enseñanza encontramos una preocupación de Lacan por el problema del objeto, es así como en el primer capítulo hemos desarrollado precisamente la concepción de la transferencia a partir de las formas de consideración de la relación del sujeto con sus objetos de satisfacción. A continuación nos referiremos a la manera en que la concepción del objeto fue variando hasta dar lugar al objeto *a*.

En un primero momento el objeto era el otro simétrico en el que el sujeto encontraba un soporte para su proceso de identificación. Se trataba del otro en tanto referente de la constitución yoica de ahí la escritura $i(a)$, “identificación al otro”. Con la paulatina dominancia que el registro de lo simbólico comenzará a adquirir, el concepto de objeto será también reabsorbido a partir de la categoría del significante. Así es como los objetos correspondientes a los estadios del desarrollo psicosexual planteado por Freud, serán releídos en el artículo sobre “*La dirección de la cura...*”

“Pues esos objetos, parciales o no, pero sin duda significantes, el seno, el excremento, el falo, el sujeto los gana o los pierde sin duda, es destruido por ellos o los preserva, pero sobre todos *es* esos objetos, según el lugar donde funcionan en su fantasía fundamental, y ese modo de identificación no hace sino mostrar la patología pendiente a la que se ve empujado el sujeto en inmundo donde sus necesidades están reducidas a valores de intercambio, pendiente que a su vez no encuentra su posibilidad radical sino por la mortificación que el significante impone a su vida, numerándola.” (Lacan, 1984, p. 594)

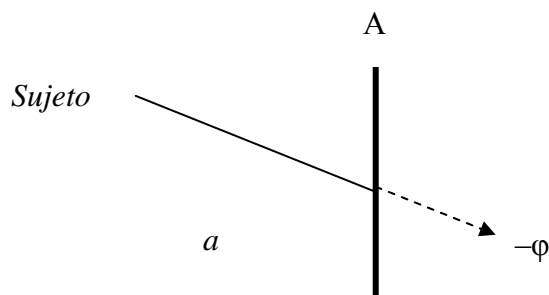
Se trata de objetos significantizados, elevados a la categoría simbólica por adquirir un valor en la economía libidinal de la relación con el Otro en la que el sujeto ve la luz. En este sentido es que para Lacan el valor de dichos objetos está dado por su condición significativa con lo que el problema de la satisfacción se enunciará como dependiente de la estructura simbólica misma superponiéndose los conceptos de libido y significación, tal como Jacques Alain Miller lo argumenta en su seminario “*Lo real en la experiencia psicoanalítica*”. En consecuencia podemos afirmar que la naturaleza del objeto en este momento de la enseñanza es una naturaleza significativa, con una consistencia simbólica dada por el valor de intercambio que el objeto adquiere en la dialéctica con el Otro. Si bien ya en el *Seminario VII*, con el abordaje desde la noción del *Das Ding* freudiano,

comenzaremos a percibir un estatuto diferenciado de lo simbólico por parte del objeto, no será sino hasta el mencionado *Seminario X* que se producirá una reconfiguración conceptual.

Esta reconfiguración conceptual tendrá el siguiente eje: considerar a la angustia como el resultado de la presencia para el sujeto del objeto a . Lo que nos lleva directamente a la pregunta acerca de la naturaleza de objeto a como para llegar a ser incluido en la metapsicología de la angustia. Revisemos la siguiente cita:

“Como les indiqué, la presencia en cuestión es la del a , el objeto en la función que cumple en el fantasma. En este lugar de la falta en el que algo puede aparecer, puse la última vez, y entre paréntesis, el signo $-\phi$. Les indico a ustedes que aquí se perfila una relación con la reserva libidinal, o sea, con algo que no se proyecta, no se invierte en el plano de la imagen especular –es irreductible a ella, por la razón de que permanece profundamente investido en el propio cuerpo- del narcisismo primario, de lo que llaman el autoerotismo, de un goce autista.” (Lacan, 1984, p. 55)

El objeto a , aquello que aparece en el lugar de $-\phi$, es del orden de una reserva libidinal arraigada en el cuerpo, perteneciente a la organización libidinal del narcisismo primario y por tanto denominada autista en la medida en la que satisfacción prescinde de un objeto exterior a las zonas erógenas mismas. Para Lacan esa dimensión de goce autista se encuentra oculta para el sujeto, y cuando se hace visible tiene como consecuencia el fenómeno de la angustia. Esta reflexión es realizada sobre el rastro de su elaboración en torno al esquema óptico ampliamente desarrollado en el escrito “*Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache en torno a la estructura de personalidad*” a través del cual intenta formalizar la lógica de la experiencia de reconocimiento e identidad yoica del sujeto a partir de un juego de imágenes reflejadas en espejos que representan distintas funciones psíquicas. La lógica del esquema es la siguiente:



Es sujeto se capta a sí mismos como experiencia consciente solamente a través del proceso de significantización que el registro del Otro introduce en su experiencia, es en el reflejo del Otro simbólico que el sujeto encuentra su estatuto. Lo que ve es siempre una imagen afecta a las consecuencias de la castración que le indexa a la aspiración de completitud y a un efecto de falta que indicamos como $-\phi$. Ahora bien, ese efecto de falta es la consecuencia del paso de la libido autoerótica del narcisismo primario por el campo del Otro produciéndose, en ese pasaje, una transformación de ese monto libidinal primario, en una nueva dimensión metapsicológica propia del narcisismo secundario.

De este proceso de transmutación libidinal, queda un resto, ese resto pasa a constituir el objeto a en tanto reserva de ese estado libidinal previo a la constitución psíquica producto del pasaje por el Otro. ¿Qué es una reserva? Una reserva es algo que se guarda para ser utilizado en otro momento, lo reservado se caracteriza por no estar en uso, por no perderse, por no entrar en el juego y así ahorrarse el riesgo de gastarlo o perderlo. Ese monto libidinal no se distribuye, no invierte las representaciones, como diría Freud. Esa libido no se deposita, no catexiza la imagen especular que es el yo. Podemos preguntarnos ¿que posibilita esa libido que se escabulle del rodeo que el narcisismo secundario da por los objetos para así mantenerse reservada?, ¿qué gana o que se ahorra el sujeto con esa reserva que según Lacan es la clave para sortear el escollo de la castración, esa roca viva que hace del análisis una dialéctica infinita?

Lo que el sujeto se guarda en esa reserva es la rememoración de un goce no sujeto a la castración, un goce excluido de las determinaciones del Otro, es por ello que Lacan lo denomina autista. Ese núcleo de goce es el que el sujeto se reserva en el fantasma y que se encuentra reprimido en el inconsciente como condición de todo acto de discurso. Esta positivización de goce autista es la contraparte del efecto de castración imaginaria que Lacan ubica en el esquema óptico. La angustia es el resultado de la aparición en el punto de $-\phi$ de el objeto a como resto libidinal, es la emergencia de aquello que debería estar organizado en la gramática fantasmática y que al aparecer manifiesta de manera patente la alteración del funcionamiento de la represión y por tanto del inconsciente como estructura de discurso.

De esta forma el concepto de objeto a ha adquirido una consistencia libidinal y corporal, perteneciente a aquello que lo simbólico no alcanza a significantizar, pero que

incide de igual forma en la dinámica psíquica del sujeto. La lista de objetos *a* quedará compuesta por el pecho, las eses, la voz y la mirada. El falo mantendrá su valor signifiante hasta las transformaciones finales de la teoría de Lacan en las que será considerado a partir de las formas o los tipos de goce como goce fálico.

Hasta acá hemos señalado que el objeto *a* conceptualiza una dimensión de la satisfacción del sujeto que se distingue radicalmente del deseo por no poseer una estructura dialéctica, sino autística, sin el Otro ya que la satisfacción pulsional remite finalmente siempre a la zona erógena en la que la acción del cuerpo produce la experiencia de satisfacción. ¿Cuál es la estructura particular de esta satisfacción y cuál es su incidencia en la dinámica de la transferencia? Pecho, eses, voz y mirada son objetos cercenados, separados, producidos de una extracción del campo del Otro sin relación directa al deseo del Otro. Esta ausencia de relación al deseo del Otro determina precisamente la parcialidad que los constituye. Ahora bien, estos objetos cargan con una forma particular de articulación lógica que Lacan formalizó a través de figuras topológicas como el corss-cap y la cinta de Moebius y que definiremos de la siguiente manera: se trata de objetos que pertenecen al campo del Otro, y son extraídos de este campo, para cumplir una función de goce en la intimidad del fantasma del sujeto. Esta definición nos obliga a articular la formación del objeto en dos tiempos. Un primer tiempo en el que el futuro sujeto *es* alimentado por el pecho, *es* aseado de sus excrementos, *es* mirado y *es* hablado; es decir el infante es provocado por el Otro, y el resultado de dicha provocación es la activación de las zonas erógenas, fuentes de los circuitos pulsionales que constituyen el narcisismo primario. En el segundo momento de la constitución psíquica caracterizado por la operación de separación, se produce la extracción de esos objetos del campo del Otro y el sujeto incluye en su fantasía ese objeto cercenado como una forma de “reserva” de la satisfacción de tipo narcisista primaria. En consecuencia la conceptualización del objeto *a* en estos términos permite precisar la articulación de los campos del goce y del signifiante permitiendo una comprensión precisa de los fenómenos clínicos otorgando importantes indicaciones respecto a la dirección de la cura. Por ejemplo respecto a la angustia; si ésta es el resultado de una presencia de la dimensión del objeto, entonces estamos frente a un fracaso de los mecanismos de producción de las formaciones del inconsciente como forma de tramitación de la descarga libidinal, por tanto la vía del desciframiento interpretativo no es la adecuada,

sino la del ciframiento significativa que permita la articulación de la angustia en un andamiaje significativo poniendo en función nuevamente el trabajo del inconsciente. Esta dimensión del objeto *a* está en relación con la transferencia ya que el analista al ocupar el lugar del Otro para el sujeto, será el soporte de los modos de satisfacción que el sujeto se provee con las formas del objeto *a*. Este es un punto trascendental ya que analizante actualizará, con todo el peso del acto, en la presencia del analista las formas de funcionamiento del objeto para sí. Por tanto es desde la abstinencia de la posición del deseo del analista, que esa forma de actualización de la satisfacción podrá ser interdicta. Complementamos así lo señalado en el apartado anterior relativo a la transferencia como cierre del inconsciente ya que esta vertiente de actualización del goce en relación al objeto tiende a establecer una modalidad de satisfacción se opone a la transformación del goce en saber a través del trabajo analítico. La apertura al inconsciente es precisamente llevarle la contra las formas de satisfacción reservadas por el sujeto en su relación al objeto.

A modo de ejemplo de esta dimensión del objeto *a* en relación a la transferencia quisiéremos introducir la siguiente viñeta presentada por Freud en “*El hombre de los lobos*”:

“En la sala donde se desarrollaron las primeras sesiones había un gran reloj de pared frente al paciente, quien permanecía tendido sobre un diván a espaldas de mí. Me llamó la atención que de tiempo en tiempo se volviera hacia mí, mirándome de manera amistosa, como sosegándose, y acto seguido dirigiera su mirada al reloj. Pensé entonces de que era un signo de su anhelo de que terminara la sesión. Mucho más tarde el paciente me recordó ese juego de ademanes y me proporcionó su explicación acordándose de que el menor de los siete cabritos había hallado su escondrijo en la caja del reloj de la pared, mientras sus seis hermanitos eran comidos por el lobo. He aquí pues lo que en esa época quería decirme: <Se bueno conmigo. ¿Debo tenerte miedo? ¿Quieres comerme? ¿Debo esconderme de ti en la caja del reloj de pared como el menor de los cabritos?>” (Freud, 1976, T. XVII, p. 39)

En esta pequeña observación es posible aislar la puesta en función, en la transferencia, del objeto en su modalidad oral y escópica. Con relación a la modalidad oral observamos como el sujeto se escenifica identificado al objeto oral a ser comido por el Otro, en una lógica de reversibilidad que caracteriza la relación fantasmática del sujeto con el objeto, relación moebiana en la que el corte y la torsión permiten la extracción del objeto y la rearticulación fantasmática de éste empalmado además la significación fálica como recubrimiento del objeto. Así “quieres comerme” condensa la identificación al objeto oral,

pero además agrega la dimensión de la interpretación fantasmática del deseo del Otro, atribuyéndole transferencialmente a Freud el deseo del hacerlo objeto para sí.

Con relación al objeto escópico, la mirada, vemos como el sujeto persigue escabullirse de ésta, anhelando un escondite que limite la captura a la que se ve expuesto. La presencia del analista fuera del campo de la mirada como condición estructural de la situación analítica es en este caso un factor que entra en juego debido al valor que la mirada posee para el sujeto en cuestión. Se revela el montaje de la identificación al “menor de los cabritos” junto a la implicancia, en relación al objeto mirada, que esa identificación posee.

En síntesis debemos agregar a toda la dimensión simbólica y significante de la transferencia, materializada en el sujeto-supuesto-saber, esta otra dimensión de tipo libidinal que elucida el hecho de que el sujeto en la transferencia repite y encuentra un modo de satisfacción pulsional cuya renuncia el análisis debe perseguir. Esta repetición de la satisfacción pulsional es precisamente la que sostiene el cierre del inconsciente a cuya apertura las maniobras del analista deben dirigirse.

Transferencia, discurso y posición del analista.

La construcción de los cuatro discursos, por parte de Lacan, permite proponer una comprensión psicoanalítica del lazo social. Esta comprensión plantea la existencia de relaciones fundamentales y estables que se mantienen gracias al lenguaje. El lazo social será el resultado de formas de relación del significante y el goce, de la representación y la libido. Estas formas de relación suponen no solamente conjuntos de enunciados, de dichos que organizan el campo libidinal, sino también la presencia de un sujeto, es decir de una intención de dominio del goce. Así los vínculos sociales resultarían de la interacción de deseo, significante y goce, dando lugar a formas estables de relaciones que definen las maneras en que los sujetos se articulan para organizar la satisfacción.

Esta teorización permite abordar algunas de las problemáticas sociológicas clásicas como por ejemplo la cuestión del poder. Es así como Lacan se refiere a este punto:

“Sólo es factible entrometerse en lo político si se reconoce que no hay discurso, y no sólo analítico, que no sea del goce, al menos cuando de él se espera el trabajo de la verdad.” (Lacan, 1992, p. 83)

Lo político, la administración del poder, es finalmente siempre un discurso sobre las maneras de gobernar la satisfacción de los sujetos implicados en el lazo social y es precisamente por ser un discurso que pone en función una forma de tratamiento, de gobierno, de dominio del goce, que el psicoanálisis tiene también un lugar en las discusiones sobre lo político. Es la medida en que la experiencia psicoanalítica misma es del orden de la administración de un poder, del poder de la interpretación y de las palabras que es también un acto político. Un acto político que persigue producir una transformación de la relación del sujeto con su propia experiencia de dominio de sí mismo. Es así como la propuesta de los cuatro discursos, para luego agregar un quinto, permite discutir el lugar que el psicoanálisis posee en conjunto de las relaciones sociales y de los juegos de poder que son propios de éstas.

La transferencia no deja de estar fuera de este paisaje ya que ella misma es una función que al ser una condición misma de la analizabilidad implica una forma de poder, por lo que intentaremos ponerla en relación con las lógicas de relaciones propias de los cinco discursos que revisaremos a continuación.

Cada discurso se define por cuatro lugares, dos de un lado de la relación y dos de otra. Dos lugares del lado de quien gobierna la enunciación y, dos de quien esta en posición de destinatario:

Dominante	Destinatario
<u>el agente</u> la verdad	<u>el otro</u> la producción

En torno a estos cuatro lugares se ordenaran las cuatro funciones significantes de cuya organización dependerá la forma de discurso producida. Los cuatro términos son:

- S₁: el significante amo.
- S₂: el saber.
- \$: el sujeto.
- a: el goce o plus de goce.

El discurso del amo es para Lacan un discurso, una estructura lógica, que permite comprender diversos procesos. Por ejemplo el fundamento mismo de todo lazo social, en la medida en que todo lazo se funda en es ejercicio de la autoridad como condición misma de la convivencia entre sujetos. Por otro lado es la estructura del discurso del inconsciente ya que representa al articulación de la cadena significativa y la relación del sujeto con el objeto de goce como resultado de las articulación de la cadena. Veamos su estructura:

$$\frac{S_1}{\$} \longrightarrow \frac{S_2}{a}$$

En capítulos anteriores hemos desarrollado la implicancia de la relación de S₁ con S₂, por lo que quisiéramos resaltar la idea de que es esa misma estructura lógica la que aparece en el discurso del amo. En el lugar del agente de la instancia dominante se ubica el

S₁, que es el significante de la identificación del sujeto. Se trata de un significante que tiene el valor de fijar al sujeto, de coagularlo en una identidad. Es el significante que lo representa frente a otro significante, el S₂. El S₁, también denominado significante amo por Lacan, cumple la función hegeliana del amo antiguo en la que el saber queda del lado del esclavo. En este caso del lado del destinatario, en el que precisamente el saber S₂, se encuentra ubicado en el lugar del otro. Existe una disyunción entre la posición del amo y el saber. El amo no sabe, pero regula. El S₁, no es articulación de saber, sino agente de fijación y localización del sujeto potencialmente dialectizable en el proceso de concatenación significante con S₂. El saber, puesto en el lugar del otro es el que trabaja, es el que procesa, el que elabora y el resultado de ese trabajo es la producción del objeto *a* como plus de goce, como excedente de satisfacción que resulta por el uso de la concatenación se S₁-S₂. El objeto *a* es el resultado de dicha articulación del significante. Del lado de la verdad tenemos la condición dividida del sujeto de la enunciación representado por el S₁. La división del sujeto es la verdad de la cadena significante. Así el sujeto sólo se aprende en el redoblamiento yoico, a partir de su condición alienada a la cadena. Es de destacar que en los lugares inferiores de la dominante y el destinatario se encuentran los mismos términos implicados en la estructura del fantasma, razón por la cual Lacan señala que el discurso del amo es el discurso del inconsciente, ya que la articulación S₁-S₂ soporta el funcionamiento de la relación del sujeto con su el goce.

El discurso histérico ubica en el lugar del agente al sujeto dividido:

$$\begin{array}{ccc} \underline{\$} & \longrightarrow & \underline{S_1} \\ a & & S_2 \end{array}$$

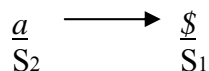
Es desde esa división que caracteriza a la indeterminación del sujeto que el enigma histérico, signo mismo de dicha indeterminación, se dirige al significante amo para interpelarlo y denunciar su incapacidad de realizar de forma absoluta la determinación simbólica que caracteriza a la fijación. De dicha interpelación surgirá a modo de producción el saber. En este sentido la pregunta, el enigma es por naturaleza una forma del discurso histérico. Este discurso es la pareja del discurso analítico ya que para que el análisis se lleve adelante se requiera una histerización discursiva en la que el sujeto interpele sus propios S₁ para producir un sabe sobre su goce. De igual forma la

contingencia de origen del psicoanálisis mismo muestra la manera en que el síntoma histérico introdujo en los significantes de la medicina de la época una división que al ser alojada por Freud dio lugar al método psicoanalítico. En el lugar de la verdad del discurso histérico se alojará al plus de goce. La verdad de este discurso es la satisfacción que obtiene y se reserva con la indeterminación de la división subjetiva como consecuencia de la cadena significativa. La histerización del discurso, y en cierto sentido también del síntoma, es fundamental para la iniciación de un análisis ya que el acto analítico en la dirección de la cura orientará la pregunta histérica hacia sus propios S_1 , como una forma de producir un saber que le permita acceder al sujeto a la verdad que es su propia economía de goce.

El discurso universitario soporta una forma de vínculo social dominado por el saber. Se trata de un saber sin sujeto que opera como garantía al ejercicio del lazo. En el Seminario *“El reverso del psicoanálisis”* Lacan plantea que el ejemplo extremo del discurso universitario es la burocracia en donde el saber se autonomiza de manera mecánica estableciendo secuencias procedimentales, depositadas en una instancia impersonal que establece las secuencias de acciones a seguir. La verdad de este discurso sigue siendo el significante amo, sin embargo el efecto de fijación se esperaría de la articulación de un saber y no de un significante único. Del lado del destinatario y en el lugar del otro se encuentra el objeto a . Es el otro reducido a la función de goce del saber expuesto, es el estudiante cuya condición subjetiva queda capturada por los efectos sugestivos del saber sostenido sobre el S_1 . El producto de esta operación es la división de sujeto, la producción de la falta como operación del saber. El universitario está siempre en falta en la medida en que siempre espera un saber proveniente desde el lugar del Otro en el que poder encontrar la última palabra, sin embargo es precisamente ese señuelo el que reduce su condición subjetiva a la de ser el objeto a del saber. La regulación propia de la función de la dominante se esperaría del saber acumulado, es la exacerbación de esta lógica lo que ha dado lugar a la función del experto, del profesional, capacitado en un saber ajeno, lejano a la condición de la opinión. El experto no es nunca el que produce el saber, sino más bien aquél que optimiza los resultados de su utilización.

$$\frac{S_2}{S_1} \longrightarrow \frac{a}{\$}$$

Respecto al discurso analítico



Lacan ubica al objeto a en el lugar del agente, el lugar del otro al sujeto barrado. Existen distintas maneras de circunscribir dicha posición. Por un lado es el lugar del objeto causa de deseo. En tanto causa es aquél que produce un efecto y ese efecto es la división subjetiva desde la que el sujeto se abriría a la asociación libre. De este vínculo se esperaría la producción de los significantes que fijan al sujeto, aquellos que determinan en su inconsciente el modo de goce organizando bajo la forma del síntoma el sufrimiento psíquico. La elaboración de saber que se espera del discurso analítico es precisamente la del circuito que esos S_1 especifican, marcan, organizan en la economía psíquica del sujeto. La otra forma de pensar la posición del analista en el lugar del objeto a es que la función del analista es hacerle ver al sujeto que la causa de su comportamiento es el goce que obtiene con él. Así si bien el par S_1 - S_2 dan cuenta de lo que hay de determinante en la estructura, es en el goce que debemos ubicar la función de la causa. Por otro lado es precisamente en la función transferencial que el sujeto actualizará el papel de satisfacción que ciertos objetos a tienen para él, así es como la cara de repetición que posee la transferencia se regirá por las dominancias que las formas del objeto a adquieran para el sujeto tal como lo especificamos en el capítulo sobre “*Transferencia y objeto a*”. En el lugar de la verdad se ubica el saber. Esta posición es el resultado esperable por parte de un proceso psicoanalítico ya que es el advenimiento del saber en el lugar de la verdad lo que un psicoanálisis debe producir. La coincidencia entre verdad y saber designa también la superación de la división del sujeto del inconsciente y en consecuencia la finalidad de un análisis.

Por ultimo es necesario mencionar la proposición de la estructura del discurso capitalista en año 1972 en una conferencia dictada en Milán. Este discurso se produce como consecuencia de una modificación en la estructura del discurso del amo consistente en la inversión de los lugares del S_1 y el $\$$. A ello se agrega el trazado de flechas que unen el a con el $\$$ y el S_1 con el S_2 de ellas resultan las consecuencias más claras que caracterizan a este discurso. El agente es la división subjetiva, pero a diferencia del discurso histórico no

se dirige al significante amo, por el contrario es el objeto a el que se dirige al sujeto señalando así la reintroducción del residuo de goce que el discurso capitalista promete. Dicho de otro modo es la puesta en función de objetos que prometen al sujeto el borramiento de su barradura, borramiento que por ser imposible reitera constantemente el fracaso de dicha promesa. Pero es ese fracaso lo que el discurso capitalista explota, ya que no se trata de realizar la cópula prometida con el objeto, por el contrario se pretende producir su fracaso para así continuar alimentando la barradura con la multiplicación de objetos, todos ellos sustituibles e intercambiables. Este discurso está sostenido fundamentalmente sobre una forma de rechazo radical a la castración, proponiendo el objeto como obturador de ésta. El tratamiento del goce es por la vía del objeto obturador. No por ello está menos destinado al fracaso.

$$\begin{array}{ccc} \underline{\$} & \longrightarrow & \underline{S_2} \\ S_1 & & a \end{array}$$

De esta forma recorreremos cada una de las maneras con las que Lacan se propone comprender la cuestión del vínculo o lazo social.

La transferencia se plantea con bastante nitidez en torno al discurso del analista, sin embargo es importantísimo destacar que la estructura del discurso orienta implícitamente acerca de la cuestión del manejo de la transferencia ya que muestra que si bien el analizante articula las formas del objeto a en la transferencia, el analista debe no consentir a la permanencia del circuito de goce en torno al objeto, sino explotar la función de causa que el objeto detenta. No se trata de que el analista simplemente soporte la posición del objeto a , sino que debe orientarse a hacerle presente al sujeto que esos objetos son la causa de su goce, el núcleo fuerte de su funcionamiento psíquico, el ánima de su dinámica intrapsíquica. Es en ese lugar que la producción de saber debe ser llamada a acudir.

El deseo del analista y la contratransferencia.

Una vez que hemos introducido las relaciones de la transferencia con la dimensión del deseo del Otro y la manera en que dicha dimensión condiciona las posibilidades las operaciones del analista, es necesario introducirnos en uno de los temas centrales en la historia del psicoanálisis estrechamente vinculado a la cuestión de la transferencia y la técnica: la contratransferencia.

La contratransferencia cobrará un papel relevante durante los años 50 en el movimiento psicoanalítico incidiendo directamente en la configuración de las distintas orientaciones y escuelas al interior mismo del movimiento psicoanalítico. Lacan sostuvo permanentemente una posición crítica respecto al papel que otros analistas otorgaban a ésta dimensión en la técnica psicoanalítica. Es sostenible, incluso, que su concepto del deseo del analista es precisamente su respuesta a la dimensión contratransferencial en la técnica psicoanalítica. A continuación revisaremos las críticas de Lacan a la noción de contratransferencia y la introducción de la noción de deseo del analista como propuesta a la dimensión de la subjetividad y la posición del analista en la experiencia analítica.

- La crítica de Lacan a la contratransferencia.

El abordaje del problema de la contratransferencia puede realizarse por distintas vías, por lo que es necesario delimitar algunas de las aristas del problema. El examen preciso de éste punto se encuentra en un capítulo dedicado expresamente a la transferencia en *el Seminario VIII “La transferencia”*.

Una primera manera de abordar el tema es de definir la contratransferencia como una manifestación del inconsciente del analista, es decir lo no analizado del inconsciente del analista, lo que conduciría a la aparición de respuestas ciegas y no controladas. Se trata

de un descuido, de un rincón oscuro en el aparato síquico de analista que no ha sido iluminado por el análisis didáctico. Esta concepción introduce una suerte de idealización del proceso analítico, como descubrimiento del inconsciente, pretendiendo alcanzar un final en el que las “manchas ciegas”, como se expresa Lacan, desaparecerían. Se recupera así el problema planteado por Freud en sus textos “*Análisis terminable y análisis interminable*”, sin embargo la pregunta ahora se dirige hacia el analista y redundante en el condicionamiento de la posibilidad misma de analizar a un supuesto conocimiento absoluto que el analista ha obtenido en su propio análisis.

Lacan, de una manera lateral, no comparte esta posición afirmando:

“Debe admitirse que en nadie se da una elucidación exhaustiva del inconsciente, por lejos que se lleve un análisis. Una vez admitida esta reserva de inconsciente, es perfectamente concebible que el sujeto avisado, precisamente por la experiencia del análisis didáctico, sepa, de alguna manera, jugar con ella como instrumento, como la caja de violines cuyas cuerdas, por otra parte, posee. De todas formas no se trata en su caso de un inconsciente en bruto, sino de un inconsciente suavizado, de un inconsciente más la experiencia de este inconsciente.” (Lacan, 2003, p 211)

Poseemos, entonces, una primera propuesta de Lacan consistente en la afirmación de que el analista cuenta como instrumento para desempeñarse en el análisis con *la experiencia de su inconsciente*. En este punto Lacan recuerda que él mismo ha sostenido que el inconsciente mismo es el inconsciente del Otro. Lo que expresa precisamente que la constitución subjetiva, al realizarse en los significantes del deseo del Otro, depende en un primer tiempo del inconsciente de quien soporta la función del Otro para el sujeto por advenir. Es dicha dependencia la que se escenifica en la sesión, por lo que existen coordenadas estructurales que van más allá de la situación analítica misma y que condicionan el surgimiento del fenómeno contratransferencial.

Una segunda concepción relativa a la contratransferencia, comentada por Lacan en el texto antes mencionado, es la de un cierto “ideal estoico” como nuestro autor la denomina. Esta consiste en pretender que la actitud del analista ha de ser una absoluta distancia con sus sentimientos, pasiones y reacciones. Así, si bien el análisis no permite evitar el surgimiento de sentimientos y pensamientos, ya sean considerados positivos o negativos, al menos le permite al analista poner a distancia dichos aspectos no deseados de sus intervenciones en la dirección del análisis. En éste sentido es que Lacan levanta una proposición relevante: no es imputable a las insuficiencias de formación todo cuanto ocurre

en el orden contratransferencia. Lacan parece considerar a la contratransferencia como una especie de fenómeno natural de la situación analítica dadas sus coordenadas estructurales. Pese a ello continúa considerándola como una obstáculo, una imperfección. El verdadero problema es entonces como dar su justo valor al fenómeno de *los sentimientos experimentados por el analista y determinados por sus relaciones con el analizado*, tal como reza la definición clásica del fenómeno atribuida a Paula Heiman por parte de Lacan durante el *Seminario VIII*. Por otro lado ¿es posible articular esa dimensión contratransferencial con la técnica analítica misma? Parte del movimiento analítico efectivamente integró el fenómeno contratransferencial en el repertorio instrumental de la técnica psicoanalítica. Hay dos aspectos fundamentales para comprender la posición de Lacan respecto a la contratransferencia. En primer lugar lo considera un fenómeno legítimo, cuya legitimidad responde a las condiciones estructurales de la experiencia analítica. En segundo lugar no considera justificada la inclusión técnica de la contratransferencia. En su lugar construye la noción de deseo del analista otorgándole un rol operativo en la dirección de la cura, primero a nivel de la política del análisis, junto a la estrategia (transferencia) y la táctica (interpretación), como las nombra en sus escritos, para luego incluirlo en la redefinición de dicha tripartición bajo la figura del acto analítico.

“Por el sólo hecho de hay transferencia, estamos implicados en la posición de ser aquél que contiene el ágama, el objeto fundamental que está en juego en el análisis del sujeto, en cuanto vinculado, condicionado por la relación de vacilación del sujeto que nosotros caracterizamos como aquello que constituye e fantasma fundamental, como aquello que instaura el lugar donde e sujeto puede fijarse como deseo.

Es un efecto legítimo de la transferencia. No por ello es preciso hacer intervenir la contratransferencia, como si se tratara de algo que sería la parte propia y, todavía más, la parte culpable del analista. Sólo que, para reconocerlo, es preciso que el analista sepa ciertas cosas. Es preciso que sepa, en particular, que el criterio de su posición correcta no es que comprenda o no comprenda.” (Lacan, 2003, p. 223)

Lacan legitima la contratransferencia como una consecuencia natural del fenómeno de la transferencia. Naturalidad proveniente de lo que se ha descrito anteriormente como la metáfora del amor, en la que la posición de deseo de que quien se ubica como amante convoca necesariamente la producción en el otro de una respuesta a dicha manifestación de deseo que el amante impone, es la responsabilidad agalmática del amado. En este sentido la contratransferencia es la “legítima” respuesta del analista a la convocatoria libidinal del

analizante. Ahora bien, para Lacan, no se trata de hacer intervenir dicho fenómeno como un recurso técnico en el análisis sino de obtener de las condiciones de posibilidad del fenómeno mismo un recurso “técnico” que se oriente de acuerdo a las premisas freudianas de lo inconsciente. Es así como la necesaria *mutación en la economía del deseo del analista* permitiría al analista arreglárselas en una situación en la que las respuestas emocionales serán permanentemente convocadas, no precisamente por una insuficiencia ni personal, ni de formación, sino por las condiciones mismas de su función. El deseo del analista es la propuesta de Lacan a una reorientación del papel de la contratransferencia en la dirección de la cura.

- El deseo del analista en la enseñanza de Lacan.

El deseo del analista, como categoría conceptual en la enseñanza de Lacan, puede ser abordado desde dos frentes. Por un lado aquél relativo a la formación y que despliega la pregunta acerca del lugar que ocupa en un sujeto el deseo de ejercer la función de analista y las implicancias libidinales de dicho deseo, unido a los conflictos e identificaciones que organizan la fantasía inconsciente y que causan al sujeto en dirección a desempeñar las funciones de analista. Por otro lado, y no sin relación con lo mencionado anteriormente, es posible abordar las cuestiones relativas al deseo del analista enfocándose en el rol y el papel que éste cumple en la situación analítica misma en tanto pareja dialéctica con la que se confronta la satisfacción psíquica del analizante. Es trascendental mantener esta distinción entre el problema del deseo de la persona que soporta la función del analista y la del deseo del analista como pareja dialéctica del fantasma del analizante en la cura. Dicha distinción permite no identificar el deseo del analista con el deseo personal del sujeto analista, ya que de ser así se estaría reintroduciendo la cuestión contratransferencial con terminología de Lacan.

Comenzaremos por desarrollar el aspecto instrumental del deseo del analista, para luego referirnos brevemente a las cuestiones relativas a la formación del analista y en consecuencia a las transformación libidinal en el sujeto analista que Lacan plantea como necesaria para la habilitación de su función.

Si nos esforzásemos por rastrear el punto de origen y de inserción lógica de la categoría del deseo del analista en la enseñanza de Lacan es posible que tengamos que retomar un punto que ya mencionamos y que es que:

“...es en relación con el Otro que el ser del sujeto encuentra su estatuto.” (Lacan, 1984, p. 593)

En el análisis es ese ser del sujeto el que será cuestionado de manera radical. El analista, se transformará para el sujeto en ese Otro en el que el problema de su deseo y su satisfacción no solo se reproduce como transferencia, sino también en el que espera encontrar alguna clave que resuelva el sufrimiento junto a sus preguntas sobre el ser y la existencia. En este sentido es que el deseo del analista se pondrá en juego según sea que lo especifica la estructura psíquica a partir del lugar que en el fantasma del sujeto ocupa el deseo del Otro. Es bajo estas circunstancias que se espera que el deseo del analista pueda operar como recurso para la desarticulación misma de la lógica fantasmática permitiéndole al analizante distanciarse del Otro como referencia de la significación de sí mismo. En otros términos en la medida en que el deseo del analista es incorporado en la estrategia fantasmática del sujeto, que el mismo puede convertirse en el reorganizador de esa estrategia de respuesta al deseo del Otro de la que el síntoma es consecuencia.

En este punto es que podemos intersectar varios de los conceptos desarrollados en los capítulos anteriores con el deseo del analista respetando las coordenadas conceptuales. Deseo, demanda, fantasma, amor e ideal del yo forman un enjambre respecto al que podemos situar el deseo del analista en la dirección de la cura.

Lacan será explícito en que la labor del deseo del analista será mantener vacante el lugar en el que el analizante lo convoca como deseo del Otro:

“Las coordenadas que el analista ha de ser capaz de alcanzar para, simplemente, ocupar el lugar que le corresponde, definido como aquél que le debe ofrecer, vacante, al deseo del paciente para que se realice como deseo del otro.” (Lacan, 2003, p. 125)

Esto permitirá suspender el funcionamiento de la fantasía para conducir al sujeto a su propio deseo. Lacan intenta fomentar la interdicción de la dialéctica del deseo, producir una detención en la reciprocidad del deseo para confrontar al analizante de manera radical con el enigma del deseo del Otro y de esa forma poder reenviarlo a las condiciones mismas de abordaje que la neurosis hace de ese enigma. Para ello propone la posición del puro deseante:

“Ahora si es preciso llegar a concebir que algún sujeto pueda sostener el lugar del puro deseante, es decir, abstenerse escamotearse él mismo en la relación con el otro, de cualquier suposición de ser deseable.” (Lacan, 2003, p. 410)

La posición de puro deseante depende de renunciar a “hacerse deseable” ya que si así fuese se reestablecería la dialéctica del deseo definida como “el deseo es el deseo del Otro”, esto llevaría irremediabilmente a la realización de la metáfora del amor. La abstención de ser deseable nos lleva a precisar que aquello que el paciente manifiesta hacia el analista no le está destinado a él por lo que no debe responder como si lo estuviera. Éste es el movimiento destacado en Sócrates quién manifiesta *no es a mi, es a él* por considerar exactamente que en él no hay nada deseable. Este punto relativo a la renuncia a hacerse deseable es precisamente lo que aparta la concepción de Lacan de la cuestión contratransferencial. Si bien la contratransferencia es el resultado de esta convocatoria estructural del analizante al deseo del analista como figura del deseo del Otro, podemos afirmar que el deseo del analista se constituye como tal precisamente en el punto en que renuncia a responder a dicha convocatoria, de ahí a que la repuesta de Sócrates adquiera un valor paradigmático en la medida que muestra precisamente la abdicación al lugar de amado al que es convocado por Alcibíades.

Con este movimiento el analista se despoja así de responder a la invitación del analizante a encarnar el lugar del ideal del yo con todos los efectos de puesta en marcha de los circuitos de la demanda que ello implicaría. ¿A qué conduce esta abstinencia en torno al lugar del deseo, la demanda y el ideal del yo?:

“Es preciso que mantengamos vacío en lugar donde es llamado aquél significante que sólo puede ser anulando a todos los demás; aquel FALO cuya posición, cuya condición, central en nuestra experiencia, trato de mostrar para ustedes. Nuestra función, nuestra fuerza, nuestro deber es indudable, y todas las dificultades se reducen a lo siguiente – hay que saber ocupar su lugar, en la medida en que el sujeto tiene que poder localizar allí el significante faltante. Y así, mediante una antinomia, mediante una paradoja que es la de nuestra función, donde somos llamados a ser – y a no ser nada más, ninguna otra cosa, más que la presencia real, y en tanto que ésta es inconsciente – es en el propio lugar donde se nos supone saber.” (Lacan, 2003, p. 305)

Lo enunciaremos así: el deseo del analista debe destituir el funcionamiento inconsciente del significante fálico, permitiendo aislar y emancipar al sujeto de los efectos de significación de éste que determinan su ser. La posición de la abstinencia impondrá al sujeto la presencia del analista como una figura de la presencia del Otro, precertificándole

la naturaleza enigmática del deseo. Reencontramos aquí un tema trabajado en varios de nuestros capítulos: la presencia. Es precisamente la presencia con su condición de actualización de las formas de demanda la que dará su soporte al deseo del analista permitiéndole reenviar al sujeto a los significantes de su identificación.

Retomamos así el problema del cierre y la apertura del inconsciente señalando que es el deseo del analista la “llave” de apertura del inconsciente precisamente por estar obligado a no permitir la realización de la satisfacción evitando encarnar el ideal de yo, no respondiendo así a la demanda inconsciente del sujeto. Por tanto si es el deseo del analista el que hace analizable el inconsciente posibilitando la transferencia en su vertiente de posibilidad, entonces podemos afirmar que la transferencia incluye el deseo del analista. En otras palabras sin deseo del analista no hay transferencia, hay sugestión.

Otro aspecto importante de revisar es la relación del deseo del analista con la problemática del amor o de la metáfora del amor según lo definió Lacan en el seminario “*La transferencia*”. En el capítulo correspondiente presentábamos dichos planteamientos precisamente señalando que en el amor el amante desea transformarse en amado, lo que transforma al amado en amante, ese proceso de transformación es designado por Lacan precisamente como una metáfora en la medida en que sustituye las posiciones. La demanda transferencial será precisamente obtener un signo del deseo del analista y es ahí donde el analista deberá abstenerse de transformarse en amante, es decir de desear, precisamente para avanzar en dirección a la extinción de la demanda de amor del sujeto.

Finalmente, y antes de revisar algunas cuestiones relativas a la formación del analista, es importante mencionar un proceso de transformación que sufrirá en la teoría lacaniana el deseo del analista y su posición. Estas transformaciones se refieren a la paulatina introducción de la categoría del objeto parcial hasta llegar a construir el concepto de objeto *a*. Se puede establecer una relación entre la introducción del objeto agalmático en el *Seminario VIII* y la reformulación de la posición del analista como el lugar del objeto *a* en el *Seminario XVII “El reverso del psicoanálisis”*. La siguiente cita de Lacan es precisa al respecto:

“Lo que Sócrates sabe y el analista debe al menos entrever, es que en el plano de *a* minúscula la cuestión es muy distinta de la del acceso a ningún ideal. El amor sólo puede rodear esta isla, este campo del ser. Y el analista, por su parte, solo puede pensar que cualquier objeto puede rellenarlo. He aquí donde nosotros, analistas, nos vemos conducidos a oscilar, en ese límite en el que, con cualquier objeto, una vez que

ha entrado en el campo de mi deseo, se plantea la cuestión - ¿qué eres tu? No hay objeto que valga más que otro – éste es el duelo a cuyo alrededor se centra el deseo del analista.” (Lacan, 2003, p. 440)

Al menos dos grandes ideas podemos extraer de esta cita. En primer lugar Lacan va más allá del problema del significante y la dialéctica del deseo, apuntando al objeto y su condición metonímica. Que cualquier objeto pueda rellenar la isla del objeto perdido, es exactamente la misma orientación del *Seminario XI* en términos de mantener la distancia entre el ideal y el objeto. No hay objeto ideal para satisfacer la demanda de amor, debido a que ésta demanda gira en torno a un lugar de puro vacío. El analista estaría en algún punto convocado a encarnar es objeto, siendo la abstinencia, como rasgo del deseo del analista, lo que podría conducir a sujeto a realizar finalmente el duelo por el objeto perdido. Esto revela una nueva arista de la posición del analista ya no sólo como una figura del Otro con todas las implicancias que ello posee en lo que respecta al deseo, la demanda y el ideal del yo, sino también en términos de objeto parcial de satisfacción. Esta arista Lacan la plantea relación al deseo del analista en términos de duelo. ¿Por qué? Porque precisamente en la medida en que el analista se abstiene de representar dicho objeto para el analizante puede llegara conducirlo a realizar el duelo de aquél objeto. Ahora bien, Lacan introduce el deseo del analista distanciándolo del ideal ya que prácticamente sostiene que el analista debe encarnar el hecho de que un objeto no vale más que otro, incluido el psicoanalista. Esta estrategia implica, eso sí que el analista mismo haya realizado el duelo por su objeto ya que de no ser así el riesgo es que el paciente mismo encarne dicho objeto para el analista. Este viraje se observa en la frase que Sócrates le estampa a Alcibíades cuando le declara su amor en el *Banquete*: “*Todo lo que me dices a mi es por él*”. Esto nos conduce directamente al segundo de nuestros puntos de interés al que nos referiremos brevemente: la formación del analista.

- La formación del analista.

Es ampliamente conocido que Lacan se esforzó noblemente por darle a la formación del analista un estatuto institucional a través de dispositivo del pase considerando que en esta estructura instituida podría responder a preguntas como la siguiente:

“¿cuál debe ser el papel de la cicatriz de la castración en el eros del analista?” (Lacan, 2003, p.125)

No aludiremos acá a los avatares institucionales y políticos de las instancias vinculadas a la formación del analista, pero quisiéramos destacar simplemente la particularidad de la orientación de Lacan, ya que instala en el corazón mismo de la institución analítica la pregunta por la satisfacción del analista y la relación de esa satisfacción con el deseo del analista. Este gesto, con todos los problemas que trae, aborda de manera radical y con un espíritu decididamente analítico la cuestión de la formación del analista diferenciándose así de la estandarización programática de otras instituciones que, normativizando un procedimiento, tienden a la burocratización universitaria como forma de solución de la castración.

El mismo Lacan ensaya un esbozo de respuesta, en un párrafo ya citado, a su pregunta radical acerca del ser del analista:

“Una vez admitida esta reserva de inconsciente, es perfectamente concebible que el sujeto avisado, precisamente por la experiencia del análisis didáctico, sepa, de alguna manera, jugar con ella como instrumento, como la caja de violines cuyas cuerdas, por otra parte, posee. De todas formas no se trata en su caso de un inconsciente en bruto, sino de un inconsciente suavizado, de un inconsciente más la experiencia de este inconsciente.” (Lacan, 2003, p. 211)

“*Un inconsciente más la experiencia de este inconsciente*” para decirlo de manera aún más clara: el analista debe saber como se satisface, como goza, y de que manera esa forma de satisfacción lo condujo a ocupar el lugar de analista. Mauricio Tarrab, psicoanalista de la Escuela de Orientación Lacaniana, ha retomado en unos de sus testimonios del pase este punto de la siguiente forma:

“La formación analítica supone también reconocer y desprenderse un poco al menos de esas raíces del deseo del analista que se hunden en la neurosis de cada uno. Yo he dicho lo mío ¿y uds, con qué fantasma analizan a sus pacientes?” (Tarrab, 2008)

Desafío lanzado al corazón mismo de la experiencia analítica y que no es evitable si se desea abordar con seriedad y responsabilidad los fundamentos mismos del psicoanálisis. No por nada precisamente el Seminario que Jacques Lacan dedica a los conceptos fundamentales se inicia y termina con la temática del deseo del analista como corolario a la revisión de los conceptos de inconsciente, repetición, transferencia y pulsión.

Desde la perspectiva de Lacan, entonces, se espera que el deseo de analizar pueda formarse escamoteando el deseo de ser deseado, distanciándose de los automatismos de repetición normados por el inconsciente, por la propia neurosis. Por tanto el analista debe

esforzarse por no hacer de sus pacientes el partenaire de su satisfacción, sino mostrarle al analizante cuál es la naturaleza del partenaire con el que ellos gozan. Para ello el analista se prestará, transferencialmente, como el objeto parcial del analizante. Esto es evidentemente un disparo directo al narcisismo del sujeto que sostiene la función del analista, tal vez uno de los obstáculos más peligrosos de la práctica del psicoanálisis. En la siguiente “sentencia” Lacan juega como siempre lo hizo con un sentido trágico de la práctica misma del psicoanálisis:

“A propósito de cualquiera, puedes tener la experiencia de saber hasta donde osarás llegar en la interrogación de un ser – a riesgo, en lo que a ti mismo se refiere, de desaparecer.” (Lacan, 2003, p. 440)

“*Desaparecer a propósito de cualquiera*” puede llegar a ser la estocada final al narcisismo analítico de representar algo para el paciente, cuestión que obturaría de manera evidente el establecimiento de lo que el analista representa para el paciente en términos transferenciales. Evidentemente puede ser una estocada siempre y cuando la “tragedia” no transforme al analista en el héroe épico con lo que la identificación fálica se reintroduce de manera catastrófica en la subjetividad. Prueba de ellos es el analista lacaniano anti-institución, que realiza de manera radical la identificación con la excomuniación de Lacan. Cabe señalar que el analista institucionalizado, tampoco asegura mucho ya que perfectamente podría tratarse de una solución por la vía de la identificación al líder de la “masa psicoanalítica”.

Finalmente quisiéramos mencionar una de las pocas definiciones de Lacan en torno al deseo del analista. Nos referimos aquella expresada hacia el final del *Seminario XI* en la que menciona que el deseo del analista es el deseo de obtener la diferencia absoluta. ¿A qué se refiere Lacan con la diferencia absoluta? La diferencia, el ser diferente por parte de un sujeto es un efecto del proceso de identificación fálica en la que la neurosis encuentra siempre su rasgo distintivo con el que representarse al deseo del Otro. La diferencia absoluta es aquella en la que el sujeto no produce significación fálica como una manera de respuesta a la castración. La diferencia absoluta es aquella en la que frente a la ausencia de relación sexual el sujeto no construye un sentido referido al Otro, sino más bien un recurso desde su propio análisis con el que arreglárselas para hacer de lo imposible de lo real una contingencia posible. En esta línea es que el deseo del analista tendrá siempre la orientación de cuestionar toda identificación que tome como soporte al Otro, conduciendo así al sujeto a encontrar en su circuito de satisfacción el fundamento de su propio ser. Esto es lo que

Lacan denominó hacia el final de su enseñanza identificación al síntoma y al producto de dicho proceso de identificación lo llamo sinthome. El deseo del analista no solo perseguirá la producción de este desenlace sino que se espera también, en el mejor de los casos, que sea su consecuencia.

I. B- TRANSFERENCIA Y DIRECCIÓN DE LA CURA

A continuación desarrollaremos sintéticamente los principales planteamientos de Lacan en torno a la dirección de la cura para de ésta forma poder contrastar las reflexiones en torno al manejo de la transferencia con lo que de dicho manejo se esperaría del tratamiento psicoanalítico.

Dividiremos la presentación de la dirección de la cura en tres grandes momentos: entrada en análisis, intervención analítica y fin de análisis y curación.

Transferencia e inicio de un análisis

Si bien no encontramos en la obra de Lacan más que algunas referencias explícitas a la cuestión de la entrada en análisis, han sido otros analistas lo que se han propuesto sistematizar una teoría lacaniana de la entrada. Esta sistematización ha incluido el establecimiento de las entrevistas preliminares como momento previo al paso al diván otorgándoles a éstas entrevistas una serie de funciones tendientes precisamente a hacer posible el inicio del proceso psicoanalítico. Dentro de la serie de condiciones desarrolladas para poder sancionar la entrada en análisis podemos mencionar la instalación de la transferencia, la aparición del significante de la transferencia, la producción del síntoma analítico, etc. Sin embargo, y pese al interés que estas nociones poseen, nos restringiremos a examinar las indicaciones de Lacan en torno a este momento del análisis.

Comenzaremos por retomar una de las referencias más explícitas:

“Lo que quería decir era que en el análisis, la que trabaja es la persona que llega verdaderamente a dar forma a una demanda de análisis. A condición de que ustedes no la hayan acostado de inmediato en el

diván, caso en el cual la cosa ya está arruinada. Es necesario que esa demanda verdaderamente haya adquirido forma antes que la acuesten. Cuando le dicen que comience –y esto no debe suceder ni la primera ni la segunda vez, al menos si quieren comportarse dignamente–, la persona que hizo esa demanda de análisis, cuando comienza el trabajo, es ella quien trabaja. Para nada deben considerarla como alguien a quien ustedes deben moldear. Todo lo contrario. ¿Qué hacen ustedes allí? Esa pregunta es todo aquello por lo que me interrogo desde que comencé.” (Lacan, 1988, p. 120)

¿A qué se referirá Lacan con “verdaderamente dar forma a una demanda de análisis”? Comenzaremos por plantear que al parecer Lacan considera que antes de comenzar un análisis es necesario que se produzcan ciertas transformaciones subjetivas que permiten que alguien se analice. Transformaciones que nos llevaran a una “verdadera demanda de análisis”. ¿De qué transformaciones se trata? Una de las primeras alusiones a las transformaciones subjetivas es aquella que mencionamos en el capítulo “*Transferencia y dialéctica imaginaria*”, allí sistematizamos el análisis realizado sobre el caso Dora en términos de inversiones dialécticas y desarrollo de la verdad. ¿Es posible pensar la entrada en análisis a partir de esos momentos? Efectivamente es posible afirmar que la entrada en análisis se produciría en el pasaje desde la primera inversión dialéctica al segundo desarrollo de la verdad. Este segundo desarrollo de la verdad introduce al sujeto a analizar lo que podemos denominar el síntoma analítico, analizable y que se define partir de aquello que el sujeto mantiene produciendo precisamente el sufrimiento del que se queja. Se lo considera analítico ya que es susceptible de análisis por lo que el sujeto apunta su asociación libre sobre aquél fenómeno subjetivo. Esto es trascendental ya que lo analizable no es una situación externa al sujeto o un personaje de su fantasía, sino que lo analizable es un fenómeno propio, en éste sentido es que síntoma analítico es un sufrimiento de sí mismo por parte del sujeto. El primer desarrollo de la verdad y la primera inversión dialéctica serían parte de las entrevistas preliminares. Ya la segunda desarrollo de la verdad constituiría una demanda de análisis en la medida en que focalizaría el discurso del sujeto sobre sí mismo.

Unos años más tarde, el escrito “*Dirección de la cura y los principios de su poder*” Lacan se referirá al segundo desarrollo de la verdad formulándolo como: *¿Cuál es tu parte en el desorden del mundo del que te quejas?*

“A saber, empieza por introducir al paciente a una primera ubicación de su posición en lo real, aunque ello hubiese de arrastrar una precipitación, no tengamos miedo en decir un sistematización, de lo

síntomas....No se trata de adaptarla a ella, sino de mostrarle que esta demasiado bien adaptada, puesto que concurre a su fabricación.” (Lacan, 1984, p. 576)

Este movimiento de rectificación subjetiva produce una implicación del sujeto en su propio malestar, articulando una interrogación enigmática dirigida sobre sí mismo. Se hace efectiva la división subjetiva que causa al sujeto entorno a una circuito de goce. Ese circuito al que está “demasiado bien adaptado” y al que denuncia como el origen de sus malestares. Esta adaptación inconsciente a la situación dolorosa es la satisfacción secundaria que el síntoma provee y es precisamente a ese aspecto al que debemos dirigir al sujeto para que ello se formule de manera enigmática comenzando a organizar la asociación libre. No resulta menor la observación de Lacan acerca de la sistematización de los síntomas ya que es ésta precisamente la que les otorga su condición de analizabilidad permitiendo localizar un goce e interrogarlo para extraer un saber. Esto es precisamente el síntoma analítico, una sistematización del síntoma que localiza al sujeto instalando la suposición que abre las puertas al trabajo analizante. La suposición, cuya estructura hemos descrito en un capítulo que le está especialmente dedicado, se sostiene sobre lo que Lacan denomina el significante de la transferencia (St). La operación de éste significante es trascendental para conseguir la entrada del sujeto en el análisis ya que es el embrague que introduce la suposición como resorte de la transferencia. Tal como lo mencionamos en el capítulo correspondiente el significante de la transferencia enlaza la suposición con el analista en un sentido contrario al que implican los significantes inconscientes que Lacan ubica bajo la barra y adentro del paréntesis. Se lo puede también plantear en términos anteriores de la enseñanza de Lacan diciendo que el significante de la transferencia ubica al analista a un costado de las significaciones producidas por los significantes que componen el ideal del yo. Si bien ambas formulaciones corresponden a momentos distintos de la enseñanza de Lacan interesa que remarcan que el significante de la transferencia debe abrir una orientación que se dirija hacia un destino distinto del de la repetición de síntoma. Este es un punto importante para que el ingreso del sujeto al análisis ya que de lo contrario la transferencia se consolidaría como una experiencia de repetición y de cierre del inconsciente. En este sentido el significante de la transferencia permite al sujeto encontrar en el análisis y en el analista un lugar de alojamiento a su singularidad por fuera de la normatividad de la que el malestar mismo es consecuencia. El St es un contrasentido al sentido del síntoma.

El acto analítico y la transferencia

En la tradición psicoanalítica la acción del analista ha sido tradicionalmente englobada en la interpretación. Lacan, durante buena parte de su enseñanza, mantiene esta conceptualización desarrollándola de manera armónica con sus demás conceptualizaciones. Sin embargo en su *Seminario XV* realizará un vuelco proponiendo la denominación de *acto analítico* para la intervención del analista. La introducción de esta noción es en consonancia con de otras transformaciones teóricas relativas a la teoría de la cura.

Comenzaremos por revisar las relaciones de la interpretación con la transferencia anteriores a la introducción del acto psicoanalítico. Para ello ubicaremos una cita del escrito "*La Dirección de la cura y los principios de su poder*":

"Sólo que esa interpretación, si el la da, va a ser recibida como proveniente de la persona que la transferencia supone que es. ¿Aceptaré aprovecharse de ese error sobre la persona? La moral del análisis no lo contradice, a condición que interprete ese efecto, a falta de lo cual el análisis se quedaría en una sugestión grosera. Posición innegable, sólo que es como proveniente del otro de la transferencia como la palabra del analista será escuchada aún, y sólo que la salida del sujeto fuera de la transferencia propuesta así ad infinitum." (Lacan, 1984, p. 571)

Dos cuestiones es posible extraer. En primero lugar que la transferencia condiciona la recepción de la interpretación. En tanto el analista está en el lugar del Otro para el sujeto, éste va a recepcionar la interpretación según lo especifiquen los bastidores del fantasma. Así la palabra del analista quedará incluida en la economía fantasmática del sujeto. Por ejemplo en el seminario sobre "*La transferencia*" Lacan advierte sobre la prudencia necesaria ante ciertos casos en los que la interpretación misma podría operar como una respuesta a la demanda del objeto invocante. En este sentido la interpretación debe siempre estar condicionada por la modalidad transferencia. Un segundo aspecto a destacar de la cita anterior es que Lacan advierte explícitamente que la interpretación está abierta al efecto

sugestivo. Este efecto es producto de la relación natural de sugestión que posee el significante, que inevitablemente produce sentidos, por tanto si la interpretación se orienta al develamiento de un significante reprimido, necesariamente queda atrapada de las propiedades del significante, entre ellas el efecto sugestivo. Este problema de la intervención analítica será una preocupación constante de Lacan, siendo la noción de acto analítico su intento de solución. Sin embargo antes de llegar a ella, encontraremos algunas observaciones que abordan precisamente el mismo problema. Por ejemplo en el seminario sobre "*Los cuatro conceptos fundamentales*" propondrá como objetivo de la interpretación la reducción del sentido, asilando el significante que condicionan la posición del sujeto.

"El objetivo de la interpretación no es tanto el sentido, sino la reducción de los significantes a su sin-sentido para así encontrar los determinantes de la conducta del sujeto." (Lacan, 1984, p. 219)

Este es un giro trascendental ya que ubica no el advenimiento de un sentido desconocido por el sujeto como el resultado de una interpretación. Sino la confrontación del sujeto con un sin-sentido. Esos significantes a cuyo sin-sentido se debe apuntar es una especie de diseminación de la significación fálica en significantes primordiales, ahora denominados S_1 .

"Ese significante que mata todos los sentidos funda, en el sentido y el sin-sentido radical del sujeto, la función de la libertad." (Lacan, 1984, p. 260)

Así de esta confrontación con el sin-sentido se espera un efecto de liberación del sujeto permitido por la separación del I con el a . Paulatinamente Lacan irá identificando la interpretación con otro tipo de intervención de parte del analista, incluyendo el corte de sesión, hasta dar lugar a la noción de acto analítico. La noción de acto analítico absorberá la eficacia esperada de parte de la intervención del analista.

Lacan explica en el seminario del año 1967 que es, efectivamente, un acto. Lo aborda por el lado de la acción y lo diferencia de ésta diciendo que la acción puede pensarse de tres maneras: la acción como motricidad o movimiento; la acción como respuesta a un estímulo y finalmente la acción como descarga. Si bien estas tres definiciones tienen algunos matices todas ellas coinciden en un punto que es que la acción es siempre efecto, es siempre consecuencia de un elemento que la antecede. Es un efecto pasivo, una respuesta, una consecuencia. En cambio el acto posee un carácter radicalmente distinto a la acción. El acto es causa, es creación de consecuencias. Posee un carácter de transformación del sujeto y las circunstancias implicadas en el acto, por ello arrastra

siempre el valor de un compromiso del sujeto lo que le otorga al acto un valor significativo. Lacan juega con el equivoco entre acto y acta, para mostrar que en el acto hay una consecuencia de la que aquél que subscribe dicho acto no puede desprenderse. Una vez que un acto es realizado, las cosas ya no son de la misma forma para quien lo realiza. En este sentido es que el acto esta siempre ligado a la determinación de un comienzo, la acción en cambio designa un desenlace. Existen los actos fundante que instituyen una experiencia a partir de sí mismos, son instituyentes precisamente por iniciar una nueva experiencia. El acto posee siempre un valor significativo, precisamente por ser creador. Ahora bien, ¿como se perfila la noción de acto llevada a la experiencia analítica? Se perfila sobre el rastro de otro acto, a saber, la transferencia como puesta en acto del inconsciente. Lacan será preciso: el acto analítico persigue, como su consecuencia, la reducción de la función del sujeto-supuesto-saber a la consistencia lógica del objeto *a*. El acto analítico se orienta en dirección a desarticular el efecto de suposición que enlaza transferencialmente al analizante. Esta desarticulación resultaría de que la consecuencia del acto es la separación del sujeto de los significantes de lo determinan y que están reprimidos en el inconsciente. En el algoritmo se la transferencia se trataría de los significantes ubicados bajo la barra y en paréntesis. Así el acto persigue la desarticulación de la división subjetiva entre S_1 y S_2 , rompiendo la inestabilidad del cógito, y conduciendo al sujeto desde la creencia neurótica a la certeza del modo de goce.

El análisis de la transferencia se reformula así:

“Qué quiere decir, por lo tanto, el análisis de la transferencia. Si algo quiere decir no puede ser otra cosa que la eliminación del sujeto supuesto al saber, porque no hay para el análisis, ni mucho menos para el analista, ninguna parte- y esta es la novedad- del sujeto supuesto saber; sólo hay lo que resiste a la operación del saber haciendo del sujeto, a saber, ese residuo que podemos llamar la verdad.” (Lacan, 1967, en prensa)

El movimiento de Lacan es preciso: el acto analítico es el análisis de la transferencia, y su objetivo la destitución de la misma. Observamos un viraje radical. Es una contradicción con la afirmación precedente de que la interpretación sería recibida como proveniente de la persona que la transferencia especifica, ya que esto suponía que la transferencia condicionaba a la interpretación como en una especie de efecto de S_2 sobre S_1 . No hay acto analítico sin manipulación de la transferencia y viceversa. La transferencia no es un referente para el acto analítico, sino que el acto mismo opera en la transferencia. Tal vez la pregunta que se revela más inútil es aquella acerca de la viabilidad o no de la

interpretación de la transferencia misma ya que el concepto mismo de acto analítico hace desaparecer la distinción entre ambas.

Así el resultado del acto, en la medida en que reduce la transferencia es la neutralización de la suposición para reconducir al sujeto a la certeza de su modo de goce contradiciendo la división subjetiva. Si bien es inminente que al comienzo de un análisis la suposición se instale, es también inminente que en transcurso del análisis ésta se extinga conduciendo al fin de análisis. Esto nos permite decir que el producto de la experiencia analítica ha de ser una modificación de la división del sujeto permitiéndole aislar el valor de fijeza que el objeto *a* posee en su forma de goce, valor de fijeza que luego será relevado por el concepto de *sinthome*. Así el objeto *a*, en su función de causa adviene al lugar en saber supuesto ya no bajo la forma de la suposición sino como una certeza irreductible a la sustitución significativa.

Otra de las dimensiones que es reconsiderada a partir de la noción de acto es la de la presencia del analista. La presencia es una presencia en acto. Hay acto sólo en la medida en que la presencia es efectivamente un acto cuya faz significativa es creadora y generadora de consecuencias. Si retomamos la alternancia presencia-ausencia del segundo tiempo del Edipo, podemos sostener que en tanto acto esa presencia puede alternar con la ausencia para constituir una primera producción significativa. La presencia puede ser la causa de la producción y división el sujeto en la estructura significativa.

El proceso psicoanalítico, en esta perspectiva ha de conducir a la realización del sujeto en acto, si bien no por fuera del significativo, al menos captando que existe un resto de de la operación significativa y es en el acto que ese resto se encarna con consecuencias de creación. La realización del sujeto no está ya del todo en lo simbólico, sino también en el acto y sus consecuencias en la medida en que estas escapan al significativo. Se abre así la perspectiva de lo real.

Transferencia, curación y fin de análisis.

La pregunta por el final de los análisis es una pregunta que incomoda a Freud y que no es ajena a los debates más encendidos de la comunidad psicoanalítica. Por lo demás no ha interesado sólo a los analistas en la medida en que es una pregunta que arrastra otra que no deja de ser problemática y que puede enunciarse como ¿de qué cura el psicoanálisis? De esta forma es que la cuestión acerca de aquello que una persona puede obtener de un psicoanálisis se transforma en una interrogante que pone en perspectiva toda la construcción teórico-clínica del psicoanálisis, más aún si toda esa construcción conceptual tiene algún sentido es precisamente en la medida en que aquello que quien se somete a la experiencia de un análisis puede llegar a obtener de dicha experiencia.

Si consideramos lo expuesto en el capítulo anterior acerca de las relaciones entre la transferencia y el acto psicoanalítico, resulta relevante interrogar la relación de la transferencia con el fin de análisis y los efectos “curativos” obtenidos por la experiencia psicoanalítica. Si el acto analítico tiene por consecuencia esperada la reducción de la función transferencial, del sujeto-supuesto-saber, entonces nos encontramos frente a una meta clínica en la que la reducción del fenómeno transferencial se encuentra indisolublemente ligado a la culminación del proceso psicoanalítico. El mismo Freud sostenía que la última batalla del proceso psicoanalítico debía librarse en la zona de la neurosis de transferencia. A ello debemos agregar que la reducción de la función transferencial es indicadora de haber alcanzado la meta del proceso psicoanalítico debido a que dicha función es solidaria de la división del sujeto por el significante, es precisamente la operación de la castración la que fundamenta el surgimiento del sujeto como dependiente de la articulación de S1 y S2 por lo que el mecanismo de la suposición depende directamente de la castración con todas las consecuencias que ello implica.

Más allá del hecho de que Lacan tuvo algunas menciones a la cuestión del fin de análisis de manera coherente a las conceptualizaciones que producía en su enseñanza es importante consignar que el fin o la meta del análisis puede ser problematizado desde distintas aristas conceptuales implicando una variedad de abordajes clínicos que son los que aquí nos interesa destacar para poner en relación con el concepto de transferencia y su manejo técnico.

Proponemos ubicar cuatro perspectivas teórico-clínicas para en el abordaje del problema del fin de análisis y la curación.

Primero podemos mencionar los desarrollos de Lacan referentes al papel de la palabra y lo simbólico en las relaciones humanas y por consecuencia en la cura psicoanalítica. La palabra, el lenguaje, permite una pacificación de la dimensión imaginaria en la que el yo se enfrenta de manera agresiva con el semejante, por lo que el progreso en análisis estaría marcado por la realización simbólica del sujeto, consistente en la historización subjetiva de los acontecimientos que, tomando el valor de una función significante, se inscribieron como verdad determinando su vida.

“El punto al cual conduce el progreso del análisis, el punto extremo de la dialéctica del reconocimiento existencial, es: *Tu eres esto*. Este ideal, de hecho, nunca es alcanzado.” (Lacan, 1999, p. 14)

Extremar la dialéctica del reconocimiento es un intento de distanciarse de dicha dialéctica a través de lo simbólico. Lacan sostendría entonces una posición en la que es gracias a los efectos de lo simbólico que el sujeto puede encontrar un funcionamiento más apacible ya que la dialéctica imaginaria simbolizada como a-a' lo llevaría a la mantención de las relaciones de dependencia con el otro semejante. La palabra y el lenguaje al ser ubicados bajo la función del Otro se formulan como una instancia disimétrica para el sujeto destacando así las vías de una realización subjetiva externa a la naturaleza del yo, se trata de una relevación de la historia personal no por las vías del reconocimiento autoconsciente, sino del reconocimiento de una exterioridad desconocida para el sujeto. Así el fin de análisis sería la obtención de ese “tu eres eso” en el que la naturaleza del lenguaje y la palabra provenientes del Otro y con las que el sujeto se ha identificado se revelan como determinantes de su destino. La transferencia por su parte será una suerte de representante de la naturaleza disimétrica de lo simbólico. El analista, intentando no introducirse en la relación reversible del “yo a tu” propia de lo imaginario introducirá él mismo la dimensión del Otro como lugar de la palabra y el significante, lugar desde donde provinieron los

determinantes de su historia, para introducir así al sujeto en el reconocimiento de lo que esa palabra del Otro implicó en su vida. Así la concepción del proceso psicoanalítico, eminentemente hegeliana de Lacan, encuentra su resorte en el proceso de reabsorción y reconocimiento simbólico del sujeto en los efectos de la palabra y lenguaje del Otro, para lo que la transferencia debe ser una suerte de garantía, así la idea de la posición del analista es como una suerte de representante de la radicalidad del Otro como instancia simbólica, permitiéndole al sujeto obtener su “tu eres eso”. El sesgo clínico relevante es la absoluta confianza de Lacan en la función “curativa” de la palabra, curarse es esencialmente realizarse simbólicamente. Hablar, poner en palabras resulta por excelencia la vía de acceso a la verdad del sujeto. Es una clínica de la confianza en el significante como forma de acceso a la verdad del sujeto.

En segundo lugar ubicaremos la posibilidad de pensar el final de un análisis a partir de los desarrollos de Lacan en torno a la dialéctica de la demanda y del deseo en la cura psicoanalítica. Ello implica relevar el papel del significante fálico en el contexto teórico y en la idea de proceso clínico-terapéutico. En el capítulo correspondiente hemos desarrollado ampliamente el paisaje teórico aludido por lo que quisiéramos remitirnos fundamentalmente a la especificación de la idea de final de análisis y curación que de dicha articulación se deriva.

“Hombre de deseo, de un deseo al que siguió contra su voluntad por los caminos donde se refleja en el sentir, el dominar y el saber, pero del cual supo revelar él solo, como un inicio en los difuntos misterios, el significante impar: ese falo cuya recepción y cuyo don, son para el neurótico igualmente imposibles, ya sea que sepa que el otro no lo tiene o bien que lo tiene, porque en los dos procesos su deseo está en otro parte: es el de serlo, y es preciso que el hombre, masculino o femenino, acepte tenerlo y no tenerlo, a partir del descubrimiento de que no lo es.” (Lacan, 1984, p. 622)

Para Lacan, entonces, en un análisis se trata de aceptar no ser el falo, estos es destituir la identificación fálica para dar paso, en el registro de la elección de objeto, a hacer del falo un instrumento. Pensar un fin de análisis por esta vía es considerar que el proceso debe deshacer los efectos de la identificación fálica sobre el sujeto. Recordemos que la identificación fálica, tal como lo planteamos en el capítulo sobre “*El fantasma en las neurosis y sus relaciones con la transferencia*”, representa la relación del sujeto con su posición como objeto del deseo del Otro. Esta identificación resulta ser el núcleo del inconsciente del sujeto ya que organiza la posición fantasmática de la neurosis

determinando las estrategias de resolución de la castración del propio sujeto y del Otro. El drama neurótico se encuentra especificado por la manera en que el sujeto se formula la pregunta por lo que él es para el deseo del Otro. Precisamente las tipologías clínicas de la histeria y la obsesión se diferencian por la manera en que cada uno de la forma a la identificación fálica en la estructuración del fantasma, determinando así una posición de objeto para el Otro. Por tanto se trataría de desprender al sujeto de la nostalgia por ser el falo del Otro. Una de las consecuencias metapsicológicas sería la separación del deseo del sujeto de la demanda de amor al Otro. Como el mismo Lacan lo menciona en el seminario “*La transferencia*” la demanda es siempre un pedido, en cambio el deseo no pide nada. La demanda pide ser amado, pide ser deseado por el Otro, pide transformar al Otro en amante, pide ser el objeto del Otro, el deseo del sujeto, en consecuencia, se encuentra capturado en este movimiento pulsional de la demanda. Así la identificación fálica especifica el punto desde donde el sujeto demanda, ese punto se encuentra constituido por la serie de los significantes en los que el sujeto ha interpretado el deseo del Otro conformando así el ideal del yo. Por tanto plantearse el fin de análisis en estos términos de destitución de la identificación fálica supondría deshacer el encadenamiento de sustituciones significantes posibilitadas por la metáfora paterna, cuyo efecto es la significación fálica. En relación a la transferencia observamos nuevamente que el progreso del análisis es la destitución de los procesos mismos que hacen posible la transferencia, a saber la sustitución de un significante por otro como mecanismo básico de producción de significación, fundamento lógico de la operación de suposición necesaria para la articulación de la transferencia como sujeto-supuesto-saber. Así si el analista es convocado al lugar del ideal del yo, la liquidación de la transferencia coincidiría con el fin de análisis en la medida en que destituir la identificación fálica supone transformar la dependencia del sujeto al ideal del yo.

En tercer lugar podemos ubicar el problema del fin de análisis a partir de la cuestión del fantasma y el objeto. No se trata ya de los efectos de significación el falo como significante sino del objeto parcial como categoría libidinal no significantizable para el sujeto. Esta dimensión descrita en el apartado “*Transferencia y objeto a*” especifica una modalidad de satisfacción que se manifiesta como repetición y que se caracteriza como una satisfacción, que remitiendo a la autismo erógeno del cuerpo, se sirve de la extracción

desde el campo del Otro de objetos parciales, es decir que sirven al sujeto sólo en tanto son instrumentalizados para la mantención de dicho circuito de satisfacción. Si retomamos la distinción realizada entre las dos formas de escritura de la formula fantasmática, aquella que designa la formula general para la neurosis ($\$ \diamond a$) y las que especifican las tipologías de la neurosis, es destacable que en la formula general el sujeto se especifica de manera activa en relación con el objeto como forma de satisfacción, y no como objeto del Otro como lo hace en las formula de la histeria y la obsesión. La pregunta relativa al fin de análisis y a la dimensión del objeto es posible formalizarla a partir del destino que adquiriría esa reserva libidinal como resultado del análisis. El atravesamiento o construcción del fantasma implicaría un efecto de cese del funcionamiento libidinal de la fantasía como articulación del sujeto con el objeto de satisfacción en tanto representante de la forma de goce sin el Otro. Se trata de un fin de análisis del que se esperaría una pérdida de goce o satisfacción. Esta pérdida de goce sería consecuencia de la construcción del fantasma, es decir que se trata de la elaboración por parte del sujeto de un saber acerca de sus condiciones de goce. De esta forma es que se espera que el análisis le permita al sujeto destituir la función libidinal de la fantasía. De la finalización del proceso de análisis se esperaría la desarticulación transferencial de la satisfacción que se articula como repetición en acto con el analista implicando lo que en el *Seminario XI* Lacan denominó el cierre del inconsciente. Por la vía de la apertura del inconsciente es que del goce se puede extraer una construcción que transforme la relación del sujeto con el objeto de satisfacción libidinal.

Finalmente podemos abordar la idea de fin de análisis que Lacan sostiene en los seminarios de los años setenta. Junto con una serie de modificaciones en la articulación de sus conceptos se desprende también una transformación en la manera de pensar lo que se puede obtener de un análisis. Tomaremos directamente dos importantes citas. La primera de ellas proveniente del seminario “RSI” y la segunda de “*L’insu que sait de l’ une bevue s’ aile a mourre*”:

“¿Que es decir el síntoma? Es la función del síntoma, función a entender como sería su formulación matemática: $f(x)$. ¿Qué es esa x ? Es lo que del inconsciente pude traducirse por una letra en tanto que solamente en la letra la identidad de sí a sí está aislada de toda cualidad.” (Lacan, 1974, en prensa)

“¿A qué se identifica uno, pues al fin del análisis?.....Conocer su síntoma quiere decir saber hacer con, saber desembrollarlo, manipularlo. Lo que el hombre sabe hacer con su imagen, corresponde por algún

lado a esto, y permite imaginar la manera con la cual se desenvuelve con su síntoma... Saber hacer allí con su síntoma: ése es el fin de análisis.” (Lacan, 1976, en prensa)

Sin profundizar en caracterizar la organización conceptual de éste periodo de la enseñanza de Lacan es necesario precisar algunas cuestiones para delimitar la noción de síntoma inherentemente asociada a la de fin de análisis y ubicar así la transferencia.

Conceptualizar al síntoma como letra, es destacar un valor de identidad, es decir de algo que no remite más que a sí mismo. Esta es una diferencia radical con el significante y el sentido ya que la naturaleza del significante es remitir siempre a otro significante produciendo así un efecto de sentido. Lacan al introducir la noción de letra lo hace con un cierto carácter de oposición al significante, dejando a éste último del lado de los procesos metafóricos de sustitución y producción de sentido incluyendo allí la lógica de la remisión de un significante a otro significante como un mecanismo propio de la relación de lo simbólico con lo imaginario. La noción de letra en cambio no remite a estos mecanismos lógicos por lo que la considera una identidad ya que delimita un decaimiento del sentido, obteniendo consistencia precisamente en el hecho de no remitir más que así misma. Esta condición es, según Lacan, propia de una cercanía a lo real por parte de la condición de fuera de sentido de la letra. El síntoma definido de ésta forma, sería entonces una consistencia que luego del proceso psicoanalítico de desciframiento del inconsciente, aparecería como algo no analizable, es decir no interpretable por la lógica de la sustitución y la remisión. El síntoma participaría de una forma de goce que excluiría el sentido, sería una constante, una repetición, que ya no posee el carácter de variable que el trabajo del inconsciente introduce en todas sus formaciones. El análisis por tanto ya no perseguiría la eliminación del síntoma sino la transformación de la relación del sujeto con el síntoma. Esta transformación es nombrada por Lacan como la diferencia entre síntoma y *sinthome*. ¿Qué diferencia hay entre ambas denominaciones? Tal como Lacan se refiere a ellos en el seminario “*El sinthome*”, en el que utiliza a Joyce como referente de su reflexión, observamos que la denominación de *sinthome* Lacan la utiliza para designar la función de lo que aísla como el ego de Joyce. Así el *sinthome* tiene necesariamente un rasgo de funcionalidad estructural, a saber, la funcionalidad de mantener los registros de lo real, lo simbólico y lo imaginario unidos. En lo que respecta a Joyce le asigna al *sinthome* la función de evitar un desencadenamiento psicótico. Ahora bien, independientemente de la cuestión de la psicosis, es de destacar que el funcionamiento *sinthomático* posee la

característica de funcionar sin las propiedades de lo inconsciente, es por eso que lo introduce con el tema de la psicosis. A Joyce se refiere en términos de desabonado del inconsciente. El síntoma, en cambio, responde al trabajo de ciframiento del inconsciente por lo que se presenta al sujeto bajo la forma de una disfuncionalidad, de un obstáculo a la intención y a la voluntad del sujeto. Este obstáculo y ésta disfuncionalidad ha de ser sometida en la experiencia psicoanalítica al tratamiento interpretativo persiguiendo la disolución del ciframiento, es decir resolviéndose por la vía del sentido que la lógica de la sustitución introduce. El *sinthome* en cambio se caracteriza por su condición de funcionalidad, de constancia. Cuando Lacan introduce esta denominación para caracterizar lo ocurrido con Joyce pretende destacar el carácter singular y autónomo de un dispositivo de funcionamiento subjetivo por fuera del sentido, es decir no interpretable y semejable a la letra en tanto no remite a nada más que no sea su propio funcionamiento. En este sentido es que el *sinthome* sería lo que se obtiene al final del análisis en tanto la modificación de la economía libidinal del sujeto le permite obtener un saber sobre su forma de gozar que se presenta de manera constante y repetitiva, no electiva, no del orden de la elección. La identificación al síntoma tendría como resultado un *sinthome* definido como un acuerdo subjetivo con un circuito de goce ineliminable. Por otro lado la obtención de una cierta funcionalidad de dicho circuito sirviendo como instrumento de orientación en la obtención de satisfacciones en la vida del sujeto.

Con relación a la transferencia en esta comprensión del fin de análisis podemos señalar que la identificación al síntoma implica la caída de supuesto-saber en la mediada en que desarticula sus condiciones mismas de producción ya que el *sinthome* adviene al lugar de la división del sujeto. Debemos nuevamente destacar que la suposición surge precisamente del proceso de ciframiento que el trabajo del inconsciente realiza por lo que al deshacer dicho trabajo y alcanzar el punto de opacidad del sentido del síntoma sería esperable un agotamiento del fenómeno de suposición. En conclusión podemos señalar que la identificación al síntoma relevaría la función lógica del sujeto-supuesto-saber.

En síntesis podemos señalar cuatro formas de pensar el fin de análisis. La realización simbólica del sujeto, la desidentificación fálica, la construcción del fantasma y la identificación al síntoma. Resulta importante destacar que al mismo tiempo en que todas estas concepciones implica un noción acerca de los efectos esperados de parte de una

experiencia psicoanalítica, elaboración simbólica, reducción de la significación fálica, desarticulación de los objetos de goce y acotamiento del sentido, todas ellas coinciden en la desarticulación del fenómeno transferencial como consecuencia del final de un análisis. Por tanto el manejo de la transferencia no está dissociado de la idea que se tiene de final de un psicoanálisis ya que después de todo el destino de la transferencia sería su desaparición.

PARTE II
EL PROBLEMA DEL MANEJO
DE LA TRANSFERENCIA EN LA ENSEÑANZA DE LACAN

¿Principios técnicos?

Luego de haber realizado un amplio recorrido por las formas de concebir la transferencia que encontramos en la enseñanza de Lacan, así como también por los conceptos aledaños a cada uno de ellos, iniciaremos la discusión relativa a la pregunta que guía esta investigación: ¿qué aportes, principios, indicaciones u orientaciones técnicas respecto al manejo de la transferencia es posible producir y derivar de la conceptualización de Lacan?

Resulta evidente la ausencia de indicaciones y principios técnicos en torno al manejo de la transferencia en la enseñanza de Lacan. Conviene entonces poner esta ausencia en relación con su teoría para así elucidar su razón y extraer de ella una orientación. Al inicio del *Seminario VIII* sobre “*La transferencia*” Lacan señala lo siguiente:

“En cuanto a todo lo que se presenta como técnica, debe inscribirse como referido a principios o, al menos, a la búsqueda de los principios que a mí título da de estas diferencias de planteamiento.” (Lacan, 2003, p. 11)

Las preguntas en torno a la técnica han de remitirse a principios, establece así una disyunción entre principios y técnica. ¿Qué significa separar la dimensión de los principios y la dimensión de la técnica en la orientación lacaniana?, ¿invalida ello nuestra pregunta acerca de las orientaciones en el análisis o manejo de la transferencia?

Comenzaremos por desarrollar la primera pregunta. Un principio es siempre una indicación que designa una orientación general sin referirse explícitamente a situaciones particulares y singulares. Todo principio es siempre una máxima amplia que señala una dirección pero no especifica las vías de realización de dicha dirección. Si retomamos la tripartición de la metáfora bélica utilizada por Lacan para describir la experiencia analítica en política, estrategia y táctica, ubicaremos los principios en relación a la política. Por tanto

los principios orientan precisamente respecto a la forma en que el analista ejerce sus “poderes” en la dirección de la cura. Esto nos lleva directamente al deseo del analista, corazón mismo de la política de la experiencia analítica.

Los principios, en síntesis no dicen que hacer, más bien fijan un objetivo superior que gobierna la acción.

¿Que importancia posee separar los principios y la técnica? Se trata de una posición del psicoanálisis en el lazo social. Como lo señala Lacan en el Seminario sobre “*El reverso del psicoanálisis*” todo discurso en la medida en que se plantea como forma de tratamiento o de dominio del goce, es necesariamente político. La separación y establecimiento mismo de los principios en psicoanálisis, respecto a la cuestión técnica puede ser entendido a la luz de la posición que el psicoanálisis como práctica discursiva posee en relación a otros discursos de la época.

Así el psicoanálisis precisamente adquiere su lugar en la medida en que la separación de los principios y la técnica implican una disyunción entre lo universal y la experiencia práctica de la cura, lo que da como resultado la emergencia de la singularidad del caso a caso, permitiendo la inconsistencia de la generalización que la particularidad realiza como representante de lo universal. Si hubiese relación entre principios y técnica, cada caso sería absorbido por una técnica particular que representa la universalidad asignada a dicho caso. En cambio el psicoanálisis posee principios distantes de la técnica dando lugar así la heterogeneidad de las singulares formas de goce del *parletre*. ¿A que posición discursiva corresponde la conjunción entre principios y técnicas? Se trata del discurso universitario. Los establecimientos de principios técnicos de manera universal, que definen el “que hacer” de manera generalizada y para todos los casos que se presenten, corresponden a una forma de administración del saber como medio de gobierno que Lacan ubica como el resultado del discurso universitario: la burocracia. Se trata de un saber sin sujeto, normativizante y eminentemente técnico. Establece secuencias procedimentales estandarizadas que guían a la acción de manera automatizada. Se organiza en manuales y protocolos pretendiendo responder a todos los casos que se presenten. Es una forma de organización del saber que pretende conjurar la singularidad suturando la división el sujeto y sus consecuencias sobre el goce. La verdad de ésta forma de discurso sigue siendo el significante amo, que se esconde tras las trincheras del saber. Hoy observamos formas de

lazo social en las que el discurso universitario se pone al servicio del discurso capitalista estableciendo complejos modos de funcionamiento en los que el saber sirve al amo, pero ya no bajo la forma de la dialéctica del amo y del esclavo, en la que el saber-hacer de éste último se ponía al servicio del amo, sino en la que el saber se ofrece como el vehículo para la reintegración del objeto, oferta ésta la del discurso capitalista, generando nuevas formas de subjetividad. O bien modelos de mercantilización educativa en los que el saber funciona como objeto y mercancía ofrecida al sujeto.

El psicoanálisis como discurso, pretende a través de la disyunción entre principios y técnica permitir la producción en la experiencia analítica de aquellos signos de singularidad que marcan los destinos del goce de un sujeto. Son los S_1 que el matema del discurso psicoanalítico ubica en el lugar de la producción. La ausencia de intersección entre principios y técnica posibilita pensar en una política de las diferencias en la que cada modo de goce es considerado uno por uno, dando lugar a distintas formas con las que cada sujeto se las arregla con la ausencia de intersección del significante y el goce, la ausencia de relación sexual.

Retomando la segunda pregunta acerca de si lo antes expuesto invalida la pregunta de la presente investigación se puede sostener que no, ya que si bien uno de nuestros primeros resultados es la precisión de esta disyunción entre principios y técnica, continuaremos en la interrogación acerca de los principios del análisis de la transferencia a partir de las distintas formas de conceptualización que hemos revisado en la primera parte.

Ahora bien ¿qué efecto tiene en la posición del analista la ausencia de una formulación explícita de principios técnicos que le indiquen lo que hay que hacer? Pienso que aquí nos topamos con algo más que interesante ya que esta ausencia redundará en una potencial implicación de la responsabilidad del analista en la intervención que realiza y en las consecuencias de la misma. Es este el punto que se discutirá a continuación a partir del acto analítico y el deseo del analista.

Del análisis de la transferencia al Acto analítico

Se ha propuesto una disyunción entre principios y técnica. La técnica, en una epistemología positivista clásica, se sostiene como la aplicación a la experiencia de una teoría. La distinción teoría-práctica es una matriz general sobre la que se soporta la elaboración de una técnica como dispositivo instrumental de aplicación sobre la experiencia para lograr así algún tipo de resultado. La técnica, entonces es el resultado de la aplicación de una teoría. La pregunta de investigación se encuentra enmarcada en esta misma perspectiva, a saber la interrogante acerca de indicaciones técnicas en la teoría de Lacan, es decir la suposición de que en la teoría se encontrarían afirmaciones que nos podrían conducir a elaborar una protocolización técnica acorde con dicha teoría, asegurando así la identidad de una práctica lacaniana del análisis de la transferencia.

En el desarrollo de la conceptualización de la transferencia en la teoría de Lacan hemos podido corroborar la inexistencia de dichos aspectos, más aún hemos encontrado pasajes que permiten deducir precisamente el rechazo de parte de Lacan a una perspectiva como ésta.

Es claro que conceptualizaciones de parte de Lacan respecto a la transferencia hemos encontrado en abundancia, pero ¿qué hay del quehacer transferencial?, ¿qué hay de lo denominado análisis de la transferencia?, ¿cómo pensar la relación técnica analítico-transferencia desde la orientación de nuestro autor?

En el capítulo “*El acto analítico y la transferencia*” se reviso la introducción de la noción de acto como una reformulación de la problemática relativa a la intervención del analista. La diferencia allí planteada entre acto y acción permite reorientar la pregunta investigación ya que la noción de acto implica obligatoriamente un replanteamiento de la dicotomía teoría-técnica presente en la pregunta de investigación. La técnica se enmarcaría precisamente como una acción, un efecto de la teoría, siendo ésta el referente de toda

acción técnica desarrollada en nombre de la teoría. Precisamente ésta misma problemática era el núcleo de la pregunta de investigación en la que las cuestiones relativas al manejo técnico de la transferencia estaban abordadas según la matriz de distinción entre los niveles de la teoría y la practica-técnica. Se trataba de esta matriz de la aplicación como forma de comprensión de las capacidades transformadoras de una actividad clínica. En este contexto es que la noción de acto introduce una ruptura con esa matriz ya que al ser diferenciada de la noción de acción, el acto ya no queda sometido a la condición de una acción como efecto de una teoría, sino que es reformulado como una causa de consecuencias, subvirtiendo la relación teoría-practica. Este gesto aclara nuestro problema de investigación ya que al encontrarnos con una descalificación de ésta forma de plantearnos el problema, nos permite reformular desde la propia teoría de Lacan la relación del análisis de la transferencia con el acto analítico. Relación que ya describimos en términos de que la finalidad del acto analítico es la eliminación de la función del sujeto-supuesto-saber.

Un pregunta se formula de manera obligada ¿si la teoría era el referente de toda acción, cuál es el referente del acto analítico?, ¿esta reformulación destituye el valor de la teoría en relación la intervención del analista? Estas preguntas resultan transcendentales ya que nos llevan precisamente a un punto que toda práctica de reconocido espíritu científico rechaza y del que el psicoanálisis no puede desentenderse bajo ningún punto de vista: el deseo del analista. El deseo del analista es el soporte del acto analítico, lo que constituye una diferencia más con el paradigma de la teoría-practica ya que el fundamento ultimo de un psicoanálisis estará dado por la posición de quién soporta la función de analista. Es por ello que Lacan define de manera tautológica al psicoanálisis como el tratamiento dispensado por un psicoanalista, en el *Seminario XI*. La posición del analista estará determinada por la relación que, el sujeto que se ofrece a ocupar dicho lugar, ha obtenido en relación a su propio inconsciente. En el capítulo “*El deseo del analista y la contratransferencia*” desarrollamos éste punto mostrando diversas maneras de abordar éste problema. El acto analítico podrá atentar contra la función del sujeto supuesto saber, si el Eros del propio analista le permite hacer de su función de analista un recurso, cualquiera sea éste, que se oriente a la analizabilidad del inconsciente del analizante con todo lo que ello implica, desarticulación de las identificaciones fálicas, destitución de la demanda de amor, producción de un saber, remisión del malestar al goce, etc. Es el desabonamiento del

analista a su propio inconsciente, al menos en el momento del acto, lo que posibilitaría esas consecuencias. Se esperaría así la separación de la potencial intersección de las neurosis de los presentes en la situación analítica. Así la implicación del analista es condición del acto analítico, pero no se trata de la implicación subjetiva, sino al contrario la responsabilidad que lo implica en su quehacer es precisamente la de su no implicación subjetiva, su sustracción a hacer del analizante el objeto de su fantasma, la renuncia a representar algo para el paciente, es la responsabilidad de transformarse para otro en resorte, en la causa de una reorganización de la satisfacción, como consecuencia de haber reorganizado las propias satisfacciones permitiendo no hacer de esa función que se cumple para el otro, una simple consecuencia de las propias satisfacciones animadas por el ideal del yo del analista. En este sentido es que el acto analítico no debe realizar la metáfora del amor.

Si bien en esta formulación se deja entrever claramente una cierta idealización de la posición del analista, no por ello se hace admisible transformar estos planteamientos en demanda de realización del ideal, cierto es que se trata de una consecuencia posible. Es en este punto que las consideraciones sobre la formación del analista pueden contribuir a desarrollar el problema. La posibilidad de un dispositivo como el pase permite efectivamente someter a discusión estas ideas respecto a lo que ha de ser una analista, si bien como todo dispositivo institucional posee implicaciones con la institucionalidad de la administración del poder, permite, lo que no es poco, una declaración de quienes han decidido dedicarse a la práctica del psicoanálisis articulando esa decisión con las condiciones del análisis del propio inconsciente.

Una última consideración respecto a la noción de acto analítico es que ésta reorganiza la división realizada por Lacan en el texto *“La Dirección de la cura y los principios de su poder”* en la que dividía la intervención del analista en política, deseo del analista; estrategia, manejo de la transferencia; y táctica, interpretación. Esta diferenciación es superada por la noción de acto, fundiendo y haciendo converger estos tres aspectos en el acto analítico como causa de la reorganización del goce para el sujeto.

En síntesis en la perspectiva de Lacan existe un abandono de una perspectiva instrumental de la intervención analítica sustentada en la oposición clásica de la racionalidad científica teoría-práctica. Así la cuestión técnica al quedar ubicada bajo la noción de acto, reorienta la responsabilidad de la intervención hacia el analista y no hacia el

conocimiento acumulado en la teoría. El psicoanálisis es una experiencia, con las potencialidades transformadoras que toda experiencia posee y no sólo una práctica instrumental en la que el paciente es un objeto a transformar. Por el contrario se trata de una experiencia destinada a la producción de un sujeto habilitado en saber acerca de su modo de satisfacción como forma de vida.

A partir de esta reformulación de la pregunta por el manejo de la transferencia es que discutiremos las principales teorizaciones de Lacan de la transferencia desde la perspectiva del acto analítico y de las consideraciones de principio que permiten reflexionar en torno a la intersección entre dirección de la cura y transferencia.

***De la dialéctica imaginaria a la pregunta simbólica:
una relectura del análisis de la transferencia en el caso Dora.***

Comenzaremos a abordar la cuestión del análisis de la transferencia a partir de los planteamientos relativos a la dialéctica imaginaria. Para ello retomaremos el análisis del caso Dora y los referentes conceptuales que hemos desarrollado. Ellos son, la problemática del objeto de interés, la dimensión de la palabra y el Otro como el lugar de lo simbólico, la cuestión del amor y la condición de objeto.

Paral Lacan, al igual que Freud, el estancamiento del caso Dora se debió a un problema transferencial vinculado con el lugar de Dora como objeto de interés de los hombres y al lugar Freud encarnó transferencialmente dejando entrever su interés por hacer del señor K el objeto de Dora. Este es un punto importante ya que de alguna manera el analista queda atrapado en una dialéctica imaginaria, recíproca con relación al drama desplegado por la paciente. Este drama ha hecho entrar el interés del analista, posteriormente denominado deseo del analista, como participe del mismo drama que debería desarticular. El lugar del la Señora K es por el contrario el lugar del tercero al que apunta del deseo de Dora. Es el lugar tercero debido a que representa el punto donde la pregunta por el ser, en este caso por el ser objeto del deseo de un hombre, debería encontrar respuesta. De ahí a que la apuesta de Lacan sea a que la interpretación debió de apuntar en esa dirección. Lacan ironiza sosteniendo que Freud podría haber interpretado la transferencia diciendo algo así como: *“Usted me imputa intenciones a mi de manera similar como se las imputa al Señor K”*. La ironía de Lacan es que tal vez con una intervención como ésta Dora le hubiese dicho por fin: *“Me interesa la Señora K, no el Señor K”*. Evidentemente este no fue el desenlace debido a que Freud quedó identificado a un posición que en el drama subjetivo de Dora podríamos enunciar como *“hombres*

interesados en mujeres” sin reorientar el trabajo analítico hacia la verdadera pregunta de Dora: “*que hace a una mujer objeto de intereses de un hombre*”.

Desde la orientación dada por Lacan la maniobra no era interpretar la transferencia, sino haberle orientado a Dora en dirección a esa pregunta reflejada en el interés por la Señora K. Ese movimiento hubiera inmediatamente ubicado al analista en una posición distinta. Si forzamos las coordenadas conceptuales podemos decir que se trata de un desfallecimiento de la función del deseo del analista que impide la instalación de la transferencia analítica. Esta es la lógica de estructura que se puede extraer desde observaciones realizadas por Lacan.

Otra observación a destacar es que efectivamente una intervención así hubiese introducido en la situación analítica el lugar del tercero como objeto de análisis dislocando la imaginización del binarismo mujeres-hombres realizada transferencialmente por la posición de Freud. Se reafirma así la indicación de Lacan: toda interpretación debe tener en cuenta un tercero.

La siguiente observación se refiere al problema del amor que según Lacan apunta al ser del sujeto, que quiere decir tomarlo de manera como objeto. Precisamente la posición insoportable para Dora era la de ser objeto y es eso de insoportable lo que no fue analizado por la orientación de Freud.

Para concluir es posible señalar que es necesario en primer lugar que el analista se abstenga de poseer un “interés” hacia el paciente, para poder desde ahí captar hacia donde se orienta el “interés” del sujeto. La interpretación debe orientarse en esa dirección y si ésta está bien calibrada la transferencia positiva será una consecuencia de esa buena orientación. No es la interpretación de la transferencia lo que produce la transferencia analítica, sino la correcta orientación de la interpretación hacia un objeto de interés que debe estar puesto siempre fuera de la dialéctica transferencial. Si el analista interpretara la transferencia estaría de alguna manera validándose a sí mismo como objeto de interés del sujeto, es decir reforzando indirectamente un proceso identificatorio.

El acto analítico en la dialéctica del la demanda, el deseo y los tipos clínicos.

Antes de comenzar la discusión se considera pertinente la realización de una síntesis de los principales postulados en torno a la demanda y la transferencia. Tanto el ser del sujeto como la transferencia se fundan, para Lacan, en la noción de Otro y es en esta comunidad que el trabajo clínico sobre la transferencia encontrará fundamento, por lo que la pregunta es ¿de qué manera la fundación del ser en el campo del Otro se articula en la noción de transferencia? Destacamos dos aspectos, el deseo del Otro y la demanda del Otro, señalando que es en dependencia de la demanda del Otro que el deseo del sujeto se puede constituir, debido a que es sobre el rastro de los significantes de la demanda del Otro que el deseo de éste será interpretado para hacer de él el objeto del deseo del sujeto. El analista representará el Otro para el sujeto y es en dicho valor representativo que la transferencia encontrara su motor. El analista representará tanto el deseo del Otro como la demanda, por la sencilla razón de que sólo se capta el deseo en la demanda, por lo que el neurótico se encuentra irremediamente obligado a hacer existir la demanda y el deseo en el Otro como condición de su propia existencia. Ahora bien no será solo de la demanda y el deseo que el analista será un puntal, sino que también será el destinatario de la demanda del sujeto al Otro. Es por ello que Lacan afirma que el analista tendrá que vérselas con las articulaciones de la demanda en el desarrollo de un análisis teniendo que apoyarlas con el objetivo de hacer aparecer los significantes en los que la frustración del sujeto, como consecuencia del llamado a obtener del Otro el fundamento de su ser, ha quedado fijada. El neurótico, al identificar la falta del Otro, el deseo del Otro, con su demanda, no puede evitar su propia dependencia como objeto que ha sido de dicha demanda, y en consecuencia del deseo de ese Otro, dependencia que se transforma en condición determinante de su ser. Por ello es que la transferencia puede ser formulada como la repetición en acto de las formas de

demanda del sujeto al Otro. Estas formas de demanda se formulan en una intransitividad que prescinde de la existencia de un objeto que las satisfaga, ya que vectorizan en sí mismas una satisfacción que por su formulación significativa es irremediamente imposible de satisfacer. Así lo que el sujeto pide al Otro se intersecta con lo que el Otro pide al sujeto, y es en ese punto de intersección que el acto analítico encontrará fundamento. La indicación de Lacan de no responder a la demanda, de dejarla a un lado precisamente para introducir una distancia del sujeto como los significantes de su identificación reconduciendo el “ser” del sujeto al deseo como una forma de satisfacción en la que el *pedir* sea prescindible. Abordemos una viñeta clínica para discutir la orientación del acto analítico en éste contexto.

Viñeta 1: Caso Javier

Al llegar Javier señala que esta viendo la posibilidad de comenzar una terapia. Se queja de problemas con su pareja relativos a que cada vez que discuten ella “*se cierra así, como una almeja*”, eso a él lo enoja y está muy preocupado por que se pone agresivo. Sube la voz. Tiene 35 años y conviven hace 3 años. Cuenta que tiempo atrás estuvo en terapia pero que llegó a un punto en el que sintió que no necesitaba continuar, sin embargo el terapeuta no estuvo de acuerdo él sintió que quería que fuese para sacarle dinero. Al cabo de una larga sesión aclara que tiene hora pedida con dos analistas más y que luego de asistir a esas sesiones tomará la decisión de con quién iniciar sesiones. Al retirarse no hace ninguna mención al costo de la sesión y se retira sin pagar. El analista queda sorprendido que por lo general los pacientes preguntan acerca de ese punto. Sin embargo queda con la convicción de que volvería. Efectivamente a la semana siguiente llama solicitando una hora. Señala que a una sesión ni siquiera asistió ya que no le gustó como lo trataron por teléfono y de la otra no da razones claras. Al concluir se le cobra la primera sesión a la que asistió, la paga sin mayor observación. Se acuerda el valor de las sesiones y comienzan las entrevistas. La modalidad de pago de las sesiones es a fin de mes, sin embargo en una ocasión se atrasa y luego de acumular una importante cifra, concurre a sesión y ya con su billetera abierta me pregunta “*¿no te complica que te pague en efectivo?*” Se le responde que porqué habría de preocupar y señala que a él le complica un poco el hecho de que el analista tenga que ir con tanto dinero en los bolsillos ya que lo podrían asaltar y que si él prefiere él puede depositar. Se le señala que no es necesario y se recibe el dinero. El dinero es un importante factor en la relación con la pareja y su comparación con otros hombres.

Con respecto a la transferencia ubica al analista como “*una especie de traductor*” que le permite entender las cosas que le pasan. Durante las entrevistas, que duraron cerca de un año, Javier logra ubicar aquello de la relación con su pareja que lo enojaba y comienza a evaluar la posibilidad de aceptar una oferta de trabajo en el norte del país cuya respuesta había dejado pendiente. Decide terminar la relación, al menos por un tiempo ya que se da cuenta que el proyecto de compartir una casa había entrado en la serie de lo que denomina “*los pactos de hierro*”. Continúa viendo a su expareja de manera irregular y señala que habrá un “*Costo de oportunidad*” de las decisiones y las opciones. El costo de oportunidad será ceder el acuerdo de piedra.

A partir de una situación familiar habla de una sensación de “*potencial de conflicto*” que resulta ser permanente y que existe en distintos ámbitos de su vida. Se le señala que el potencial conflicto es una brújula en su vida, y responde: “*me quede sin palabras*”. Hacia el final de las sesiones, ya que se aproximaba la fecha de su partida al norte del país habla de su familia de origen con respecto a la que siempre ha sentido “*presión*” y “*sentido del deber*”. Realiza una retrospectiva y lo confirma: es como que “*entra la presión y el deber*” que se debe a su preocupación por los intereses de los demás, y dice: “*Soy muy permeable*”.

En las últimas semanas antes de su partida pregunta al analista si piensa que sería bueno venir cada 15 días, ya que está restringiendo sus gastos debido a su viaje. El analista mantiene silencio, piensa y señala que en realidad es mejor seguir viniendo una vez por semana. Un par de sesiones al preguntarle cuando va a venir decide asistir en 15 días más. Hacia las últimas sesiones y

realizando una mirada a lo que fue su casi un año de entrevistas dice que ha entendido que muchos de sus problemas se deben a que para él *“es como si la estabilidad dependiera de los acuerdos de piedra, y como si hubiera que cumplirlos con heroísmo, pero eso es una ilusión”*. La sesión es interrumpida en este punto.

Si bien se trata de un conjunto de entrevistas preliminares, la viñeta ilustra la particular función de la demanda y la relación al Otro en la neurosis obsesiva y la modalidad transferencial de ésta. Es ya en la primera entrevista cuando Javier hace saber al analista una de las formas que asume para él la demanda del Otro bajo la forma del objeto anal anunciando que interrumpió la terapia anterior como consecuencia de una fantasía que imputaba al analista una intención de obtener dinero de él. Intención leída en la demanda que el terapeuta realiza y que gatilla el efecto de resistencia, como defensa del sujeto ante la demanda. Es esta misma dinámica la que reaparece en la ocasión en que Javier acumula una deuda para luego preguntar, dinero en mano, si no sería la preferencia del analista que el continuase reteniendo el dinero realizando un depósito vía internet. Pero no es sólo la dinámica de la retención-expulsión la que en dicho pasaje se exterioriza, sino también el rechazo a la castración fantaseada del Otro de la transferencia, expresada en el temor a que el analista pudiese ser asaltado para robarle el dinero que él le debía. De ésta forma es que con su gesto de depositar el dinero Javier se ofrece a cumplir el pedido de seguridad, que él mismo hace existir a través de su fantasía, en el campo del Otro. Asegurar al Otro respondiendo a su demanda, demanda que tomada como objeto, recortada del lugar que el Otro ocupa en el fantasma.

Un elemento importante a señalar es el hecho de su no pago de la primera sesión. Si bien el analista se mostró sorprendido ante ello, no resulta sorprendente que Javier retorne ya que precisamente esa vacilación del analista deja vacío el lugar de la demanda del Otro al sujeto, lo que permite alojar la dimensión del goce del contrabando, esa satisfacción solitaria del obsesivo que oculta a los ojos del ideal. Es importante consignar que es un riesgo avalar este tipo de situación ya que si bien instala una forma de repetición necesaria para la actualización transferencial del conflicto, ésta no debe ser cuestionada al momento de la entrada del análisis como lo veremos más adelante. La transferencia no es sólo repetición de la modalidad fantasmática, ya que si así lo fuese el análisis se transformaría en un escenario de satisfacción que no habría porque abandonar. Si bien la dirección de la

cura considera la necesidad de repetición libidinal en transferencia, la orientación del acto analítico opera sobre dicha repetición para producir la elaboración de saber, o para decirlo en términos de Freud, la producción de un recuerdo con el que realizar el proceso de reelaboración.

Otro aspecto interesante es el relativo trabajo de formalización del síntoma que avanzaba en la dirección de una posible entrada en análisis. Esa formalización se localiza en los “*acuerdos de piedra*” y “*pactos de hierro*” con los que Javier articulaba una significación en relación al Otro caracterizada por el intento de neutralizar la falta en el Otro, el deseo del Otro. Ese movimiento sostenía también la dinámica de la rabia y el enojo, que respondían a la impotencia con la que Javier constataba el fracaso del síntoma como solución a la imposibilidad. La figura del heroísmo escenificaba la connotación fálica del yo entregado al sacrificio en respuesta a la demanda del Otro.

La viñeta ilustra los efectos de alivio que implican para el obsesivo dirigir el análisis hacia una inconsistencia de la demanda. Por ejemplo el no cobro de la primera sesión operó, independiente de la intención del analista, como un acto que alojó a Javier por fuera del conflicto psíquico con la demanda del Otro como objeto, introduciendo una separación entre la demanda al Otro y la demanda del Otro posibilitando que regresase y obtuviese en el curso de casi un año de tratamiento una vacilación de la consistencia sintomática como nudo de significante y goce. No pedir, no demandar, introduce al deseo del analista conmoviendo la identificación desde la que el sujeto demanda. Resulta ésta una importante indicación clínica en la dirección de la cura de la neurosis obsesiva. Evitar, suspender y sortear cualquier tipo de intervención que pudiese resonar como petición para el analizante.

Revisemos una segunda viñeta que destaca de manera más clara la dimensión del contrabando y su articulación transferencial.

Viñeta 2: Caso Francisco

Se trata de un joven universitario. Realiza estudios lejos de su hogar, el que visita de forma periódica. Describe su problema central de la siguiente manera “*mi problema actual es la masturbación. Yo me dije; nunca me voy a masturbar en allá en la universidad, y lo he cumplido. Sin embargo cuando voy a mi casa los domingos a veces cedo*”. Si bien atribuye a la sensualidad y a la dimensión estética la causa final de éstos episodios, Francisco evidencia que la casa es el lugar en donde aparecen elementos de goce caracterizados por el exceso. “*Cuando voy a casa yo no como...trago la comida. También veo tele a destajo.*” Sentimientos de culpa y mortificación moral emergen en su discurso: “*me siento frágil, culpable e impotente, siento que traiciono mis ideales*”. Respecto a la masturbación Francisco dice que cuando ocurre “*vuelvo a ser el que era; un desordenado sexual*”. Este significante es recurrente en la primera entrevista y cuando es marcado e interrogado por el analista señala: “*es que tuve relaciones sexuales*

con mis pololas y esas imágenes me vuelven. Yo soy muy sensual". Le pregunto por el desorden y agrega: "*no debería haber tenido relaciones prematrimoniales*". Francisco profesa una religión bastante estricta que inunda de prohibiciones la sexualidad.

Francisco relata que sintió que durante toda su infancia su casa y especialmente su habitación era "*mi fortaleza*" de la cual salía a visitar a sus padres al patio a hacer excursiones. Esta designación se conserva hasta la pubertad y los recuerdos de la masturbación puberal. El significante "*fortaleza*" evidencia la instalación de la transferencia cuando invita a analista a conocer su "*fortaleza*" a través de su relato en análisis.

Esta "*fortaleza*" se revive cada fin de semana cuando vuelve a su casa y, especialmente a su habitación que contrasta con la precariedad de su "*celda*" en la pensión en que vive en la ciudad donde realiza sus estudios: televisión, tortas, masturbación y esporádicamente pornografía en Internet.

Los excesos, la comida, la masturbación, la televisión designan el circuito por el que transita una satisfacción libidinal escondida del Otro. Goce contrabandeado, prohibido, pero obtenido bajo la condición misma de dicha prohibición. Ese goce se organiza en torno a los diversos objetos que Francisco guarda, retiene en su fortaleza. Son los objetos con los que el yo "hace pareja" sosteniendo una homeostasis libidinal que promete una totalización imaginaria del yo como forma de eludir la castración. Es la función de la significación fálica aplicada dichos objetos, tal como lo escribe la fórmula del fantasma $\Phi(a, a', a'' \dots)$, esa función es reservada por Francisco en la soledad de su "*fortaleza*", una soledad que rechaza al Otro, localizando en la masturbación la satisfacción propia del goce solitario del obsesivo. Esta satisfacción no responde de manera directa a la lógica de la demanda. Por el contrario se trata precisamente de la retención de una satisfacción que se aparta de la demanda, la demanda del Otro no regula ese goce el que queda al resguardo del Otro al interior de la "*fortaleza*" yoica que el sujeto construye para preservar su atesoramiento. Este es un punto de especial importancia para la clínica de la obsesión ya que se trata de un aspecto frente al que el análisis siempre encontrará resistencias. No es fácil que el obsesivo sintomaticamente esa modalidad de satisfacción que obstaculiza su deseo. Un obsesivo puede perfectamente analizar sus dudas, sus inhibiciones, sus impotencias, sin embargo suele existir muchas veces un núcleo de goce separado del Otro que el obsesivo reserva sin muchas concesiones. Si bien ese punto puede aparecer rápidamente en la sesiones, generalmente vinculado a la aparición de angustia, no suele ser un punto que el sujeto aborda decididamente como objeto de análisis. Por ello la viñeta ilustra un importante aspecto del caso, aquél en el que el sujeto transforma al analista en Otro transferencial al que permite el acceso a la "*fortaleza*" en la que se despliega aquél goce contrabandeado. Si

bien éste punto lo desarrollaremos en extenso en la discusión en torno al significante de la transferencia, es importante mencionar el valor que posee que el lugar del Otro transferencial no quede alineado de manera total con la versión del Otro del fantasma para que de esa forma la transferencia pueda funcionar como embrague al análisis. En este caso el Otro fantasmático es aquél Otro que el sujeto hace existir y del que oculta sus “*destajos*”, destajos que eluden el campo de la demanda del Otro, destajos que no ceden, que no articulan esa soledad al Otro del deseo. La invitación del analista a conocer la fortaleza marca precisamente el punto en donde esa modalidad de goce hace contacto con el Otro, articulando allí la transferencia en el sentido contrario a la repetición del exceso. En esta línea es que podemos decir que la posición del analista y la orientación del acto consisten en habilitar una articulación transferencial en dirección contraria al lugar del Otro en el fantasma. El acto apunta a abrir para el sujeto una versión del Otro que altere su deriva de goce permitiéndole encontrar nuevas soluciones a su relación con lo real en las que su deseo encuentre un campo de posibilidad.

Pasemos a revisar algunos aspectos de la dirección del acto analítico en la cura de la histeria. En el capítulo “*La dinámica del fantasma histérico*” se desarrolló las características esenciales a la organización del deseo en dicha estructura clínica. El deseo insatisfecho es el problema central el drama histérico, producto de la irremediable imposibilidad de la articulación del deseo y el significante. La no equivalencia entre deseo y demanda es signo precisamente de dicha incompatibilidad. Es en este punto que Lacan realiza un indicación precisa en la cura de la histeria en una cita realizada en el capítulo en cuestión. La indicación consiste en que el analista debe tener en cuenta que la histeria no puede ser satisfecha dentro del campo de la demanda, si bien el sujeto no lo sabe, el analista no puede no tenerlo en cuenta para dirigir el análisis. El sujeto histérico, al no saber de dicha imposibilidad, articula de manera permanente demandas al Otro como recursos potenciales de satisfacción, sin embargo estos tropiezan permanentemente con el fracaso. El reverso de esta situación es el efecto que la demanda del Otro posee sobre la dinámica del deseo histérico. La demanda del Otro apaga el deseo del sujeto ya que instala en el horizonte de la histeria la transformación de la condición de sujeto en objeto del Otro, por ello la dirección de la cura deberá calibrar la dimensión del pedido con el fin de implicar al sujeto. Así por ejemplo en casos en donde la indeterminación subjetiva de la histeria se vea

exacerbada la introducción de la demanda y el consentimiento del sujeto a ésta puede permitir una relocalización del sujeto en el fantasma.

Una de las problemáticas transferenciales a sortear en la clínica de la histeria es la tendencia repetir el lugar fantasmático del sujeto histérico consistente en hacerse el objeto causa de deseo, provocación del Otro para hacer aparecer el signo de su deseo e instalar en la situación analítica el escenario inconsciente de la repetición. Revisemos una viñeta que muestra en una secuencia de no más de diez sesiones la forma de articulación de la histeria con el Otro, y las dificultades en la articulación de la transferencia.

Viñeta 3: Caso Marcela

La siguiente viñeta corresponde a una breve secuencia de sesiones y nos permite plantearnos la pregunta acerca de las estrategias transferenciales en esas breves sesiones.

Respecto a su asistencia a las sesiones la secuencia es la siguiente:

1° Sesión: Asiste.

2° Sesión: No asiste.

3° Sesión: Asiste.

4° Sesión: Suspende telefónicamente.

Luego de esta suspensión espero unos días y la llamo.

5° Sesión: Asiste.

6° Sesión: Asiste.

7° Sesión: No asiste.

8° Sesión: Asiste.

En la primera sesión cuenta que viene recomendación de una amiga que le menciona que le podría hacer bien, peor que no tiene muy claro en que, cuenta que hace muy poco tiempo termino con su pareja debido a que se “*aburría*”. A la segunda sesión no asiste, vuelve a pedir una hora y señala “*te deje esperando*”. En la tercera sesión continúa una queja difusa en torno a la forma de ser de su ex-pareja. La cuarta sesión la suspende telefónicamente por razones de un cambio de turno en su trabajo. A los pocos días el analista la llama y le pregunta si continuará viniendo.

Responde “*necesitaba tanto ir, que bueno que me llamaste*”. Al llegar a la sesión señala “*gracias por llamarme*”. Se encuentra angustiada ya que ha descubierto que su expareja esta con otra mujer. “*Hay otra que está ocupando mi lugar*”. Asocia esta sensación con una situación en la que el hombre con el que se encuentra saliendo le pregunta “*¿done estas?*” ya que la notaba algo ausente. Dice “*me sentí vacía*”.

En el contexto de esta situación de angustia y de ruptura con la pareja el padre le ha dicho “*no sabes lo que quieres*”. De su ex dice que lo que la complica es que él “*siempre me busco*” y esta vez no ha sido así. El analista le señala: “*como si hubiera sido necesario que hubiera otra para querer estar ahí*”. A lo que sigue una serie de asociaciones “*yo creo que si, estaba en un lugar que nunca ocupe*”. Siente una responsabilidad respecto a su familia ya que aun vive con ellos “*una responsabilidad de no irme, nunca abandonar a mi familia*”. Respecto a las relaciones de pareja señala: “*tengo miedo porque es probable que yo sea quien abandone*”; “*todos los hombres de mi vida han sido así*” ella abandona y ellos la buscan y la protegen.

Reclama contra la situación actual “*¿él me tenía que buscar, siempre fue así!*”, “*nunca se ponía celoso*”, “*cuando le fui infiel yo quería que se enterara para que sintiera que podía perderme*” incluso ella le cuenta acerca de esta infidelidad y él no le cree. “*Ahora pienso que yo no he buscado a tantas personas*”, “*termino y estoy con otro*”, “*quizá yo siempre he necesitado pruebas de su amor*”. Revela que todas sus relaciones siempre existe algo oculto, alguna mentira. Respecto al “*aburrimiento*”, que es aquello por lo que termina con su pareja dice “*siempre siento que me estoy perdiendo algo*”, por ejemplo “*si estoy en pareja, no voy a*

poder tener libertad”, se definió inconforme *“hay algo en lo que no estoy inconforme: me encanta discutir”* Con sus papas cuenta que cuando era chica y había algo que no le gustaba, nunca decía nada. El analista le señala *“Es una buena manera de mantenerte inconforme”*. Recuerda que era *“rebelde”*, *“contra todo lo establecido”*, *“las niñas iban arregladas y yo iba y me compraba ropa en la ropa usada”*, *“yo quería estar en contra de todo”*. *“Tengo que tener una especie de contradictor”*. Se da cuenta que la otra mujer con la sale su ex pareja posee la misma profesión que ella y que funciona para sí como el contradictor que la mantiene movilizada. Concluye diciendo *“Yo siempre me preguntaba donde quiero estar, que estará pasando en otro lado”*. A finalizar la sesión señala que necesita una semana sin venir porque *“me da miedo enfrentarme a estas verdades”*. A la sesión siguiente informa que ha decidido no venir por la misma razón que antes había esgrimido.

Si bien es cierto las asociaciones libres de la paciente permiten pensar que existía una disposición favorable al análisis podemos preguntarnos ¿qué ocurrió que “abandonó”? Una hipótesis plausible es que efectivamente el analista encarnó el Otro de la fantasía: la buscó. La llamo. Respondió a la demanda, inscribiéndose en la serie de los hombres que la buscan. La desestabilización neurótica acontece en dos tiempos. En un primer tiempo cuando su ex pareja no la busca y ella comienza a notar algo extraño, y en segundo lugar cuando verifica la existencia de otra en su lugar, punto en el que emerge la angustia. Se perfilaban dos versiones del Otro para poder pensar las coordenadas posibles de la transferencia para Marcela. Por un lado el Otro que la busca y el Otro que la abandona. Claramente el analista encarno la primera versión frente a lo que la respuesta de Marcela no se hizo esperar: abandonó ella al Otro. La pregunta central, en lo relativo a la transferencia, es acerca de ¿qué lugar pudiese haber ocupado el analista para posibilitar el despliegue de la transferencia positiva y la instalación de las condiciones mínimas para las entrevistas preliminares? Es imposible saberlo a ciencia cierta, sin embargo una hipótesis puede ser levantada para reflexionar. Un lugar posible para iniciar el las preliminares pudo haber sido el del *“contradictor”*. Ese significante designa el papel que juega el Otro para Marcela como complemento a la verdad de su goce. El entretenimiento se sitúa en relación a la rebeldía contra lo establecido, es ese punto en donde la diferencia es significantizada fálicamente por el sujeto oponiéndose al campo del Otro. No es posible decir de qué manera ello podría haberse articulado transferencialmente, sin embargo era ese el punto en donde el inconsciente del sujeto se jugaba y desde el que se podría haber levantado la pregunta por su deseo. Contrariamente, al ser el analista el que la llamó quedo como el Otro buscador frente a lo que el sujeto repitió en acto la rebeldía dejando de asistir. La llamada operó como manifestación de la demanda del Otro ante la que el sujeto se sustrajo. El analista quedó esperando. El otro punto a destacar, en la misma línea, es el lugar de la otra

mujer y la emergencia de angustia. Precisamente es esta otra mujer el “contradictor” que anima el deseo de Marcela. Ello permite pensar que la ubicación del analista podría haberse orientado por ese lugar, sin embargo al quedar transferencialmente del lado de la serie de los hombres el desenlace fue desde la respuesta habitual a esos puntos de la estructura. Así el acto analítico extravió el camino por encarnar precisamente la demanda del Otro provocando una respuesta del sujeto acorde la lógica del fantasma con las que la histeria se las arregla con la demanda del Otro para sostener la insatisfacción de su deseo. Ello llevó a que el sujeto no se implicara requiriendo sustraerse del dispositivo como condición de mantenimiento del deseo.

Como intento de síntesis respecto al problema del acto analítico y la transferencia en la dimensión de la demanda, el deseo y las estructuras clínicas señalaremos algunas observaciones. En primer lugar diremos que la finalidad del acto analítico es la implicación del sujeto y en consecuencia la reducción de la incertidumbre a la que la cadena estructura de la cadena significativa lo tiene siempre reducido. Dicha implicación depende de que el sujeto acceda a poner como centro de las asociaciones libres una problematización de sus condiciones de satisfacción que conocemos bajo el nombre de síntoma. Para que ello tenga lugar se requiere la instalación de la transferencia como condición de posibilidad del ejercicio asociativo del paciente. En ese punto verificamos que es necesario que el analista pueda tener algún mínimo de cálculo acerca del lugar en el que es convocado en tanto Otro de la demanda y del deseo por la dinámica fantasmática del analizante para poder alojarse bordeando esa función e instalar así la transferencia como condición del ejercicio asociativo. Ello implica estar atento a los pedidos del analizante al Otro analista, a esa intransitividad de la demanda que generalmente se hace escuchar a nivel de la enunciación. Si bien poseemos ciertas generalidades para la histeria la obsesión, hay que consignar que es en la singularidad del caso a caso que el analista tendrá que encontrar una orientación. Así el acto del analista tendrá que sortear los vericuetos de la demanda para conducir al sujeto hacia sus condiciones de satisfacción inconsciente. Para ello no hay un camino trazado. Pero si algunos puntos de orientación. Entre ellos la convocatoria permanente de la demanda por parte del obsesivo y la tranquilidad que la aparición de ésta le aporta, así como el enigma que la abstinencia del analista a pedir puede llegar a abrir. La histeria en cambio responderá a la demanda del lado del Otro con su sustracción como forma de

preservar el deseo. Si embrago no dejará ella misma de demandar, de pedir, y eso por esa veta que el sujeto puede ser enganchado en la transferencia. El analista tendrá que cuidarse de responder a las demandas del sujeto con otra demanda, sólo en ese espacio de mantención de la insatisfacción de su deseo es que la histeria se podrá articular transferencialmente. Ahí donde el obsesivo demanda que le demanden, la histeria demanda que no le demanden. Con ello el analista ha de construir las estrategias del acto.

El destino del amor y del ideal del yo.

Los temas del amor y el ideal del yo son importantes referentes para sistematizar una orientación del acto analítico. Como hemos mencionado, Lacan sostiene que en la transferencia hay siempre una identificación en relación al analista. Esta identificación que tiene la función de definir aquello que el sujeto representa para el Otro, es una identificación que condensa una significación de la relación del sujeto y el Otro. El eje de esta identificación es el ideal del yo, instancia intrapsíquica constituida por un conjunto de significantes extraídos del campo del Otro. Con esos significantes el sujeto organiza su deseo en respuesta al deseo del Otro, obteniendo como resultado una posición de objeto para el deseo del Otro. La importancia de ésta identificación es que el analista se ubicará para el analizante a partir del ideal del yo. Revisemos una viñeta clínica extraída del seminario de Lacan sobre “*La transferencia*” en la que se refiere explícitamente al manejo de la transferencia como demanda de encarnación del ideal del yo.

Viñeta 4: Caso de Lacan

“Para terminar déjenme que les hable todavía del caso de una paciente. Digamos que se toma más que libertades con los derechos, sino con los deberes, del vínculo conyugal. Y que, por Dios, cuando tiene un lío sabe llevar sus consecuencias hasta el punto más extremo de lo que cierto límite social, el del respeto debido a la frente de su marido, le exige respetar. Digamos que es alguien que sabe sostener y desplegar admirablemente las posiciones del deseo. Y prefiero decirles que con el tiempo, dentro de su familia, quiero decir su marido y sus amables retoños, supo mantener del todo intacto un campo estrictamente centrado en sus necesidades libidinales, las de ella.....

....¿Qué es lo que yo durante un tiempo realizaba con ella? Los autores de este artículo nos darán la respuesta. Yo era su ideal del yo, en la medida en que era el punto ideal donde el orden se mantiene, y ello de un modo tanto más imperioso en la medida que, si todo el desorden es posible, lo es a partir de este punto. En suma, en esta época no era cuestión de que su analista pasara por ser un inmoral. Si yo hubiera tenido la torpeza de aprobar alguno de sus desmanes, el resultado hubiera sido digno de verse. Lo que es más, lo que ella podía entrever de alguna atipia de mi propia estructura familiar, o de los principios en los que se educaba a quienes están bajo mi autoridad, no dejaba de abrir para ella las profundidades de un abismo que enseguida se volvía a cerrar.

No vayan a creer ustedes que sea tan necesario que el analista ofrezca efectivamente, a Dios gracias, todas las imágenes ideales

que se suelen formar sobre su persona. Ella se limitaba a indicarme en casa caso todo aquello referente a mi sobre lo que no quería saber nada. Lo único verdaderamente importante era la garantía que tenía, pueden ustedes creerme, de que en lo referente a su persona yo no iba a soltar palabra.” (Lacan, 2003, p. 381)

La viñeta muestra precisamente el despliegue transferencial en torno al lugar del ideal del yo como punto de equilibrio de la relación transferencial. Observamos como la paciente mantiene una demanda intransitiva de una palabra que sancione, que califique el despliegue que realiza ante los ojos del Otro. La orientación de Lacan es precisa: evita en acto encarnar esa función del ideal del yo a la que la demanda de sujeto se dirige. Así el analista al no encarnar el ideal del yo destituye la función de la demanda del Otro del campo psíquico del analizante, abriendo la posibilidad de que aparezcan y se cuestionen las identificaciones que fijan al sujeto en formas de demanda que son calificadas como regresivas. Este movimiento hace posible el aislamiento de los S_1 que forman el ideal del yo y que localizan el sujeto representándolo ante el Otro y determinando su organización libidinal. Recordemos que en el *Seminario XI*, Lacan proponía que la interpretación debía introducir una distancia entre el ideal del yo y el objeto a para así disociar los efectos de determinación que lo simbólico posee sobre la dimensión libidinal del sujeto.

Otra forma de nombrar la estrategia que se deriva de ésta orientación de Lacan es que el analista debe cuidar de no confirmar al sujeto acerca de la forma en que éste imagina ser algo para el Otro, es por eso que Lacan no suelta palabra acerca de la persona de su analizante ya que ello hubiera confirmado la significación de la “atipia” desde el lugar del ideal del yo, produciendo una estabilización del yo ideal del sujeto. Para ello el analista debe poder precisar, en alguna medida, algunos de los significantes implicados en la constitución del ideal del yo para así poseer algún nivel de cálculo que le permita orientarse en la dirección de su acto.

Pasemos ahora a la articulación del concepto de ideal del yo con el de la metáfora del amor. Esta articulación se centra en la idea de que los significantes que componen el ideal del yo son aquellos en los que el sujeto se ha identificado fálicamente por haber leído en éstos la señal del deseo del Otro. La demanda de amor es una demanda en la que el sujeto pide al Otro la confirmación de esas identificaciones. Esta confirmación se realiza si el del deseo del sujeto, al estar atrapado en la demanda que realiza al Otro, obtiene la

transformación del Otro en deseante. Esta demanda del sujeto es intransitiva por dirigirse precisamente a provocar dicha transformación en el Otro, es éste aspecto de intransitividad el que Lacan denomina demanda de amor. Son los S_1 del ideal del yo los significantes con los que el sujeto se presenta como amable para el Otro persiguiendo producir la metáfora del amor con el analista. El analista ha de orientarse a recusar dicha tendencia del sujeto. No responder a la demanda de amor como confirmación de la ubicación como objeto del ideal del yo puede proponerse como un principio del acto analítico.

Agreguemos a esta reflexión la noción de objeto agalmático como objeto parcial, antecedente del concepto de objeto a , y motor de la metáfora de amor. Este objeto será algo así como una posesión supuesta al amado. El amante supone en el amado la existencia de un objeto que lo hace amable. Cuando la metáfora del amor se realiza lo que acontece es que cuando el amado se transforma también en amante pasa a encarnar dicho objeto, identificándose a él y proponiendo al otro término de la metáfora como un objeto digno de dicho amor. En este proceso de articulación y transformaciones subjetivas destaca el aspecto de la relación de saber no sabido que el amado ha de poseer en relación al objeto agalmático. Una condición para que la función agalmática se active es que el amado mantenga una relación de desconocimiento con la posesión del objeto, es decir debe comportarse como si no lo tuviera. El deseo, por tanto se pone en juego por la articulación de un juego de semblantes. El analista toma posición en la transferencia como si estuviese en posesión supuesta de dicho objeto, sin embargo no debe encarnarlo. De ahí que Lacan tome como ejemplo de éste manejo la respuesta de Sócrates a Alcibiades en la que el primero precisamente rehúsa encarnar al objeto supuesto por el segundo, evitando así la realización de la metáfora del amor. Esta intervención va precisamente en la dirección contraria a la que tenía la interpretación de Freud a Dora. Es en esta misma dirección que Lacan construirá la estructura del discurso analítico en la que ubica precisamente al analista en la posición de objeto causa de deseo. Precisamente es el objeto el que interpela a los S_1 , significantes del ideal del yo, para así producir al sujeto.

Finalmente se considera importante retomar la indicación del *Seminario XI* en torno a la mantención o acentuación de la distancia entre el ideal del yo y el objeto como objetivo de la interpretación ya que justamente esa distancia es la que evita la identificación del analista al amante y en consecuencia la encarnación del objeto agalmático. Realizar la

metáfora del amor es precisamente realizar la conjunción entre el Ideal del yo el objeto *a*. El acto analítico no consiente a ello.

El Sujeto-supuesto-saber y el significante de la transferencia.

A continuación se abordará un punto específico de la dirección de la cura en la orientación lacaniana, la entrada en análisis. Tal como se señaló con anterioridad el comienzo de un análisis debe considerar ciertas condiciones de organización subjetiva que permitan el funcionamiento del dispositivo psicoanalítico. La sistematización de los síntomas junto a la producción de la suposición inconsciente son precisamente los efectos esperados de las entrevistas preliminares. El pasaje a la analizabilidad es permitido por la instalación de lo que Lacan denomina el significante de la transferencia (*St*) cuya lógica describimos en un capítulo anterior por lo que a continuación interesa mostrar en dos viñetas clínicas las consecuencias de esta estructura conceptual. Este significante funciona como el embrague, resorte de la suposición y de la asociación libre. Una de las condiciones fundamentales que mencionamos con anterioridad, y que ilustraremos clínicamente a continuación, es aquella que dice relación con que el significante de la transferencia ha de producir un efecto de significación enlazada al analista que implique un contrasentido a la repetición del síntoma. En este sentido es que del significante de la transferencia se esperaría una ubicación del analista a un costado de los efectos del ideal del yo producidos por los *S₁* que lo componen. Si el analista quedase ubicado en una posición tal que encarnase el ideal del yo, entonces la transferencia se desarrollaría en dirección a no ser nada más que la repetición en acto de un circuito de satisfacción pulsional, ello impediría los procesos de elaboración y reelaboración psíquica que el mismo Freud describió en unos de sus artículos sobre técnica analítica. Este aspecto es la vertiente de cierre del inconsciente que la transferencia posee.

En la primera viñeta observaremos la función del significante de la transferencia en el sentido de la apertura hacia la analizabilidad, mientras que en la segunda corroboraremos

los efectos de transferencia negativa que se generan al sancionar de manera equívoca la entrada en análisis.

Viñeta 5: Caso Carlos

Se trata de un joven adolescente en edad escolar que es llevado por sus padres contra su voluntad luego de protagonizar un episodio de insultos a autoridades del establecimiento educacional durante un acto público.

Durante las primeras sesiones se mostraba absolutamente desmotivado, balbuceando frases casi inentendibles que demostraban su desinterés por estar allí. Permanentemente afirmaba no tener ningún problema de los que mencionaba su madre.

La transferencia se instala definitivamente cuando en uno de estos primeros encuentros, por primera vez, Carlos enuncia una frase en forma clara, precisa y comprensible: *¿es usted casado?*, indicando el anillo matrimonial del analista, quien responde que sí y pregunta qué es un anillo de este tipo. “*Un símbolo de amistad... amor... este anillo (indica el suyo) me lo regaló mi ex. Siempre estaba conmigo cuando tenía problemas*”. Pocos días antes la ex, un par de años mayor, lo deja. Cuenta que si bien no está triste: “*con mi ex no me cerraba, le decía todo aunque le cayera mal*”. De ahí en adelante el habla de Carlos será paulatinamente más clara y articulada. Aparece por primera vez el significante problema sin la negación. Carlos asistirá durante ocho meses en forma ininterrumpida a las sesiones, avisando previamente retrasos e inasistencias por motivos de salud. La transferencia, en tanto introducción del Otro, permite que las demostraciones del *acting out* como llamada al Otro se incluyan y puedan ser articuladas en la sesión analítica, una nueva escena para el sujeto donde puede decir algo de su verdad. Los efectos terapéuticos aparecen al poco andar: las discusiones y agresiones disminuyen en casa y en el colegio, el oposicionismo se reduce y aparece más tranquilo en los diferentes contextos sociales. El *acting-out* se metaboliza en la transferencia analizada. La transferencia salvaje comienza a analizarse.

La posición del analista se aleja de toda posibilidad de intentar domesticar a este sujeto: no hay interdicción del *acting out*, se le pide hablar. El maniobrar se orienta esencialmente a situar el deseo del analista a flor de piel con una presencia activa articulando la cadena con los significantes que él trae a sesión, dando un lugar a este sujeto. Así, el trabajo con este sujeto, que llega enmudecido y sin darse a entender, historiza y da lugar a los eventos y sus experiencias vitales sin deslizarse hacia el silencio que habitualmente emerge en una sesión con pacientes neuróticos. En esta construcción aparece con precisión el inicio de los desbordes y la desregulación del último período, que se conectan con el significante “*anillo matrimonial*”: el padre y la madre conjuntamente habían anunciado a los hijos que se separarían... sin indicar cuándo, ni cómo, sin coordenadas temporales ni espaciales.

Si bien no se trata de una entrada en análisis, ya que no existe la formalización de un síntoma analítico, observamos claramente como el significante “*anillo matrimonial*” ubica al analista en una posición de simetría con Carlos lo que permite un trabajo que se orienta en un sentido contrario a los efectos que la autoridad tenía para él. La pregunta por el anillo dirigido al analista vehiculiza un cierto enigma en torno a la unión entre hombre y mujer instalado del lado del analista un cierto saber en torno a ello. En esta misma línea es que una de las ramificaciones de la significación del anillo es “*estar conmigo cuando tenía problemas*”, así el analista queda inscrito en esa serie y no en la de aquellos con los que tenía problemas. Se abre un lugar en el Otro en que Carlos puede encontrar Otro que

acompaña y con el que no es necesario enfrentarse. Se posibilita así la instalación de un lugar en el que la elaboración de un saber permitirá la reducción de las actuaciones. Este Otro que acompaña reestablece las funciones del fantasma permitiéndole al sujeto obtener una escena sobre la que poder desplegarse.

En dirección contraria apunta lo ocurrido con la siguiente viñeta:

Viñeta 6: Caso Patricia

Consulta por depresión. Tiene 30 años y tiene 1 hijo y es separada. Cuenta que algunos fines de semana no tienen ganas de levantarse. Una de las líneas identificatorias importantes es la de ser una “*combativa*”, significación que la lleva a un permanente conflicto con distintas figuras del Otro. En su historia existe un embarazo a los 18 años que la va a marcar articulando la reacción de los padres en ese momento. Un lapsus del actual pololo la molesta, éste la llama por otro nombre y lo interpreta como que “*él podía pensar que yo era una cualquiera*”.

El significante una cualquiera, lleva dos líneas asociativas: “*una mas*” y “*una mujer de la calle*”. Así comienza a recordar sus relaciones con sus parejas y señala; “*esto no se lo había contado a nadie*”, “*te vas a tener que vestir más clarito porque pareces sacerdote y va a ser más difícil*”. Cuenta en una ocasión el padre le reprocha su embarazo temprano. Ella le dice que ella hace lo que quiere con su vida. A partir de ese evento comienza a aceptar invitaciones de muchos hombres. Así un tema permanente de análisis será el conflicto entre las prohibiciones y el reproche paterno con su permanente desafío desde la sexualidad al Otro.

Hacia el final de las sesiones que duraron unos 6 meses dice haber estado pensando en no venir dice “*yo no estoy obligada a hacer algo que no quiero hacer*”, “*me siento incomoda, como rindiendo examen*”.

En este breve extracto del caso observamos un importante dificultad transferencial que dificulta el análisis de Patricia. En primer lugar debemos mencionar que el significante “*sacerdote*” asociado a la dificultad de hablar de ciertos temas es precisamente un significante que, del lado del Otro, hace pareja con el ideal del yo de Patricia. Así esa suerte de ironía revela la significación con la que ella se ubica en relación al Otro. Significación de secreto no revelado y punible en torno a su goce sexual. Es una identificación en la línea paterna que condiciona los circuitos de repetición en los que ha navegado el goce del síntoma. Es así como en este caso el haber sancionado la entrada en análisis en dicha secuencia significativa, condicionó la salida del mismo ya que no se trataba de un significante ubicable como St, sino de una repetición bajo transferencia. Ello se verifica en la frase pronunciada en la última sesión “*yo no estoy obligada a hacer algo que no quiero hacer*”, frase que condensa precisamente el conflicto psíquico que Patricia posee con el padre y que se expresa de manera trascendental en el Sí “*combativa*”, con el que ella se ha hecho representar en la vida ante el Otro. Su salida es la actuación de su combate frente al Otro que prohíbe en el que el analista había quedado transformado. La prohibición y el

castigo hacían de Patricia una combatiente también bajo transferencia. El error consistió en no haber cultivado el contrasentido necesario para el despliegue de la transferencia positiva. Dicho en términos de demanda, diremos que de manera indirecta se respondió la demanda que ella dirigía al Otro, permitiéndole confirmarse en su identificación combatiente. Evidentemente no se trataba de la apertura al inconciente gracias al efecto de suposición.

“*Anillo matrimonial*” y “*sacerdote*” son significantes que poseen distintas direcciones o aperturas a secuencias significantes. El primero opera como resorte al lazo asociativo del psiquismo de paciente, con lo que la elaboración psíquica hace retroceder las actuaciones. En cambio el segundo condensa el conflicto psíquico trabando los encadenamientos asociativos.

Se desprende que la entrada en análisis es un acto analítico si efectivamente instala un efecto de suposición y un contrasentido a la repetición del síntoma. La suposición es el resorte del trabajo analítico y si bien el acto analítico debe instalarla en un primer momento, luego debe deshacerla para alcanzar el final de análisis. De esta forma el acto analítico apunta a producir al sujeto como resultado del análisis. Al sujeto con efecto de certeza y sin división. Por tanto el acto se orienta en dos líneas: en primer lugar a producir la división subjetiva como cuestionamiento a los significantes del ideal del yo (S_1) y en segundo a sancionar los puntos en donde el sujeto alcanza certeza sobre el goce.

***Transferencia, objeto a y fin de análisis:
hacia el sinthome y la posición del analista.***

El problema de la transferencia y el objeto *a* remite, tal como lo describimos en el capítulo correspondiente, a las implicancias clínicas de la articulación de un goce cuya referencia no es el campo del Otro, pero que de todas formas pasa por el campo del Otro. En este sentido es que el goce cuya consistencia lógica Lacan denominó objeto *a* es una forma de comprender la transferencia en la que se incluye el problema clínico del goce y la pulsión transformando la concepción clínica del problema del deseo y el Otro. Esta transformación se expresa en el hecho de que el goce remite a la práctica erógena del sujeto y el cuerpo, lo que Lacan rebautizó como *parletre*. En cambio la dimensión del deseo y el Otro remitían de manera dialéctica al *deseo del Otro*, materializado en las incidencias subjetivas del significante fálico. Esta última dimensión se expresará claramente en la construcción del fantasma descrita en los testimonios del pase de Mauricio Tarrab. Resulta interesante revisar cómo es que con la cuestión de la relación transferencial del lugar del analista y el objeto *a* Lacan transforma la transferencia en una vía de abordaje de ese goce que sólo de manera utilitaria transita por el Otro. Esta concepción se puede observar por ejemplo en la estructura del discurso analítico en la que precisamente el lugar de agente del analista se encuentra representado por el objeto en cuestión. Las diferentes nominaciones que esta dimensión adopta a lo largo de la enseñanza de Lacan tendrán su punto de arribo en el concepto de sinthome. Goce autista, dimensión investida del cuerpo, resto no significantizado, reserva libidinal, goce que escapa a la castración, son todos intentos de nombrar la dimensión de la constancia irreductible de una manera de satisfacerse por parte del sujeto. El cambio en la concepción del síntoma, de significante a letra, es un gesto en el que se destaca el valor de goce del síntoma, valor ya no sustituible por los mecanismos de la significación. De ésta forma el final de análisis se redefine precisamente por la

concepción de un punto de llegada en el que la transformación de ese valor de goce constante del síntoma en una fórmula funcional de satisfacción que adquiere la denominación de *sinthome*. Ese pasaje se vuelve co-dependiente de la destitución de la función del sujeto-supuesto-saber ya que la reducción y el desabonamiento de lo inconsciente por parte del analizante conllevan a la formalización de la función *sinthomática* como nueva organización de los circuitos libidinales. Por esto último es que la relación transferencial se ve también profundamente transformada. Es precisamente en la profundidad de dicha transformación que Lacan propondrá encontrar los fundamentos para la producción del deseo del analista como resultado de la reorganización de la relación del sujeto con el saber y el goce como saber-hacer. El pasaje del analizante a analista se verificaría precisamente por una modificación de la dimensión del goce de síntoma.

Para ilustrar este aspecto de la relación del goce, primero como objeto *a* y luego como *sinthome*, con la transferencia abordaremos una síntesis de los testimonios del pase de Mauricio Tarrab. Resumiremos a continuación algunos aspectos relevantes de cuatro testimonios “*Y el soplo se vuelve signo*”, “*La identificación no es el destino*”, “*Entre el relámpago y la escritura*” y “*Una piedra prehistórica y un vacío*”.

Viñeta 7: Testimonio del pase de Mauricio Tarrab

El sujeto llega a análisis con una fuerte angustia y un importante temor de morir joven y dejar huérfana a su hija. En esta formulación del síntoma ya se encuentran anudados los signos que hacia el final se revelarán como organizadores del goce. Con respecto a la neurosis infantil se ubicará un recuerdo de su asistencia al psicólogo a los 5 años en una institución de niños con problemas neurológicos. Este es uno de los elementos que ubica del lado del Otro materno una interpretación del deseo de ésta en términos de *ella lo quería enfermo*.

La identificación que determinó la elección profesional se encontraba organizada en el ideal del yo a partir de un altruismo en el que el sujeto se empeñaba en *cuidar al Otro*.

Dos recuerdos infantiles se presentan como los bastidores de la constitución subjetiva y como las condiciones de causa y determinación del goce sintomático. El primer recuerdo es del orden del primer elemento de la metáfora paterna, precisamente aquél en el que el deseo de la madre (DM) coagula la identificación primordial del sujeto al rasgo unario. Siendo muy niño se encontraba en un túnel, sale agitado del este, sube una escalera corriendo y al llegar arriba tiene un desmayo. Frente esta escena la madre atribuirá la *causa* de dicho desmayo a “*un soplo en el corazón*”. Así el significante soplo se anuda al cuerpo del sujeto en el punto en el que precisamente éste padecía el exceso de esfuerzo. Si bien el niño no conocía el significado de aquella frase, el equívoco y la autonomía del significante determinarían de todas formas el destino del sujeto.

El segundo recuerdo permitirá la construcción del fantasma. El padre había estado a punto de morir por una enfermedad pulmonar, para su rehabilitación debía inflar con su soplido la cámara de una pelota de fútbol. *Ser el soplo que le falta al padre* será la fórmula fantasmática que identificará el ser del sujeto y recortará la modalidad del objeto invocante.

En el pasaje entre ambos recuerdos se observa la manera en que el nombre del padre tramitó el significante *soplo* proveniente del primer recuerdo. Así alentar al Otro será la modalidad de goce que el fantasma organizará y que la manifestación sintomática del temor a morir joven y dejar a la hija huérfana pondrá en cuestión. Esta será también la versión edípica del deseo de desempeñarse

como analista en la que alentar, sostener a los pacientes será un alojamiento fantasmático en la función del analista. Así Tarrab realizará una trascendental invitación a los analista a prestar atención en su proceso de formación a la pregunta acerca de ¿con que fantasma analizan a sus pacientes? Pregunta no menor ya que nos lleva precisamente a la separación entre el deseo del analista y el análisis de la contratransferencia.

Un tercer recuerdo precisará más aun la lógica del fantasma. Mientras el padre dormía siesta el niño se acercara al pecho de éste tratando de igualar el ritmo de la respiración y vigilando que la del padre no se interrumpiera. Tarrab relata que la construcción del fantasma es un deslumbramiento, sin embargo no es suficiente ya que éste ocultaba un circuito pulsional separado del Otro, en el orden del goce autista. Ese circuito implica *retener al Otro*, no se trata de que el Otro requiriese del aliento del sujeto, sino de la exigencia del sujeto de la castración del Otro para alojarse en ella y así poder alentarlo con la estabilidad del fantasma. No se trata de la relación del soplo con el Otro sino de la del sujeto son su propio soplo.

Hacia el final del análisis se desarrolló un contradictorio efecto de cuestionamiento a la elección por el psicoanálisis. Allí donde se suponía que el deseo del analista debía aparecer como prueba del pasaje de analizante a analista, se había producido un cuestionamiento de la posición de analista. Este efecto era producto precisamente de la destitución de la identificación fantasmática de *ser el soplo que alienta al Otro*.

Transferencialmente el fantasma no dejaba de hacerse presente ya que los reproches hacia el análisis mismo y la demanda de una solución al analista mostraban esa vertiente del Otro agujereado ante el que el sujeto se ubicaba como el aliento. Se trataba de un necesario pasaje de la impotencia del Otro a la imposibilidad como versión de un Otro que no existe, abriendo el destino del sujeto a la contingencia. Ese pasaje comenzaba a encarnarse transferencialmente hacia el final del análisis. La destitución del sujeto-supuesto-saber podrá efectivizarse sólo en la medida en que el analista suspenderá en acto la posición de Otro a ser alentado por lo que el sujeto le iba a hablar en análisis. Así el acto analítico, para alcanzar el fin de análisis, no se orienta sólo a abrir la posibilidad de la construcción del fantasma, sino también a no responder en acto a la demanda del sujeto que pretendía mantener el circuito pulsional en el que el Otro era retenido para soplar en su agujero a través de las asociaciones en diván. La posición del analista se mantiene firme en no emitir palabras, poniendo en acto el hecho de que la clave que permite ir más allá del fantasma no puede provenir del lado del analista. Hacia el final del análisis un acontecimiento sintomático pondrá en duda lo obtenido. El sujeto tiene un ahogo nocturno. La asociación dice: *si me ahogo, entonces el aire puede faltarme a mi, y eso es estar fuera del régimen de ser el aliento del Otro*. El analista asiente y pregunta: *y entonces...¿qué más?* Se despiden.

Los puntos centrales a destacar en este breve resumen son en primer lugar el destino del goce bajo la forma de objeto *a* primero y de síntoma como modo de goce luego, en el final de análisis. En segundo lugar la transformación de de esa dimensión de goce en *sinthome* en el análisis y la relación de esa transformación con el acto analítico y la transferencia. En tercer lugar la producción del deseo del analista como consecuencia de dicha transformación.

En primer lugar la dimensión del goce se precisa en el significante *soplo* como determinante del circuito pulsional a partir de la incidencia de la lengua materna en el cuerpo del sujeto. Será ese significante el hueso del síntoma, el que hacia el final del análisis, se verá reducido en sus efectos de sentido para quedar aislado en su función de letra. Ese pasaje se hace posible por una dimensión del acto analítico que apunta más allá del fantasma. Ello se encuentra irremediamente ligado al manejo de la transferencia.

Respecto a ésta debemos mencionar los dos niveles. Un nivel fantasmático ligado a *alentar al Otro*; y un nivel que llamaremos sintomático (en el sentido del síntoma como modo de goce) y que se expresa en la propia relación del sujeto con el *soplo*, para lo cual debe *retener al Otro*. Como relata Tarrab el análisis llevado hasta el punto de la construcción del fantasma, es decir hasta la dimensión del soplo que alienta al Otro, de lo que queda, una dimensión no resuelta o más bien irresoluble como resultado del análisis. Ahí donde esperaba una solución final a sus padecimientos se instala una incertidumbre que teñía todo el proceso analítico. La transformación de ese resto en *sinthome* se resolverá a nivel del manejo de la transferencia en la que el sujeto demandaba una solución de certidumbre final al analista. El pasaje en el que el sujeto profiere “*el soplo puede faltarme a mí*” designa precisamente la desarticulación del soplo y el Otro; la interpretación avala precisamente esa conclusión. Así se aísla un soplo cuya referencia ya no se busca en el Otro sino en el propio circuito del sujeto.

Es este mismo pasaje el que reorienta la posición del analista y la producción del deseo del analista. El capítulo “*El deseo del analista y la contratransferencia*” desarrollamos la pregunta acerca de las condiciones libidinales del analista que le permiten desempeñar su función y la incidencia que esas mismas condiciones poseen en dicho desempeño. Allí mencionamos distintas maneras de abordar el deseo del analista, todas ellas aludían a la necesidad de que el deseo del analista pudiese suspender el proceso de dependencia al Otro que el sujeto en análisis instala transferencialmente por el fantasma. Así el desafío al analista es poder desprender sus propias condiciones fantasmáticas de las del sujeto. El testimonio de Tarrab alude precisamente a este punto ya que la formulación fantasmática de ser el soplo que le falta al Otro venía a responder a la posición analítica en la medida en que se ofrecía a los pacientes como solución a la castración. Si bien el testimonio del caso no es explícito en ese punto, es posible suponer que el final de análisis y la apropiación del *soplo* permitieron al sujeto una nueva versión del deseo del analista ya no determinado por el fantasma. Para forzar las cosas podríamos pensar que el pasaje es algo así como: de analizar para ser el soplo del Otro, a analizar desde una posición en la que a él también le puede faltar el soplo. De ubicarse en función del agujero del Otro a ubicarse en función del agujero propio. Esas transformaciones son del orden de la transformación *sinthomática* ya que invierten la función de la causa, lo que se relaciona con

la dimensión del acto analítico que habíamos definido precisamente en la dirección de *causa de deseo*. Se trata de invertir el lugar de la causa. Así en la dinámica fantasmática el soplo es la respuesta del sujeto al agujero en el Otro, el que queda como la causa del soplo. Esto se observa en el Testimonio en los dos momentos de articulación de dicha respuesta, la palabra de la madre y la castración del padre. En la transformación sinthomática el soplo ya no queda del lado del efecto, sino de la causa. Así al revisar la totalidad de los testimonios vemos que el soplo, que en un primer momento había ubicado el exceso de agitación del lado de la castración, pasa a ser el propio aliento con el que el sujeto sopla las velas de su destino. Es incluso el aliento que hace que el analista siga, con su soplo alentando su práctica, su trabajo en la escuela y también el arduo trabajo de los testimonios.

Transferencia y lazo social: para una política del acto psicoanalítico.

Una forma de introducirnos en la discusión en torno a la relación entre el acto analítico, la transferencia y la lógica de los discursos como abordaje lacaniano del lazo social es preguntarnos por aquel aspecto que utilizaremos como referente para tal discusión. Todo discurso intenta dominar el goce a través del agente o dominante, siempre hay un resto de goce no dominado, ese resto retorna en el lazo social bajo la forma del sufrimiento del síntoma. Así el síntoma es una resistencia de la singularidad del sujeto y su modo de goce a las dominancias discursivas de su contingencia. Al ser los discursos formas de tratamiento del goce, destacaremos que la particularidad del discurso analítico es sostener la existencia de una imposibilidad de articulación absoluta entre el goce y el significante, entre lo real y lo simbólico. Esta perspectiva supone que el psiquismo es el resultado de soluciones inacabadas a ese problema. Así mismo el sufrimiento al que el psicoanálisis se ofrece como tratamiento es el resultado de las inadecuaciones que las soluciones individuales y sociales ofrecen a éste imposible. El síntoma, como inadecuación entre el sujeto, el goce y lo social es el testimonio veraz de ese imposible que Lacan propuso denominar “no hay relación sexual”. Esta inadecuación tiene siempre su retorno en cada uno de los discursos que intentan tratarla, ese retorno es el resto de goce, el *a*, que la organización significante de cada discurso no logra cernir. En consecuencia diremos que el acto analítico se caracteriza por otorgar una forma de tratamiento a ese goce que se circunscribe por diferenciarse de los otros discursos. El discurso del amo domina poniendo en acción al otro, al esclavo que detenta el saber-hacer. El discurso el amo implica una relación fundacional del goce y el significante, del que el sujeto es efecto. Esta relación fundacional implica la fijación que determina el lugar en el que el sujeto puede surgir. El discurso histérico intenta dominar con el enigma que lanza hacia la impotencia del significante amo. Si bien devela es impotencia, mantiene la disociación entre el saber y el

goce precisamente como una forma de tratamiento posible. El discurso universitario domina con el saber, un saber burocratizado que en los últimos años a dado lugar a lo que en Francia se ha denominado la ideología de la experticia. En el discurso capitalista domina la castración, la falta y la promesa del objeto como solución a esa falta. Así el tratamiento de la inadecuación implica el ofrecimiento del objeto como promesa de satisfacción absoluta, es al promesa de un objeto que satisfecería lo imposible, precisamente por ello revela siempre en el corto plazo su impotencia, alimentando así una proliferación absoluta de objetos de consumo a digerirse en la misma imposibilidad.

El discurso analítico considera que el inconsciente mismo es ya una forma de tratamiento de la brecha entre significante y goce de la que proviene el malestar del síntoma. Por ello el tratamiento psicoanalítico se ofrece como un dispositivo de encuentro con una analista que permita desmontar la forma de tratamientos sintomática que produce malestar como consecuencia del retorno del resto de goce no tratando por lo simbólico. El acto analítico es la acción del analista que persigue producir un tratamiento del goce que reduzca los efectos de inadecuación que producen el malestar. Así la transformación del síntoma en sinthome persigue precisamente la modificación de la disfuncionalidad del síntoma, índice de la inadecuación disfuncional de significante y goce, para posibilitarle al sujeto la invención de un instrumentos subjetivo con el que articular sus satisfacciones con la contingencia del mundo y la vida.

Sin prejuicio de lo anterior existen situaciones clínicas en las que el discurso analítico opera más que desmontando, posibilitando un montaje. Generando condiciones para la producción, por parte del sujeto, de un aparato que le permita articular significante y goce en un síntoma como forma de tramitar la relación de dependencia en la que el sujeto nace respecto al campo del Otro. Será ésta precisamente la orientación de la viñeta clínica que revisaremos y discutiremos a continuación.

Viñeta 8: Caso Manuel

Se trata de un caso atendido en un consultorio universitario. Manuel tiene 10 años y es traído por su madre, como tantos otros niños, por haber hecho síntoma al discurso universitario, es desordenado en el colegio, atrevido en la casa y quiere jugar a la pelota todo el día. Se trata de un niño que se desajusta de la norma. En la primera sesión la madre de éste niño dirá, en presencia de él: *“pero tengo un secreto que no se lo puedo decir frente a él”*. Llama la atención esta declaración de la madre que será el eje de las alrededor de 12 sesiones en las que Manuel concurre al consultorio.

Estamos frente a una situación de escasos recursos y de una contingencia familiar que operar como indeterminante para Manuel.

Vive con su madre y dos hermanos de 5 y 7 años, uno de ellos presentaba una enfermedad invalidante por lo que capturaba la atención de la madre. En la misma casa vivía un tío abuelo, nombrado como el tata y el padre, del que luego nos enteraremos que no es el padre biológico de Manuel pero sí de sus hermanos. Además de ellos vive un tío cercano. El padrastro de Manuel aun vive con él sin embargo la madre aclara que ya no son pareja y que ella mantiene una relación con otra persona.

El secreto al que hiciera referencia la madre consiste en que Manuel es hijo de una relación pasajera y su madre en un principio no deseaba tenerlo señalando que incluso se golpeaba la guata con intención de detener el embarazo, sin embargo al nacer dice haberse sentido madre. Esta situación es depositada sobre el terapeuta, no sin sorpresa, con la siguiente demanda: *“Le cuento o no le cuento? que hago? Esta bien o no?”*.

Hasta acá tenemos un primer momento lógico que da cuenta de las coordenadas significantes en la que Manuel se inserta como condición de sujeción para su posición de sujeto. La madre deposita lo no dicho, el secreto sobre el nacimiento de Manuel en el terapeuta y dirige su demanda hacia este, el que responderá de manera decidida con una no respuesta esa demanda. El secreto vela la historización de los deseos parentales, lo no dicho obstaculiza la articulación de una verdad de la pareja parental y sus implicancias para el inconsciente del niño. Es en este punto de suspensión que el lugar del analista se alojara para producir un viraje en la dirección de la lógica del ciframiento.

Durante las primeras sesiones Manuel no habla mucho sin embargo siempre manifiesta su deseo de asistir a las sesiones las que transcurren principalmente en torno a juegos consistentes en armar y desarmar torres en ausencia de un tema central de conversación. En un abordaje explorativo del funcionamiento familiar se observa una desregulación importante del funcionamiento del ordenamiento simbólico, no existiendo reglas ni horarios, llegando incluso en ocasiones al olvido de darle comida al niño por parte de la madre. No existían ni horarios de dormir ni regulaciones en la alimentación.

Un segundo movimiento por parte del terapeuta consistirá en entrevistarse con la madre y sugerir que si ella no establecía ciertas reglas sería muy difícil poder hacer un trabajo con su hijo. Con ello la madre comienza a ordenar el almuerzo, la hora de acostarse y entrega horario de entrada a la casa a Manuel. Esta intervención tendiente al acotamiento de la dispersión subjetiva de la madre repercute claramente en la regulación de Manuel quien sin saber muy bien porque puede decir *“estoy viniendo para acá y me estoy portando mejor”*.

Tenemos un primer momento lógico que incluye dos movimientos. En primer lugar hacerse depositario del secreto y no responder a la demanda de un significativo amor por parte de la madre respecto a la situación del secreto. Y en segundo lugar operar introduciendo una limitación a la madre que le permite al niño obtener un efecto de localización en relación al Otro.

A partir de este punto se desarrollará un segundo momento marcado por la fantasía de enfermedad de la madre, la que al ser preguntada acerca de a que atribuye ella las dificultades de su hijo señala en puede que lo haya afectado el hecho de que ella en una ocasión le dice al niño *“esos que están allá son tu abuelos”* Manuel pregunta porque y ella le dice que no le puede decir. A partir de ahí la madre señala que el niño comienza a presentar el mal comportamiento que los hizo consultar. En ese contexto el niño ha comenzado a preguntar por el hecho de llevar dos apellidos iguales. Ante esta pregunta la madre no responde. El suspenso, la indeterminación de parte del otro materno en torno a la cuestión del origen y la filiación dejan vacante una de las funciones primordiales del lugar del Otro como instancia simbólica señaladas por Lacan, esto es permitir responderse a las preguntas por el origen, el nacimiento.

Durante algunas sesiones Manuel se muestra notoriamente menos activo y suele responder a las preguntas del terapeuta con un *“no se”* o un *“estoy aburrido”* señalando que no desea continuar viniendo. Simulaba dormirse en sesión y ante el silencio del terapeuta abre un ojo como para confirmar algo y luego lo cierra rápidamente. Había algo así como una puesta a prueba del Otro en la transferencia.

Una circunstancia de la contingencia impulsará un viraje en el desarrollo del caso. Hay un campeonato de fútbol y para poder inscribirse necesita hacerlo con el nombre y llevar el carnet de identidad, documento que Manuel no posee. La madre comenta que dentro de la semana se hizo pipi en la cama, atisbando que al parecer esta situación de la inscripción resultaba un tanto compleja.

En sesión se toca el tema del padre y de no tener papa, sin embargo cualquier pregunta lo hacia enojarse al tiempo que realizaba un ruido constante con una pistola de juguete. En un momento notablemente molesto dice *“me gustaría irme”* punto sobre el cual la sesión es interrumpida. Entre esta sesión y la siguiente concurre al registro civil, luego de lo cual, y en el contexto de una entrevista con él y su madre la interpretación indica *“parece que hay un tema con tu nombre que te complica”* ante lo que Manuel hace una señal de que así es. Se le dice *“esas cosas se pueden hablar acá”*. Al salir de la sesión Manuel se dirige explícitamente al terapeuta

para decirle que desea asistir nuevamente a sesión. La madre al salir el niño le comenta al terapeuta que *"parece que es importante, le voy a contar"*. El terapeuta mantiene silencio y se abstiene de referirse a ese comentario.

A la sesión siguiente la madre le dice al terapeuta que le comento al niño el secreto, el niño entra entusiasmado a la sesión en la que comenta *"mi papa era un vendedor, que después se fue pero no importa"*. Al final de la sesión entra la madre que en torno a esta situación le pregunta al hijo *"esta bien"* y el responder que si.

A la sesión siguiente llega con su carnet de identidad, se lo muestra al terapeuta y dice *"yo me llamo Manuel Soto, ahora puedo llenar los papeles y puedo jugar a la pelota"*. Luego de ésta frase Manuel señalará él mismo que seguir viniendo no será necesario.

Tal como acabamos de mencionar se trata de un tratamiento que posibilito el montaje de una solución subjetiva al problema del significante y el goce. Observaremos la manera en que el acto analítico opera como manejo de la transferencia, que no es más que la invitación de parte del Otro materno a hacerse agente de otras formas de discurso. Manuel ha hecho síntoma al discurso universitario, a la norma del dispositivo escolar. Así la consulta al profesional "psi" se estructura como una demanda de adecuación de Manuel a la norma. En este punto es importante realizar una reflexión acerca de las demandas del Otro social a los profesional "psi" y la posición del psicoanálisis en esta circunstancia. En la actualidad los profesionales "psi" psicólogos, psicopedagogos, psiquiatras y psicoanalistas son convocados a responder frente a las inadecuaciones de la norma desde el rol de expertos, develándose una ideología de la experticia en la que una forma particular del saber se perfila como ideal de gobierno del goce.

Definiremos la experticia como una función en el lazo social de la relación saber-poder, caracterizado por un tenor instrumental. El experto suele ser anónimo, es decir no habla en nombre propio, sino en nombre de su saber y los certificados que lo califican como experto. El experto no se valida en sí mismo ni en sus propias características ni carisma, sino que su condición de experticia está garantizada por las instituciones sociales que efectivizan la relación saber-poder: la universidad. Así es función de estas instituciones certificar la condición del experto con un diploma, luego de un proceso de adiestramiento del individuo en la utilización normativizada de un saber burocratizado.

Es desde esta circunstancia que el experto apoya los procesos de toma de decisión y administración del poder y del gobierno de las formas de vida. Resulta relevante destacar esta dimensión ya que el psicoanálisis esta condicionado a alojarse en estas circunstancias. Una de las transformaciones centrales de la modernidad, no suficientemente destacada, es la del lugar del saber en la configuración de los procesos sociales, culturales, económicos y

políticos de occidente. En este sentido es que las sociedades modernas tienen cada vez menos a gobernarse según la lógica del discurso del amo, siendo precisamente el discurso universitario el que a través de la figura del experto se presta como apoyo a los dispositivos de dominio. Las actuales formas de gobierno soberanas se sostienen precisamente en grupos de asesores que cada gobernante posee y que definen precisamente por ser núcleos de saber que permiten optimizar la eficacia de las decisiones gubernamentales.

Estas consideraciones son relevantes a la hora de discutir acerca de la política del acto analítico ya que éste es interpelado desde estas circunstancias. En nuestra viñeta se observa cómo la madre de Manuel se dirige al analista demandando una función del experto al preguntarle sobre qué hacer con el secreto. La abstinencia al respecto será la primera administración transferencial que se introducirá. Así el acto analítico se rehúsa la demanda de la madre de encarnar el S₂. Pronto se abre un espacio para que Manuel pueda alojar la pregunta acerca de su lugar en la estructura parental. Un segundo movimiento de parte del analista es señalarle a la madre que si no introduce algún tipo de orden en los hábitos de Manuel será muy difícil ayudarlo. En ese punto apreciamos la introducción de una intervención desde el S₁, la que persigue acotar la subjetividad de la madre. Este acotamiento produce efectos inmediatos en el niño. Estas intervenciones operan sobre la demanda materna como forma de preparar las condiciones de subjetivación para el trabajo analítico de Manuel.

Respecto al trabajo con Manuel apreciamos dos intervenciones relevantes. En primer lugar aquella en la que se interrumpe la sesión sobre el “*aburrimiento*” como una forma de deslegitimar el espacio de la sesión como instancia de huelga del trabajo psíquico. En segundo lugar encontramos la interpretación que produce un viraje en el desarrollo de las sesiones: “*parece que hay un tema con tu nombre que te complica, esas cosas se pueden hablar acá*”. Esta interpretación se revela como eficiente en la medida en que es proferida desde el lugar del agente del discurso analítico, a saber, la causa que persigue la división del sujeto, signo del empalme ausente entre significante y goce. Manuel mismo así lo corrobora con su asentimiento y su deseo de asistir nuevamente a sesión.

Las contingencias contribuyen al trabajo analítico y al revelar la madre las circunstancias de su nacimiento a Manuel éste puede construir una verdad parental: “*mi papa era un vendedor, que después se fue pero no importa*”. Luego la construcción

subjetiva de Manuel se montará sobre esta verdad para poder enunciar: “yo me llamo *Manuel Soto, ahora puedo llenar los papeles y puedo jugar a la pelota*”. Con esta frase Manuel manifiesta la construcción que el discurso analítico le permitió obtener. Una nominación que fija al sujeto y una significantización fálica que, expresada en el “*puedo*”, toma la forma de un recurso con el que desenvolverse en la vida. Como vemos no se trató en ningún caso de operar desde el discurso del amo o el universitario, sino más bien de introducir un campo neutral en el que el desarreglo del goce se pueda alojar, para encontrar en la contingencia de los encuentros con el analista la construcción de una nueva solución. Ciertamente es que no se trató del desciframiento de una solución sintomática producida por el trabajo del inconciente, sino más bien del avalamiento de un trabajo de ciframiento con el que Manuel pudo construir una solución a un cierto efecto de vacilación de la subjetivación en la que se encontraba debido a la ausencia de regulación del goce materno por parte del nombre del padre. Así en el entrecruzamiento de los discursos que constituyen el lazo social el acto analítico puede operar en la medida en que persiga propiciar una experiencia de interrogación en la que el sujeto pueda producir una articulación entre el significante y el goce que, reduciendo el retorno de lo imposible de tramitar, le permita al sujeto un cierto nivel de acuerdo con su satisfacción y las relaciones con el mundo y la sociedad. Ello supone. Por cierto, mantenerse a distancia de las otras formas discursivas, pero no desconociendo que es también en función de éstas que el analista será convocado. Las estrategias de respuesta tendrán que considerar esta convocatoria. Muy particularmente aquella del llamado al experto por ser finalmente en siendo del saber moderno que el psicoanálisis mismo vio la luz.

CONCLUSIONES

Una de las primeras conclusiones obtenidas en nuestra investigación en la disyunción que se desprende de la enseñanza de Lacan entre principios y técnica. Estos dos términos que se encontraban articulados en la pregunta de investigación se revelan incompatibles a la luz de la concepción que Lacan posee de la práctica analítica. Así la desarticulación de un interno acerca de una generalización de la técnica se revela incompatible con el espíritu del psicoanálisis orientado al rescate de las singularidades de los seres hablantes, en contradicción de una política del “para todos”.

La pregunta de investigación se enmarcaba dentro de la matriz de distinción de la teoría-práctica suponiendo que la intervención del analista en la transferencia estaba determinada por una teoría específica. Si embargo la remisión de la intervención al deseo del analista y a las condiciones de producción del mismo, implica una redefinición de la intervención que la deja de ubicar como la consecuencia de una determinada teoría para denominarla: acto analítico. El acto analítico y su capacidad transformadora de las formas de satisfacción del analizante, incluida la transferencia, dependerá directamente de la función del deseo del analista. Éste deseo, para poder prestarse a las condiciones del análisis requerirá de manera ineludible el trabajo analítico del sujeto que eligió prestarse a la función de analista.

Con relación a la concepción de la transferencia a partir de la dialéctica imaginaria podemos concluir que se desprende la necesidad de que el analista pueda identificar en relación a que objeto lo ubica el analizante para así poder orientar el análisis hacia el objeto de interés al que se orienta el sujeto. El analista tendrá que estar atento a la manera en que sus intervenciones serían consideradas por el analizante ya que es seguro que para éste representarán el interés del objeto que transferencialmente ha ubicado en el analista. Esta situación no se resuelve interpretando la transferencia sino orientando el análisis hacia el objeto de interés del analizante.

Respecto al problema de la transferencia y la demanda se puede afirmar que el acto analítico ha de estructurarse eludiendo una formulación demandante, es decir no pidiendo al analizante. Al mismo tiempo se espera que reduzca los pedidos del analizante al Otro de la transferencia como forma de conmovir la identificación.

El problema de la perspectiva del acto analítico en la clínica de la neurosis obsesiva se orienta precisamente rehusar la demanda, pero además a poder hacer analizable el goce apartado del campo del Otro, retenido en la soledad, para ello la demanda es un instrumento ineficaz por lo que será en el caso a caso que habría que buscar la manera en que algo del orden de la falta del Otro, instrumentalizada por el deseo del analista, permita formalizar transferencialmente la puesta en análisis de ese núcleo de goce.

En lo que respecta a la histeria hemos podido aislar la función de la sustracción frente a la demanda del Otro, por ello es perfectamente sostenible que la transferencia ha de instalarse a partir de algún punto identificatorio que permita la ubicación del analista a un costado de la demanda del Otro para así abrir la dimensión de la verdad del goce que la histeria se reserva de poner en relación al Otro.

El ideal del yo es uno de los aspectos metapsicológicos fundantes de la dimensión transferencia. Por ello será relevante que el analista pueda identificar en cierta medida la orientación de los significantes que lo componen para así calcular el lugar en el que el mismo analista es ubicado dentro del conjunto de esos significantes. Ello le permitirá abstenerse de confirmar la identificación del sujeto al yo ideal. Esta abstinencia permite la suspensión de la metáfora de amor en la situación analítica, metáfora a la que el analizante convoca al analista ofreciéndole el lugar del ideal del yo.

La entrada en análisis, como punto de articulación del proceso psíquico de asociación libre, requiere la articulación de un aparato signifiante comandado por el signifiante de la transferencia. Este signifiante posee la virtud de instalar al analista en dirección a la producción de un saber que contravenga los efectos repetitivos del inconsciente del sujeto. Resulta relevante plantearse la necesidad de una instalación de esta dimensión para que de ésta forma la transferencia pueda efectivamente propiciar la elaboración de un saber.

Respecto a la dimensión más autística de la satisfacción y del goce, podemos señalar que ésta tiene también una ubicación transferencial vinculada a la categoría de objeto *a*.

Hacia el final de su enseñanza Lacan orienta el fin de análisis como la resolución de esa dimensión de un circuito libidinal sin el Otro, esa resolución concebida como identificación al síntoma o pasaje del síntoma al *sinthome*, depende de una resolución transferencial consistente en la separación de la función de Otro en la que el analista estaba instalado como condición del análisis. Así el acto analítico se orienta a desprender al sujeto de la utilización libidinal del Otro en la que está implicado, ello supone la reorientación libidinal del sujeto sobre el síntoma. Esa reorientación superaría la división subjetiva obteniendo el *sinthome* como acuerdo del sujeto consigo mismo.

Finalmente es posible sugerir una orientación para una política del acto analítico en el lazo social. En el entendido que las prácticas discursivas persiguen instalarse como prácticas de dominio del goce, concluiremos que el psicoanálisis también lo es. Lo es en tanto se oferta como una forma de tratar el goce. Sin embargo el tratamiento del goce que el psicoanálisis oferta posee ciertas características que es necesario mencionar. Hay un imposible en el tratamiento significativo del goce y su reabsorción absoluta. Ese imposible ha tomado diversos nombres en la enseñanza de Lacan la falta, la castración, la pérdida, el objeto *a*, el *no hay relación sexual* y el síntoma. Nombres todos ellos que intentan designar esa fractura en el ser hablante por donde aparece el sufrimiento. Así la política del acto analítico consiste en brindar un tratamiento particular a esa fractura imposible, consistente en desarticular los tratamientos singulares que los seres hablantes realizan tanto del goce como de las contingencias y con los que por lo general se encuentran descontentos, para luego posibilitar la construcción de nuevas formas de tramitación de ese real, siempre e irremediabilmente imposible.

Luego de haber sintetizado las principales conclusiones derivadas de la teorización de Lacan en torno a la transferencia y sus aspectos técnicos, queda por reforzar una de nuestras principales conclusiones. La noción de manejo de la transferencia se transforma de manera paulatina en la noción de acto analítico produciendo una condensación en la función del analista entre teoría, técnica y aquello que, de la subjetividad del analista, Lacan denominó deseo del analista. Así la orientación lacaniana diluye la distinción teoría-técnica para hacer de la noción de acto analítico el pilar de una práctica de transformación subjetiva en la que cada uno pueda obtener un acuerdo posible consigo mismo y con su forma de vida.

Bibliografía

1. A.A.V.V. (1994). *Los rostros de la transferencia*. Buenos Aires. Ed Manantial.
2. A.A.V.V. (1994). *El trabajo de transferencia*. Buenos Aires. Ed Manantial.
3. A.A.V.V. (1992). *Las estrategias de la transferencia en psicoanálisis*. Buenos Aires. Ed. Manantial.
4. A.A.V.V. (1994). *Transferencia e interpretación*. Buenos Aires. EOL.
5. A.A.V.V. (1985). *Clínica bajo transferencia*. Buenos Aires. Ed Manantial.
6. FREUD, Sigmund. (1976). *Obras Completas*. Buenos Aires, Amorrortu editores.
7. LAURENT, Eric. (1994) *Entre transferencia y repetición*. Buenos Aires, Ed. Atuel.
8. LACAN, Jacques. (1984). *Escritos 1*. México. Ed. Siglo Veintiuno.
9. LACAN, Jacques. (1984). *Escritos 2*. México. Ed. Siglo Veintiuno.
10. LACAN, Jacques. (1988). *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires. Ed. Manantial.
11. LACAN, Jacques. (1988). *Momentos cruciales de la experiencia analítica*. Buenos Aires. Ed. Manantial.
12. LACAN, Jacques. (1999). *Seminario I: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos aires. Ed. Paidós.
13. LACAN, Jacques. (1994). *Seminario IV: La relación de objeto*. Buenos aires. Ed. Paidós. 1994.
14. LACAN, Jacques. (1999). *Seminario V: Las formaciones de inconsciente*. Buenos aires. Ed. Paidós.
15. LACAN, Jacques. (2003). *Seminario VIII: La Transferencia*. Buenos aires. Ed. Paidós. 2003.
16. LACAN, Jacques. (2006). *Seminario X: La angustia*. Buenos Aires. Ed. Paidós.
17. LACAN, Jacques. (1984). *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos aires. Ed. Paidós.
18. LACAN, Jacques. (1966). *Seminario XIV: La lógica del fantasma*". En prensa.
19. LACAN, Jacques. (1967). *Seminario XV: El acto analítico*. En prensa.
20. LACAN, Jacques. (1992). *Seminario XVII: El reverso del psicoanálisis*. Buenos aires. Ed. Paidós.
21. LACAN, Jacques. (1981) *Seminario XX: Aún*. Buenos Aires. Ed. Paidós.
22. LACAN, Jacques. (1974). *Seminario XXII: RSI*. En prensa.
23. LACAN, Jacques. (2006). *Seminario XXIII: El sinthome*. Buenos aires. Ed. Paidós.
24. LACAN, Jacques. (1976). *Seminario XXIV: L' insu que sait de l' une bevue s' aile a mourre*. En prensa.
25. MILLER, Jacques Alain. (2000). *La transferencia negativa*. Buenos Aires.
26. TARRAB, Mauricio. (2006). *Y el soplo se vuelve signo*. Extraído el 1 de Marzo del 2009 desde http://www.wapol.org/pt/las_escuelas/TemplateArticulo.asp?intTipoPagina=4&intPublicacion=4&intEdicion=2&intArticulo=332&intIdiomaArticulo=1.
27. TARRAB, Mauricio. (2008). *Una piedra prehistórica y un vacío*. Extraído el 1 de Marzo del 2009 desde

http://www.wapol.org/pt/las_escuelas/TemplateArticulo.asp?intTipoPagina=4&intEdicion=2&intIdiomaPublicacion=9&intArticulo=1723&intIdiomaArticulo=1&intPublicacion=4.

28. TARRAB, Mauricio. (2006). *La identificación no es el destino*. Extraído el 1 de Marzo del 2009 desde

http://www.wapol.org/pt/las_escuelas/TemplateArticulo.asp?intTipoPagina=4&intEdicion=2&intIdiomaPublicacion=9&intArticulo=1723&intIdiomaArticulo=1&intPublicacion=4.

29. TARRAB, Mauricio. (2006). *La identificación no es el destino*. Extraído el 1 de Marzo del 2009 desde

http://www.wapol.org/pt/las_escuelas/TemplateArticulo.asp?intTipoPagina=4&intEdicion=2&intIdiomaPublicacion=9&intArticulo=1723&intIdiomaArticulo=1&intPublicacion=4.